Los libros de Zoe y otros meta-relatos

Juan Carlos Pereletegui

CC by-nc-sa Juan Carlos Pereletegui
loslibrosdebalmenhorn@gmail.com
DOCUMENTO FIRMADO
ELECTRÓNICAMENTE

Juan Carlos Pereletegui

LOS LIBROS DE ZOE Y OTROS META-RELATOS

No es llevéis a engaño. Este libro no es una novela, ni tampoco una antología de relatos ni un compendio de ensayos o reseñas. Es una amalgama de todo eso. Recuerdo la primera vez que Juan Carlos colaboró con Sedice.com con uno de esos textos de estilo tan característico. Por lo general, las colaboraciones solían ser artículos y reseñas de libros de género fantástico, estábamos acostumbrados a eso y no nos planteábamos que se podía hacer algo diferente, pero entonces llegó a nuestras manos "El reverso tenebroso de las utopías", un ensayo acerca de libros utópicos disfrazado de relato. Creo que llegamos a bautizar las colaboraciones de Juan Carlos como "reseñas articuladas" y llegaron a ser un clásico, no sólo en Sedice.com, sino también en otras webs, sobre todo en Aurora Bitzine, donde se podían leer las aventuras de Zoe (en todos los sentidos de la palabra).

Victor Martínez Martí
sedice.com

Dedicado a todos los miembros de la comunidad www.sedice.com, en especial al grupo «Tierra de Leyendas», por todo su afecto y apoyo.

ÍNDICE

Primera parte: Los libros de Zoe

«La Nave» de Tomás Salvador.....10
«Mundos y demonios» de Juan Miguel Aguilera.....17
«6» de Daniel Mares.....26
«El cortafuegos» y «Perros bajo la piel» de Luis Ángel Cofiño.....31
«La leyenda del navegante» de Rafael Marín.....39
«Buscador de sombras» de Javier Negrete.....48
«Mecanoscrit del segon origen» de Manuel de Pedrolo 55
«El señor de la rueda» de Gabriel Bermúdez Castillo.....63
«Gabriel revisitado» de Domingo Santos.....73
«Consecuencias naturales» de Elia Barceló.....80
«El sueño del rey rojo» de Rodolfo Martínez.....87
«Forastero en cuerpo extraño» de Fermín Moreno González.....92

Segunda parte: Lecturas de un (jodido) moribundo

«Fahrenheit 451» de Ray Bradbury.....101
«La naranja mecánica» de Anthony Burgess.....110
«1984» de Georges Orwell.....118

Tercera parte: Bises

El reverso tenebroso de las utopías.....129
«Todos sobre Zanzibar» de John Brunner.....144
«Los 500 millones de la begún» de Julio Verne.....151

PRESENTACIÓN

No os llevéis a engaños. Este libro no es una novela, ni tampoco una antología de relatos ni un compendio de ensayos o reseñas. Es una amalgama de todo eso. Recuerdo la primera vez que Juan Carlos colaboró con Sedice.com con uno de estos textos de estilo tan característico. Por lo general, las colaboraciones solían ser artículos y reseñas de libros de género fantástico, estábamos acostumbrados a eso y no nos planteábamos que se podía hacer algo diferente, pero entonces llegó a nuestras manos "El reverso tenebroso de las utopías", un ensayo acerca de libros utópicos disfrazado de relato. Creo que llegamos a bautizar las aportaciones de Juan Carlos como "reseñas articuladas" y llegaron a ser un clásico, no sólo en Sedice.com, sino también en otras webs, sobre todo en Aurora Bitzine, donde se podían leer las aventuras de Zoe (en todos los sentidos de la palabra).

Concretando un poco más en el tipo de textos que encontraréis aquí, podría decirse que formalmente son relatos, aunque en ellos se discute sobre libros de género fantástico, algunos grandes clásicos, y algunos grandes desconocidos. Juan Carlos da su visión más personal de los libros que le han marcado a través, generalmente, del diálogo entre dos personajes de la historia, que discuten sobre las tramas y aportan puntos de vista aparentemente opuestos. De fondo, hay una pequeña historia (como en todo relato que se precie) que sirve como marco de referencia, o como excusa para hablar de libros, o para despertar cierto morbo en el lector. Así, si en la parte de la librería de Zoe hallamos las andanzas de una joven algo casquivana, a la que le gusta por igual el pulpo que el calamar, en las confesiones de un jodido moribundo hallamos al inefable Gerardo Garrido, un jefe de redacción al borde de la muerte, tan

canalla que cae hasta simpático, que le pide a una empleada que le traiga al hospital una suerte de libros de su colección, unos libros de ciencia ficción futurista/catastrofista. Ya le comenté Juan Carlos que me recuerda mucho este tipo al cascarrabias de J.J. Jameson del Daly Bugle, y creo que con razón (de los comics de Spiderman, para los profanos).

Aunque soy de los primeros que se lo pasan pipa leyendo estos relatos, debo admitir que tras alguna que otra carcajada me ha venido a la cabeza una sensación desoladora, y es que aunque los relatos aquí expuestos aparentan ser realistas, en el fondo, y por desgracia, no lo son. No puedo dejar de pensar que eso de que, en el caso de Zoe, dos desconocidos hablen acerca de un libro de ciencia ficción ya es en sí mismo ciencia ficción. Ya es complicado que dos personas entablen conversación seria y razonada hoy día acerca del *best seller* de turno, como para que lo hagan acerca de libros de «marcianitos». Es el lastre que siempre ha tenido el género; navecitas y marcianitos, mutantes con poderes y viajes en el tiempo siempre quedaron mejor en la gran pantalla y con una buena ración de palomitas que no impreso en negro sobre blanco, un soporte dado más a cosas serias y del que se supone que ha de aprenderse algo. La gente de a pie se queda con eso y no alcanza a ver que el verdadero atractivo de la ciencia ficción es la especulación, el qué pasaría sí, y muchas veces nos advierte del peligro de sociedades aparentemente utópicas, del control social por diferentes vías, como el miedo, del mal uso de la tecnología y de un largo etcétera. Detrás suele haber mucha filosofía, ideas políticas, moraleja, ciencia y, sí, también mucha imaginación. ¿Cuándo dejó de ser esto último una cualidad positiva para convertirse en objeto de desprecio?

No voy a convenceros de que hay historias de ciencia ficción (la mayoría, me atrevo a decir) que te hacen darle vueltas al coco y que descubriréis que lo que parecía una simple historia tiene detrás más de una reflexión interesante. No, no voy a

convenceros, lo van a hacer por mí los relatos de Juan Carlos, porque cuando leáis los debates y análisis que se hacen de los libros y los diferentes puntos de vista os entrará el gusanillo de leeros más de uno y sumergiros en el intercambio de opiniones entre Zoe y sus amantes, entre Gerardo y su becaria, o bien ejerciendo de fiscal contra las utopías en el jurado de «El reverso tenebroso...».

Y si no, es que no tenéis sangre en las venas y ya habéis sido abducidos por el Gran Hermano. Advertidos quedáis.

Víctor Martínez Martí
Ontinyent, 6 de octubre de 2009

PRIMERA PARTE

LOS LIBROS DE ZOE

Ya hace tiempo que aprendí el camino de la librería de Zoe; he recibido de sus manos muchos libros y he escuchado de sus labios la historia de cada uno de ellos. La vida de Zoe ha sido intensa y libre, ha probado todas las formas de la pasión, desde las más sutiles y refinadas, hasta las más salvajes, sin perder nunca su candor, su amor por la vida y por las personas..., y por los libros, sobre todo por los libros.

La Nave

Tomás Salvador

«El pueblo wit está escarnecido y humillado, condenado a vivir en las cuevas inmundas aplastadas por suelos y suelos de metal, sin aire casi para respirar, sin derechos humanos. Mi familia es familia de soldados, yo te ofezco la venganza. Te ofrezco conquistar la parte de arriba, llevar al pueblo wit al Forum y a los ventanales del espacio y a ti a la cámara del Libro otra vez»

Tomé el libro de sus manos y lo observé en silencio. Era un ejemplar de «La Nave», de Tomás Salvador, en la edición de 2005 de Berenice. Lo hojeé parándome en algún párrafo, aquí y allá. Luego miré a Zoe.

—Fue en un hotel del Mediterráneo —me dijo—. Yo había ido a pasar unos días de vacaciones. Estaba sola y aburrida y entonces la vi.

Ella estaba en Recepción registrándose. La brisa entraba por los ventanales y ondeaba su vestido ibicenco, ciñendo unas formas perfectas. Sentí una oleada de deseo calentando mi interior. Intenté enfriarlo en la piscina, pero cuando regresaba a mi habitación la vi de nuevo en la terraza, leyendo bajo una sombrilla. Ya había dejado atrás los treinta pero el pelo corto, muy rubio, cortado a mordiscos, y los ojos azules le daban un aire de chiquilla traviesa. Intentaba pasar de largo, ahuyentando a escobazos las ideas que me venían a la cabeza, cuando reparé en el libro que tenía entre su manos: «La Nave», de Tomás Salvador. Una mujer interesante con un libro interesante es demasiada tentación para mi espíritu.

En ese instante ella levanto la vista... sus ojos azules cayeron sobre los míos. Luego resbalaron sobre mi cuerpo y me sentí acariciada con una suavidad infinita. Se entretuvo largo rato sobre los dedos de mis pies desnudos y el azul de sus pupilas se hizo tan intenso como la sensación que provocaban en mí. Volvió al fin a mi rostro e iluminó el suyo con una sonrisa amplia a la que no pude por menos que responder. Cerró el libro y lo depositó sobre la mesa.

—Me gusta más la portada de la edición del 72— le dije, acercándome a ella.

Me miró de nuevo, y sus pupilas sonrieron.

—Hola, me llamo Marta. —Pronunciaba con absoluta precisión, maleando un tono de voz grave y lleno de matices. Por alguna extraña razón me recordó a un buen Rioja, incluso, quizás, un Burdeos o un Borgoña.

Tardé unos instantes en reparar en su

mano extendida, prendida como me había quedado de aquella voz.

—Yo soy Zoe. —Le estreché la mano, sintiendo un cosquilleo en la punta de los dedos. Una oleada de envidia asaltó otras partes de mi cuerpo—. ¿Ya lo has terminado? —pregunté, sentándome frente a ella.

—Sí, ahora mismo —contestó Marta—. Me ha sorprendido. Me habían hablado bien de él, pero no me esperaba algo así. Si lo hubiera escrito un inglés o un americano, estaría en todos los cánones de ciencia ficción.

—¡Tienes razón! —salté con ímpetu—. Las naves-planeta interestelares, con generaciones de tripulantes que se suceden en viajes de cientos de años es un tema clásico de la ciencia ficción que ha dado grandes obras, pero yo nunca he leído otra que se le pueda comparar.

—Se nota que detrás hay un gran escritor que parte de elementos clásicos: la nave perdida en el espacio, rebeliones, decadencia, una sociedad feudal... pero acaba contándonos una historia diferente.

—Es que no busca un punto de partida impactante. Parte de un escenario bastante convencional: una sociedad que ha retrocedido a un estadio feudal, con dos clases: los Kron, los negros, aristocráticos e inmovilistas y los wit, blancos, que son los siervos pero muy dinámicos y creativos. La riqueza viene en el desarrollo posterior, tanto la evolución de la propia trama y del protagonista como en la forma de narrarlo.

Yo me había metido de lleno en la conversación. Mi pasión por la literatura había acallado por unos instantes la atracción vertiginosa que Marta me provocaba.

—Sin duda alguna la evolución del protagonista y la estructura, son las claves para poder afirmar que se trata de una obra maestra —apuntó Marta, con la mesura de una catedrática dictando una conferencia—. Al principio, como un diario, luego una narración en tercera persona, más convencional y ese último tercio, en dieciséis cantos épicos, como un cantar de

gesta.

—¡Es que es impresionante! —exclamé arrobada—. Meter un poema épico en una novela de ciencia ficción y que todo encaje a las mil maravillas. Y la sorprendente evolución de Shim, el «Hombre de Letras»

—En el fondo, toda la novela es la historia de Shim —apuntó Marta—, desde el momento en que es nombrado «Hombre de letras» y encargado de escribir en «El Libro».

—¡Que no es más que el antiguo diario de a bordo de la nave!

—Efectivamente, pero convertido en algo mágico, casi sagrado. Atendido por sacerdotes célibes, solo uno por cada generación, que se encarga de educar a su sucesor. Ellos dos son los únicos de la nave que saben leer y escribir.

—Yo encuentro muy significativo —dije, encendida— que la evolución de Shim se deba, precisamente, a que decide leer «El Libro» desde el principio. Algo que nadie había hecho desde hacía siglos.

—Efectivamente —Marta seguía en su papel magistral—, se quiere poner de relieve la importancia de la Historia y de los historiadores en la civilización. La nave ha decaído porque los antecesores de Shim traicionaron su misión, olvidaron que son la conciencia de la sociedad y se convirtieron en meros notarios de los acontecimientos.

—Sí, sí, sí, ¡eso es! Hay un momento, en el que esta convicción cae sobre los hombros de Shim como una losa y dice algo así como *«Entonces, ¿debo renunciar y volver la indiferencia de mis amigos y hermanos? No lo sé... Voy a cerrar el Libro y a marcharme. Estoy cansado, vuelvo a estar cansado. Quizá no me pueda nunca quitar mi cansancio de encima...»*

—Toda la primera parte está orientada a que Shim descubra su misión como Historiador y retome ese papel de motor, de acicate, de guía, que nunca debieron perder los «Hombres de Letras» y escribe para Mei-Lum-Faro, «Señor de la Nave», unas palabras inolvidables, llenas de esperanza: *«Un latigazo de orgullo y fe me está castigando. Nosotros no moriremos...*

Nosotros no pisamos tierra; nosotros no sabemos lo que es la luz del sol; nosotros no hemos subido nunca una montaña... Pero nosotros tenemos la Nave; nosotros tenemos nuestro abandono en la terrible soledad del Espacio; nosotros estamos destruidos y, como hombres, tenemos el deber de volver a empezar»

—¡Y entonces le pasa lo que le pasa! —exclamé desolada. Lo cierto es que yo me había enamorado de Shim, mientras leía «La nave» y había hecho míos sus sufrimientos. Era evidente que Marta tenía mucho mayor control sobre sus sentimientos—. Lo que suele ocurrir cuando los poderosos oyen vientos de cambio. Mei-Lum-Faro le trata con extraordinaria crueldad y le envía al exilio con los wit.

—Los cuales le reciben como un Mesías.

—¡Está claro! Los wit no temen el conocimiento que Shim ha adquirido leyendo «El Libro», le reverencian como el portador de un saber que puede liberarles de la opresión Kron.

—Pero Shim —me recuerda Marta—, no está dispuesto a ser instrumento del odio. Su misión es de amor y reconciliación. Quizá sea esa parte la más cuestionable, la identificación con el Mesías cristiano. En más de un momento, es excesivamente obvia.

—¡En eso tienes razón! —concedí—. Esa identificación le lleva a forzar el final, en busca del paralelismo histórico.

—Paralelismo que se resuelve con una frase nada afortunada. ¿A qué viene citar a Bruto, cuando lo que tocaba era el pan y las sopas?

—¡Es que ya se le hubiera visto demasiado el plumero! Es cierto que el final es algo flojo pero ¡tiene un comienzo tan espléndido! ¡Con cuánta sencillez y cuánta belleza nos presenta el escenario!

Marta tomó el libro de la mesa y lo abrió. Su voz se tornó más oscura y llena, envolviéndome en su calidez, desatando todo lo que la literatura había mantenido atado en mi interior.

—*«Yo, Shim, hijo de Kanti y Torna,*

nacido en la Nave, en la edad en la que los ojos se cansan y los cabellos engrisecen, Hombre de Letras, educado para escribir en el Libro, recibo el mandato de Mei-Lum-Faro, Señor de la Nave, para que me haga cargo del mismo.»

Respiré hondo, acariciándome los antebrazos.

—¡Se me ponen los pelos de punta!

—Es que todavía estás mojada de la piscina y solo estamos en mayo. El agua aún está fría. Deberías subir a tu habitación, a cambiarte. Si quieres te acompaño... y podemos seguir hablando... del libro.

Esta vez sí que se me erizó el vello, no exactamente el de los antebrazos, convencida de la promesa que aquellas palabras envolvían.

—¡Estupendo!, me daré una ducha y después... —respiré hondo—, después... —repetí—, podemos tomar algo en la terraza. La vista es espléndida.

Entramos en la habitación y allí mismo, delante de Marta, me despojé del bikini, con total naturalidad, como no dándole importancia. Yo sabía lo que quería, pero era Marta la que tenía el control. Normalmente sucedía al revés y la novedad le daba picante.

Después de exhibirme yendo de aquí para allá, recogiendo el bikini del suelo; dudando en jarras ante al armario, fingiendo elegir un vestido que no pensaba ponerme; volviéndome para preguntarle, inocentemente, si no le importaba esperar unos instantes, entré en el baño, dejando atrás un rebufo de aire hirviente.

Apenas me había metido bajo el chorro cuando oí la puerta abrirse y cerrarse. La voz de Marta me arrulló de nuevo.

—Me parece curioso que Tomás Salvador no sea apenas conocido hoy día. Creo que escribió un buen montón de novelas y que fue bastante famoso en su tiempo.

La idea de que Marta veía la mancha de mi cuerpo a través de la mampara translúcida, intuyendo, aquí y allá, los pechos o el pubis, o mis nalgas al volverme

frente al chorro, me enloqueció.

Carraspée para librarme de la tenaza que me agarraba la garganta antes de responderle.

—Lo etiquetaron de «franquista», posiblemente con razón: no en vano fue comisario de policía y recibió premios y honores durante la dictadura, el Premio Nacional de Literatura entre ellos. Eso no debió hacerle muy simpático para las generaciones posteriores.

—Pues lo justo hubiera sido separar al hombre de su obra.

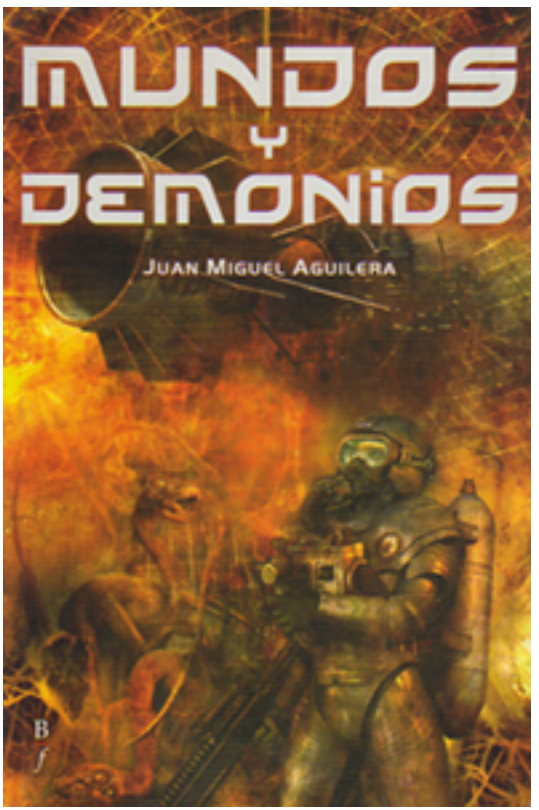
Me disponía a contestar cuando la mampara de la ducha se abrió y Marta, desnuda y hermosa, posó una mano sobre mi cadera atrayéndome hacia sus labios.

Ese día ya no volvimos a hablar de «La Nave».

Mundos y Demonios

Juan Miguel Aguilera

«Nadie ha salido con vida de un nido. Pero tu sendero te obligaba a venir a rescatar a tus amigos. Eso es algo que nosotras podemos entender perfectamente, porque mi propia senda quedó trazada en el momento en el que te encontré en el espacio. Ese instante en el que comprendí que el bosque te había puesto en mi camino es el que me ha obligado a seguirte.»



—¡Aguilera! —murmuré, tomando el libro de manos de Zoe—. Me gustó mucho «La locura de Dios».

Ella cogió el libro y pasó las páginas, respirando el perfume evocador de la tinta.

—Eran mellizos —dijo, con voz clara, cargada de emoción—, muy jóvenes, rubios y espigados.

»Yo tenía una cita en aquel hotel con un viejo amigo. Llevaba una semana soñando con una noche de pasión pero mi amigo tuvo que adelantar su partida inesperadamente. Me alejaba de Recepción cuando les vi, sentados en el vestíbulo, idénticos como dos gotas de agua y leyendo, los dos, «Mundos y Demonios».

»Inmediatamente quedé fascinada por aquellos chicos y olvidé para qué estaba allí... para ser sincera, olvidé el «con quién», pero el «para qué» me quemaba por dentro. Vi que volvían, al unísono, la última página del libro y se estiraban complacidos. Era como ver una imagen reflejada en el espejo. Preparé una pregunta tonta y me acerqué a ellos. Tenían ojos muy claros, pelo lacio bastante largo y labios tentadores. Después del ritual intercambio de cortesías entre desconocidos, me hice la curiosa sobre sus lecturas.

—¿Siempre leéis el mismo libro a la vez?

—Sí, casi siempre.

—No, casi nunca.

—Casi siempre.

—Casi nunca.

Solté una carcajada.

—Vaya, pensaba que siendo mellizos, siempre estaríais de acuerdo en todo.

Se miraron y esta vez les tocó a ellos reírse. Yo aproveché para acercarme un asiento.

—En lo único que estamos de acuerdo siempre, es en que nunca estamos de acuerdo —me dijo el de la derecha—. Yo soy Jaime y este soso palurdo que intenta parecerse a mí, sin mucho éxito, como puedes apreciar, dice llamarse Julián.

—¡Mucha envidia es lo que hay, chaval! ¡Ya querrías tener la mitad de mi clase!

Lo cierto es que ambos vestían exactamente igual, pantalón oscuro y jersey ceñido de cuello cisne, y hasta sus ademanes eran casi simultáneos.

—¿Clase? No lo dirás por tus gustos literarios. La suerte que tienes es que siempre te apuntas a los libros que yo elijo.

—Pero si «Mundos y Demonios» lo elegí yo.

—De eso nada, tú querías lo último de Simmons.

—No, no, no... Es a ti al que le van esas tomaduras de pelo, servidas de dos en dos.

—Da lo mismo quien lo eligiera —intervine yo— ¿de qué va «Mundos y Demonios»?

El libro me interesaba por supuesto, pero no tanto como aquel par de mocetones.

—¿De qué va? —repitió Jaime, sin saber por donde empezar.

—Pues de máquinas inteligentes que mueven estrellas de aquí para allá como si fueran sacos de patatas —afirmó Julián.

—No, no es de eso, es una historia épica, un enfrentamiento entre el bien y el mal. El mal son los angriffs, una raza de alienígenas cazadores para los que los humanos somos únicamente presas, sin verdadera inteligencia.

—Pero eso no es lo importante, lo importante es «La Esfera», un gigantesco cascarón de asteroides, de cuatrocientos millones de kilómetros de diámetro que esconde una estrella y seis planetas.

—Pero la esfera no es más que un decorado, uno de los muchos que aparecen en la novela. Lo importante son las razas que la habitan: noosferitas, bosquimanas, arañas...

—Y los juggernaut, no te olvides de los juggernaut.

—¡Cómo olvidarlos!, con sus centenares de metros de longitud. Viven en el vacío y se alimentan de asteroides. Me recuerdan a los gusanos de Dune. Hay mucho homenaje a la ciencia ficción clásica: las arañas cabalgando sobre seres humanos convertidos en zombis recuerdan a las

babosas de «Amos de títeres» y los noosferitas tienen un cierto sabor a titerote de Pierce.

—Eso está claro. Además, las bosquimanas se parecen mucho a los fremen de Dune, viviendo en plena armonía con el bosque, cabalgando por el espacio en los inmensos juggernaut y llenas de compromisos tribales de honor y fidelidad.

—Para mí —dijo Jaime— algunos momentos de la parte de las bosquimanas son lo mejor de la novela. La excursión de Ada y Faulin al interior de la corteza, donde están los machos, es muy fuerte.

—Es cierto —admitió su hermano Julián—, la «sala de purificación» es brutal. Todo eso es pura filosofía fremen: ni un miligramo de materia orgánica debe desperdiciarse, igual que los fremen reciben la ofrenda de agua de sus muertos.

—De todas formas, todo eso no deja de ser una trama secundaria. Lo realmente importante es el triángulo amoroso de Isa, Benazir y Hari.

—Bah —le rebatió Julián—, eso es simplemente relleno, es mucho más importante el trasfondo político de la rebelión de la Hermandad contra el Imperio y cómo eso provoca el acercamiento de la Utsarpini y el Imperio, los antiguos enemigos.

—¡Qué dices! Si eso no es más que presentación para calentar motores y crear tensión entre Ada Kharole, la hija del Khan de la Utsarpini y Chac Zar, el mercenario ksatrya, que representa al Imperio.

Yo estaba fascinada con aquel juego de ping pong, la facilidad con la que se pasaban la pelota del uno al otro pero no dejaba de maquinar la forma de conseguir jugar con otras pelotas, más interesantes. Aunque me convenía limitarme al libro... por el momento. Debía ser bueno cuando era tan difícil de definir y cuando surgían tal cantidad de personajes y situaciones al intentar explicarlo.

—Parad un momento, por favor —pedí—, que no me estoy enterando de nada. ¿En qué quedamos? ¿Cuál es la trama principal?

Los dos hermanos se miraron, negociaron con los ojos durante un instante y al parecer acordaron que fuera Julián el portavoz.

—Es que es dificilísimo explicar el argumento. Al menos hay cinco tramas entremezcladas, de las que salen varias subtramas. Todo empieza con el descubrimiento de «La Esfera» y parece que lo principal va a ser el enfrentamiento que provoca entre angriffs y humanos. La Utsarpini y el Imperio se ponen de acuerdo para enviar una superpoderosa nave imperial, la Asura Nama, bajo el mando de Ada Kharole pero con una tripulación mixta, que incluye a Chac Zar, el mercenario ksatrya, en representación del Imperio.

—Pero luego se va descubriendo que hay algo más importante —continuó Jaime—, que mucho de lo que está ocurriendo es fruto de un plan de los noosferitas para enviar una expedición a la Vía Láctea, donde unas máquinas inteligentes están desplazando las estrellas, acumulándolas en el núcleo de la galaxia.

—Eso puede tener nefastas consecuencias para toda la galaxia e incluso para el cúmulo de Akasa-Puspa —sentenció Julián.

—¿El cúmulo de Akasa-Puspa? —pregunté—, ¿y eso qué es?

Los hermanos hicieron un gesto de incredulidad.

—¿No has leído «Mundos en la eternidad»? —preguntó Jaime.

—Pues no, me suena «Mundos en el abismo», aunque tampoco lo he leído —respondí.

—No, no, lo que tienes que leer es «Mundos en la eternidad» —explicó Julián—, que es la novela original. «Mundos en el abismo» y su continuación, «Hijos de la eternidad», fueron apaños editoriales que se hicieron para poder publicar «Mundos en la eternidad», en una época en la que una novela de esa longitud era impublicable...

—...siendo de dos españoles desconocidos: Juan Miguel Aguilera y Javier Redal —finalizó Jaime. Yo me iba a acostumbrando a ese diálogo en el que

cada hermano terminaba la frase del otro.

—O sea, que primero hay que leer «Mundos en la eternidad».

—Bueno, tampoco es imprescindible —contestó Jaime—, con la introducción que hace el propio Javier Redal y lo que se va leyendo, sobra para entender «Mundos y Demonios».

Pero yo seguía aguardando una explicación sobre Akasa-Puspa y fue Julián quien se brindó, al fin, a dármela.

—Akasa-Puspa es un cúmulo estelar de los que orbitan la Vía Láctea, cuya trayectoria, en un momento dado, cruzó el plano de la galaxia, arrastrando con él al Sistema Solar, que pasó a ser parte del cúmulo...

—Eso ocurrió 25 millones de años antes de la historia que se narra en «Mundos y Demonios» —continuó Jaime—. Los humanos se expandieron por el cúmulo, varias civilizaciones crecieron y se derrumbaron. El Hombre olvidó su planeta natal y también el tiempo en el que habitaron en la Vía Láctea. Mucho tiempo después se formó el Imperio y más recientemente la Utsarpini...

—...para el Imperio, los de la Utsarpini son unos bárbaros. Es cierto que la tecnología de la Utsarpini es inferior a la del Imperio...

—...pero los habitantes del Imperio han perdido el espíritu castrense y el interés por la guerra y la conquista. Por eso, cuando la Hermandad se rebela contra el Imperio tienen que acercarse a la Utsarpini...

—...un acercamiento lleno de recelos y desconfianzas.

—Ya lo voy entendiendo —afirmé.

Lo que yo entendía, en realidad, es que había llegado el momento de que las cosas comenzaran a rodar en la dirección que a mí me interesaba.

—¡No sé por qué ponen la calefacción tan alta! —exclamé, desabrochándome al tiempo dos botones del escote, dejando que asomara la puntilla del sostén. Los dos hermanos enrojecieron e intentaron desviar la vista, pero yo me incliné, como si hubiera visto algo en el suelo, frente a mí. Fueron

ellos, por supuesto, los que pudieron verme hasta el ombligo y cuando me incorporé, leyeron en mis ojos, que, si eran buenos chicos, también podrían ver el tesoro que escondía más abajo.

Pero de momento estabamos con «Mundos y Demonios».

—Entonces —continué como si nada—, es una space-opera más: hiperespacio, bichos raros, pasarse por el arco del triunfo toda la física pasada y por venir, y héroes musculosos machacando alienígenas, igual que John Wayne liquidaba comanches.

Los hermanos, pasado el subidón de testosterona, habían recobrado la compostura. Se miraron de soslayo.

—Hombre, la verdad es que Chac Zar me recuerda un poco a Yul Brynner en «Taras Bulba» —afirmó Jaime.

—Eso es porque los mercenarios ksatrya están inspirados en los cosacos, pero en realidad, Chac Zar es más bien modelo Schwarzenegger.

El calorcillo que sentía en mi interior se transformó en un incendio, sólo de pensar en el macizo austríaco.

—Hombre, Schwarzi está muy bueno... muy bien quiero decir... aúnque ahora ya debe tener más lifting y silicona que Madonna, pero crucificado en Conan, era una cosa para verlo.

—Puede ser —concedió Julián, haciendo el típico mohín que hacen todos los tíos cuando una mujer afirma estar colada por un cachas. ¡Cómo si a ellos no les fueran los cuerpos serranos!

—No es nuestro tipo —afirmó Jaime, auxiliando a su hermano—; volviendo a «Mundos...», lo bueno es que Aguilera ha conseguido una space-opera hard. Ha escrito una aventura trepidante sin ofender, demasiado, las leyes de la física.

—Más todavía, Aguilera no ha olvidado el origen primigenio de la ciencia-ficción: «instruir deleitando» y ese punto se lo anota también, además de muchos otros.

—Efectivamente —apoyó Jaime—. Todas las cuestiones astronómicas están explicadas en extenso pero muy bien insertadas en la acción. Nada del típico

ladrillo de tres páginas que te largan los yanquis cuando quieren presumir de hard, y que aburre a los caracoles.

—Y casi lo mismo con la ingeniería de la Asura Nama y la navegación estelar. Las características de la nave y la logística necesaria para el viaje hasta la esfera están descritos dentro de la propia acción, la mayor parte, explicadas por los mismos personajes.

—Desde luego —convine—, si hay que explicar algo, la mejor forma de hacerlo es en forma de diálogo.

»Entonces —agregué—, recapitulando, tenemos una esfera inmensa que encierra un sistema planetario con colonos humanos, una flota de alienígenas sanguinarios, los angriffs, que están haciendo de las suyas y dos antiguos enemigos que acuden al rescate con una nave imperial, la Asura Nama, haciendo el papel del Séptimo de Caballería. Salvan a los buenos, matan a los malos, y acaba con Chac Zar y Ada Kharole mirando como tortolitos una puesta de sol. ¿No es así?

—Pues me temo que no —dijo Jaime, mientras Julián movía la cabeza de izquierda a derecha—, es una space-opera pero no sigue el guión clásico, es bastante más complicada. Lo que ocurre con la Asura Nama cuando llega a la esfera es mejor que lo leas tú misma, pero te puedo decir que hará un viaje insospechado hasta uno de los brazos espirales de la Vía Láctea.

—Y luego más allá incluso.

—Efectivamente, más allá.

—¿Sin romance?

—Bueno, romance hay desde luego, aunque otra vez se sale de lo común. Lo de Chac Zar con Serpiente Pálida es bastante fuerte y ya te hemos contado el encuentro de Ada Kharole con los machos bosquimanos. Más que romance, es puro sexo.

«Como lo que yo tengo pensado para vosotros» pensé para mis adentros.

—Y luego hay una historia de amor que en el fondo es muy tierna, aunque aparentemente resulta bastante dura, que es la de Isa, Benazir y Hari, que le pone el

toque romántico.

—Romántico, pero no almibarado —advierte Julián—. Isa Govinda me recuerda ese verso de Quevedo: *«Polvo será, mas polvo enamorado»*. Isa ya no es nada, apenas un cerebro conectado a un sistema de soporte vital, pero cuando se encuentra en situación de pedir lo que quiera, literalmente cualquier cosa, lo que pide es la vida de Benazir.

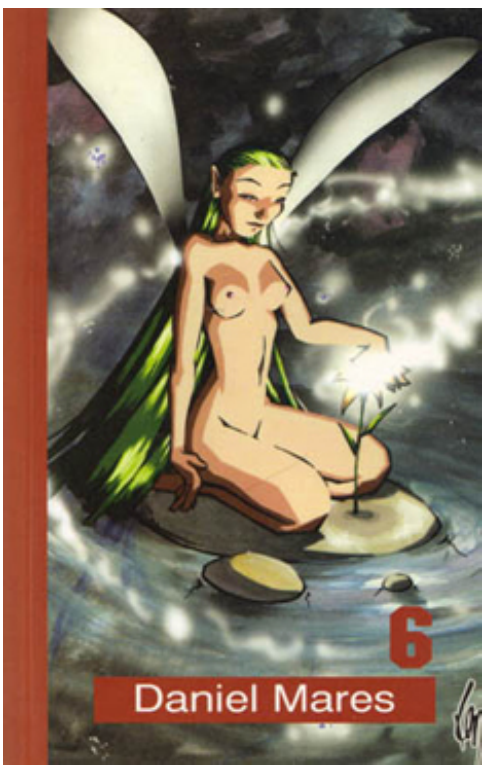
—A sabiendas de que ya no es suya.

—Bueno chicos, veo que hay tela para rato para seguir hablando de «Mundos y Demonios» y yo tengo hambre. —Por el momento todavía me refería a hambre de comida—. ¿Qué os parece si os invito a cenar?

Todavía hablamos algo sobre angriffs, bosquimanas y juggernaut durante la cena, pero lo cierto es que fue una cena muy corta y una noche muy larga.

6
Daniel Mares

«En Casa tenemos todo lo que necesitamos, y no moriremos nunca. ¿Para qué queremos ser mayores?, ¿para qué tener hijos?, ¿para no jugar más?, ¿para volvernos unos viejos marranos como Jay?»



Cuando Zoe puso en mis manos aquel librito, que apenas debía reunir las palabras necesarias para dejar atrás la novela corta, creí percibir un brillo singular en sus ojos... y no me engañaba.

—Una vez estuve enamorada —me dijo—, enamorada de verdad..., sólo una vez. —El brillo se tornó húmedo y yo desvié la vista hacia el libro para no ver caer una lágrima por aquellas mejillas que para mí representaban la alegría de la vida.

—Daniel Mares —murmuré—, «6»... No es un título muy ilustrativo...

—Estábamos pensando en casarnos —dijo Zoe, sin prestarme atención, con la voz ligeramente opaca por la emoción que aquellos recuerdos le provocaban—, y yo quería niños, muchos niños, pero él no estaba de acuerdo, por eso me regaló este libro —sus ojos se volvieron soñadores—. Acabábamos de hacer el amor, de forma apasionada e intensa. Me proporcionaba un placer singular y sorprendente, con él, nada era igual que antes, ni lo ha sido después. Ahora sé que a él lo amaba de verdad y que eso lo cambia todo.

»Con mi dedo empapado de sus fluidos, dibujaba laberintos serpenteantes sobre su abdomen, mientras le hablaba de los niños, una vez más.

Él metió la mano bajo la almohada y sacó un pequeño paquete; yo rasgué el envoltorio con alegría infantil y me quedé sorprendida al ver el título: «6», pasé la vista por la contraportada.

—¿Una novela de ciencia-ficción de niños? —pregunté sorprendida.

—Sí y no —me respondió él, enigmático—. Los protagonistas parecen niños de 6 años, ese es el motivo del título, y en realidad lo son... en cierto modo, pero también son algo más, mucho más en realidad.

Hice correr las páginas entre mis dedos y vi nombres familiares: Wendy, Peter, Alicia... Rudy, aunque éste me parece que era de otro cuento.

—Parece un refrito de «Peter Pan» y «Alicia en el país de las maravillas» —comenté, bastante escéptica.

—Lo sencillo sería decir sí —me respondió—, que Daniel Mares ha cogido las historias de Barrie y Lewis Carroll y las ha reescrito en clave de ciencia-ficción, y eso es lo que parece al principio, pero luego... cuando te quieres dar cuenta, Mares te ha metido un nivel más, impensable, reventándote el punto de vista, metiéndote por sorpresa en un lugar al que, quizás, no hubieras ido por propia voluntad.

Le di un beso para agradecerle el regalo y me quedé pegada a sus labios, su sabor me inundó el paladar y el mundo, el universo entero, se redujo a las sensaciones que su cuerpo despertaban en mi cuerpo.

Cuando volví a ser dueña de mis sentidos, al cabo de bastante rato, rebusqué entre las sábanas hasta dar con el librito. Estaba algo maltrecho, al parecer lo más fuerte del envite había ocurrido sobre sus páginas. Lo ojeé con curiosidad.

—¿Así que no es un cuento para niños? —le pregunté.

—Ni lo más mínimo —me contestó—, al principio lo parece, pero la impresión sólo dura unas pocas páginas. Es como esos dibujos que tienen trampa, en los que, según el enfoque del ojo, puedes ver una anciana o una joven desnuda.

»La historia empieza con el punto de vista de unos niños jugando y riendo en una especie de casa mágica en la que todo es perfecto y maravilloso; pero no tarda mucho en aparecer otro punto de vista, otra realidad mucho más siniestra y terrible, pero sin abandonar en absoluto la primera. Según como enfoques el cerebro, puedes estar leyendo una u otra, puedes cambiarla de párrafo a párrafo.

—O sea, que no son precisamente unos niñitos adorables.

—Al contrario, SON unos niñitos adorables; hacen cosas de niños, que resultan encantadoras y en ningún momento dejas de verlos como niños. Pero también son unos monstruos, no por culpa suya, ya que hasta el final, ellos no son conscientes de lo que son, ni donde están.

—Pues si son unos pequeños monstruos, entonces no hay historia,

simplemente son niños normales y corrientes —bromeé—, cuando quieras te presento a mis sobrinitos.

Él se rió.

—Lo curioso es que tienes razón: son niños normales y corrientes que sólo se preocupan por jugar. Se pelean y están jugando, se odian y están jugando, se aman y están jugando, se matan y están jugando, porque cuando los niños juegan no tienen límites, somos los adultos los que se los ponemos, para que no se conviertan en monstruos.

»En realidad esa es la esencia de la educación: mostrarles los límites, que aprendan cuándo es poco y cuándo es demasiado, guiarles sobre el filo de la arista y confiar en que algún día sean capaces de recorrerla solos. Un equilibrio casi imposible de encontrar y mucho menos de transmitir.

»Los niños de «6» han crecido sin crecer, sin más límites que los que cada cual lleve en su corazón.

Él extendió su brazo y rozó con la punta de los dedos mi pecho desnudo, no sé si por auténtico deseo o por dejar el tema. Yo sentí la descarga eléctrica que siempre me provocaba su contacto pero esta vez me resistí, dándole un cachete en el dorso de la mano; deseaba llegar hasta el final con aquel libro.

—¡Me estás poniendo los pelos de punta! —exclamé—. No puede ser tan malo como eso.

Él pareció conformarse y apartó la mano.

—No sólo es tan malo como eso, sino que aun hay más.

—¡Imposible! ¡Es un libro cortísimo!

—Los venenos se venden en frascos pequeños, cariño. Por ejemplo: ¿quieres vivir para siempre?, ¿qué estarías dispuesta a hacer?, ¿qué estarías dispuesta a hacerle a los demás?

Evidentemente son preguntas sin respuesta, todo depende del momento, de las condiciones, de los porqués y paraqués. Hay vidas que no vale la pena vivir e instantes cuya magia reside en su finitud.

—¿Eso es lo que les han ofrecido a los

niños? ¿La inmortalidad? —pregunté, desasosegada.

—No, el juego no va de la inmortalidad, no es lo que pretenden los que lo han inventado, pero la inmortalidad aparece como una tentación, como un resultado colateral, indeseado pero seductor, como un fruto prohibido al que deben resistirse, y recuerda, no son más que unos niños, unos niñitos adorables.

—Entonces ¿en qué quedamos?, ¿es una novela de ciencia-ficción o un tratado de ética?

—Es ciencia-ficción pura, de la mejor, de la que se lee como una aventura fascinante pero te deja mal cuerpo durante días.

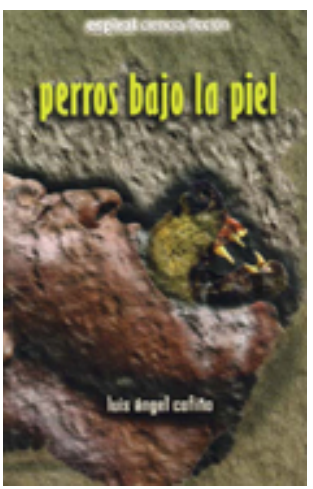
Sus dedos avanzaron de nuevo, esta vez hacía el interior de mis muslos, y ya no hubo fuerza ni voluntad que los detuviera, pero cuando acabamos me encerré en el estudio y me leí «6» de una sola vez.

Salí dispuesta a decirle que, a pesar de todo, seguía queriendo niños, pero él se había marchado. Sólo me dejó una nota sobre la mesa: «Sé que no lograré convencerte, por mucho que lo intente.»

El cortafuegos
Perros bajo la piel

Luis Ángel Cofiño

«Ninguna de las civilizaciones que hemos descubierto hasta ahora ha sobrevivido. [...] De ellos los más interesantes fueron sin duda los primeros, los humanos. [...] Nosotros estábamos asombrados y aterrados por su presencia, en parte porque eran los primeros, pero también porque eran extremadamente violentos, potenciales enemigos nuestros. Sentimos una mezcla de horror y alivio cuando vimos sus emisiones de radio apagarse hasta casi desaparecer, a medida que el efecto invernadero les exterminaba, [...] Habían pasado casi en silencio cien de sus años [...] cuando sus emisiones de radio aumentaron espectacularmente. Aquella raza cruel y salvaje no estaba extinguida [...] habían reducido voluntariamente toda su civilización a un estado de barbarie controlada [...] mientras la ausencia de tecnología y una repoblación forestal masiva reconstruían su atmósfera. El precio fue enorme: 9.500 millones de muertes por hambre y miseria, [...] Durante otros 300 de sus años, crecieron y se expandieron, y volvieron a tecnificarse según parámetros mucho más racionales. [...] Parecían haber descubierto otra forma de hacer las cosas... [...entonces...] ... la semilla de una nueva guerra [...] Sí, se extinguieron, de un modo que a nosotros nos resulta muy difícil de comprender.»



Esta vez, Zoe puso encima del mostrador de madera oscura dos libros, en vez de uno, y de respetable grosor. Los tomé con curiosidad: «El cortafuegos» y «Perros bajo la piel».

—Luis Ángel Cofiño —dije, leyendo el nombre de la portada—, no lo conozco, aunque de «Espiral ciencia ficción» he leído buenas cosas.

—Por supuesto que sí, Juanjo Aroz mima su editorial y elige cuidadosamente lo que publica. Estos libros son muy queridos para mí, tanto como las amigas que me los regalaron. —La mirada de Zoe se perdió en el vacío.

»Era mi cumpleaños —se sonrió—, hace mucho, mucho tiempo..., comimos en un buen restaurante y después fuimos a tomar unas copas junto al mar. Era una tarde de invierno, fría y clara, el mar resplandecía de un turquesa intenso y la arena de la playa parecía pura miel. Allí, entre güisquis y licores, me entregaron mi regalo. Yo entonces tampoco había oído hablar de Cofiño y les pregunté, sorprendida, por aquel autor desconocido.

—¡Ya les dije yo que no te compraran esos dos peñazos! —saltó Brenda, refunfuñando como siempre.

—¡SSSiempre psossitiva! ¡Ñunca ñegativa! —le azuzó Marga. Todas reímos a carcajadas—. ¿Cómo puedes decir eso? Tú lo que necesitas es un buen maromo, que la dieta de conejo te está amargando el carácter... y el gusto literario. Son dos obras maestras, auténticos thrillers de ciencia ficción.

—¿Un tío? ¿Yo? ¡Sí! ¡O dos...!, como te gusta a ti —contraatacó Brenda.

—¡Y que lo digas! —Buena era Marga para cortarse—. No hay nada mejor para una chica que dos buenos mozos ocupándose de ella a la par..., es el paraíso..., deberías probarlo alguna vez.

—Marga tiene algo de razón, Brenda, creo que no deberías ser tan rígida y abrirte más a nuevas experiencias. —Nadie sabía si Silvana se estaba refiriendo a los gustos literarios de Brenda o a su acérrimo lesbianismo, monógamo y frugal. No en

vano Silvana apuntaba alto en política, cosa difícil de creer cuando se la veía en el centro de una orgía multitudinaria, a ser posible haciendo trío con una pareja de chico y chica.

—Venga chicas, no seáis tan duras con Brenda —intervino Valery, con tonillo irónico—, ella disfruta de lo que más le gusta..., y si Cofiño no le gusta..., pues no le gusta...

Ya estábamos con la risa floja y aquello terminó de rematarnos. Mientras me secaba las lágrimas con un pañuelo, yo me preguntaba qué magia nos permitía decirnos todas aquellas burradas y seguir siendo amigas.

—Venga, venga, cortar el tema que ya me veo a Valery contándonos las maravillas de su último juguete...

—Pues ahora que lo dices, he probado unas bolas chinas verdaderamente excepcionales.

—¡QUÉ NO, COÑO! Las novelas, contadme cosas de las novelas, que estáis más salidas que mi verdulera.

—¡Aichh! —exclamó Silvana—. Es que tu verdulera tiene un revolcón, la tía, vamos que hasta perdonaba que fuera a palo, sin un fulano ni nadie más. Pero a ti qué te voy a decir, que seguro que ya te la has trajinado a base de bien.

—¿Yo? ¡Qué va!... ¡Bueno, sí!... Pero un par de veces sólo... Para matar el gusanillo...

Lo que provocó un nuevo ataque de risa.

—¡Las novelas! —supliqué cuando logré recuperarme—. Venga Marga, parece que tú eres la más entusiasta.

—Pues mira, Cofiño era un desconocido hasta que publicó «El cortafuegos» y dejó a todo el mundo boquiabierto. Es un thriller de politica-ficción ambientado en el siglo XXII, tan magistral, tan absorbente y tan duro que es imposible no caer rendida a sus pies...

—¡Para, para, para! —Interrumpió Silvana—. ¡Tanto no! Que a mí me han gustado mucho las dos, pero tampoco para ponerlas en un altar.

—Silvana tiene razón —apoyó Valery—,

las novelas son muy buenas, sin duda. Ese futuro de hecatombe medioambiental está descrito con paleta de maestro, yo no había leído nada parecido desde «El rebaño ciego», pero a veces se le nota un poco la bisoñez...

—Pues no sé dónde le ves tú la bisoñez —replicó Marga—, porque la trama política de «El cortafuegos» es digna de Frederic Forsyth y John LeCarre jamás ha soñado una intriga de espionaje tan enrevesada como la de «Perros bajo la piel».

—Y que no deja ni un fleco suelto —convino Silvana—, si estoy de acuerdo en que las tramas son magistrales...

—¿Pero sois ciegas o qué? —Brenda no estaba dispuesta a pasar ni una—. Si «El cortafuegos» tiene más contradicciones que una adolescente enamorada y «Perros...» es la típica novela-trampa.

—En cierto modo tienes razón —le admitió Valery— «Perros bajo la piel», en el fondo, es como un relato de los que en la ultima línea le pegan la vuelta entera a toda la historia, por eso, yo digo que hay cierta bisoñez.

—Pues no sé qué le ves de malo a eso. Que después de 400 densas páginas, de pronto descubramos que nada es como pensábamos y sin embargo que todo encaje al milímetro, para eso hace falta ser un maestro.

—Yo no diría un maestro —intervino Silvana en apoyo de Valery—, creo que hace falta ser un escritor novel, excepcionalmente dotado, para el que todavía resulta atractivo el juego de manos final, ahora lo veis, ahora no lo veis.

—Efectivamente —reforzó Valery—. Creo que Cofiño es tan bueno que no puede resistir la tentación de jugar con el lector: «para que veas como domino la moto, triple salto mortal, sentado de espaldas al manillar».

—Lo que estáis diciendo —intervine yo—, me recuerda un comentario de John Ford cuando, ya maduro y convertido en una leyenda del cine, le preguntaron por «El delator», su primer Oscar. Él contestó despectivamente, diciendo que estaba llena

de trucos.

—Sí, creo que por ahí va la cosa, siento que Cofiño experimenta la misma necesidad que el joven Ford de lucirse técnicamente y olvida que el secreto de la literatura es narrar y no hacer juegos florales.

—No puedo creer que estéis diciendo esas cosas —le replicó Marga a Silvana—. «Perros bajo la piel» es técnicamente perfecta, es un historia de espionaje en el siglo XXV y por supuesto que esconde sus cartas hasta el final, o ¿es que LeCarre te dice en la quinta página quien es el topo? Se trata de eso, de trabucar, de ocultar, de confundir y Cofiño lo hace magistralmente, porque, y eso no me lo podéis negar, nunca, nunca le miente al lector. Todos los hechos están a la vista, «los hechos son sagrados, las interpretaciones libres», dicen los historiadores. Cofiño nos va sirviendo en bandeja una interpretación de los hechos perfectamente consistente, pero al final le pega la vuelta a todo, y nos da otra interpretación que es igual de consistente. Esa es la habilidad de un maestro.

—¡Paparruchas! —Brenda llevaba demasiado rato callada—. ¡Hay montones de cosas que hacen agua! En «Perros...», por ejemplo todo lo de...

—¡Eh! —Le interrumpí—. Quiero que me las contéis, pero sin reventármelas.

—Bueno, pues no te digo nada, pero está claro que en «Perros...» hay partes que son pura maniobra de distracción, cosas que se cuentan para llevarte en determinado sentido. Puede que sean «hechos» como dice Marga, pero evidentemente están presentados de forma sesgada.

—Lo que pasa es que no te han gustado y lo ves todo negro.

—Pero Brenda tiene algo de razón —esta vez fue Valery la que le echó un capote a la refunfuñona Brenda—. De todas maneras, hay que admitir que Cofiño mejora rápidamente. Si tienes en cuenta cómo se han escrito estas novelas, se hace evidente que Cofiño ha aprendido mucho mientras lo hacía.

—¿Que quieres decir? —pregunté

interesada.

Fue Silvana quien me respondió.

—Valery se refiere, seguramente, a que Cofiño primero escribió «Perros bajo la piel» pero no la publicó.

—¡Así sería! —apuntilló Brenda.

—Quizá no fuera muy buena, no lo sabemos, pero eso le dio la idea de «El cortafuegos» cuya acción transcurre tres siglos antes de la de «Perros...».

—Escribió «El cortafuegos» —continuó Valery—, y esa sí que la publicó. Tuvo tan buenas críticas, que decidió reescribir «Perros bajo la piel» y la publicó después de «El cortafuegos».

—Y esa reescritura se nota y mucho —Silvana volvió a tomar la palabra—. En muchos aspectos, «Perros bajo la piel» es una novela menos madura que «El cortafuegos». En «Perros...», la mejoría de Cofiño es notoria, casi página a página, pero si lees primero «El cortafuegos» y luego «Perros...», te da la sensación de que el autor ha retrocedido entre una y otra.

—O sea que mejor leer primero «Perros bajo la piel» y luego «El Cortafuegos».

—¡No, no, no! —Protestó Marga—. ¡Hay que leerlas en el orden cronológico de la historia! «Perros...» transcurre en el siglo XXV y lo que nos cuenta en «El cortafuegos», que ocurre en el XXII, explica como se ha llegado a esa sociedad del XXV. Lo mejor es leerlas en el orden cronológico.

—Pues yo no estoy de acuerdo —le contradijo Silvana—. Si las lees al contrario, te das cuenta como ha mejorado Cofiño de una a otra, además, en «Perros...» nos ofrece la perspectiva histórica de los hechos narrados en «El cortafuegos», así cuando lees esta, es como vivir realmente lo que hasta entonces habías estudiado como una lección de historia.

—De hecho —remachó Valery—, «El cortafuegos» está narrado desde el siglo XXV, como un trabajo de investigación histórica de los hechos acaecidos tres siglos atrás.

—¡Esa es buena también! —Refunfuñó Brenda—. ¡No me diréis que eso le sale bien! En la mayor parte del libro, se le va la

mano completamente de los hechos que a un historiador le pueden interesar, ¡lógicamente! Para justificar ese conocimiento, tan exhaustivo, de detalles sin ninguna importancia historiográfica, de vez en cuando nos endilga una explicación peregrina que rompe el ritmo de la narración.

—Es verdad —admitió Silvana—, es parte de ese alarde formalista, de ese lucimiento técnico, del que todavía disfruta en «El cortafuegos».

—No se da cuenta que ese artilugio histórico no aporta nada a la narración.

Silvana y Valery seguían reforzándose mutuamente lo cual no me extrañaba. Habían disfrutado mucho juntas y yo sabía que Silvana había aprendido mucho de la experiencia de Valery, como todas nosotras en realidad, aunque lo suyo fue algo especial. Ahora vivían vidas diferentes, Valery dedicada a sus juguetes íntimos, en deseada soledad, y Silvana loca por el sexo en grupo.

—En realidad —continuó Valery—, ese enfoque lastra el ritmo narrativo, como bien dice Brenda, con alguna que otra explicación completamente prescindible y cogida por los pelos.

—Pues a mí me gusta mucho eso —Marga seguía en sus trece—, le da un toque original y fuera de lo común.

—Lo que pasa es que al final no es tan grave, puedes olvidarte de todo ese aparataje con facilidad y simplemente ignorarlo y centrarte en la historia, en las historias, en realidad, por que son cuatro narraciones solapadas, cada una empieza un poco antes del final de la anterior y lleva la acción un poco más allá.

—Pues yo no veo que Cofiño mejore tanto como tú y Valery decís. La primera de esas historias es tan tramposa como «Perros...», alguna hay que es puro relleno y al final, resulta que toda la novela ha estado pivotando sobre un único hecho que de tan simple y trivial, resulta inverosímil.

—En lo de que ese hecho que adquiere una trascendencia tremenda resulta inverosímil, estoy de acuerdo —admitió

Valery—, por múltiples razones, y creo que sé a que historia te refieres cuando dices que es puro relleno; pero no me negarás, que los personajes de esa historia, precisamente los de ésa, están magníficamente logrados, y aunque al final pienses que podría ser prescindible dentro del esquema general, es un placer leerla.

—Un placer leerla, literariamente hablando, supongo, porque es amarga de cojones.

—¡Por supuesto! ¡Por supuesto! Y eso es mucho decir en una novela excepcionalmente amarga. Bueno chicas, creo que va siendo hora de retirarse.

Todas asentimos y después de liquidar la cuenta y tomar nuestras cosas desfilamos por la puerta del local.

Mientras salíamos, Brenda, ¡quién si no!, insistió en su opinión.

—Pues vosotras diréis lo que queráis, pero a mí me parece que este Cofiño, está un poco verde todavía.

—Pues si verde está tan bueno, ¡qué será cuando madure! —replicó Marga.

Y entre risas y burlas nos alejamos por el malecón.

La leyenda del Navegante
Crisei, Arce, Génave

Rafael Marín

«Entonces, de la popa de la barca, abriéndose camino entre un enjambre de músculos y rostros apenados, se acercó al cadáver Dor Nualá, que hasta ese instante había permanecido en silencio, como siempre, atendiendo el llanto incontrolado de su hijo. Los demás la observamos acercarse al hombre caído como si fuera una especie de hada que honrase el sueño de los muertos, inseguros de lo que la mujer iba a hacer, pero Dor Nualá se arrodilló junto al neflin y tomó su cabeza entre sus manos, se las llevó al regazo y lo acunó en él como si meciera a un niño enfermo. Durante cuatro minutos eternos sus manos recorrieron la frente y los rasgos del guerrero como una artista hace vibrar las cuerdas de su arpa delante de la concurrencia. Vi que sus párpados estaban cerrados, concentrados en ese extraño masaje. Una lágrima asomó entre sus pestañas y cayó lentamente por su rostro y mojó la cara del neflin. Como por ensalmo, Vliant Teirnyon tiritó tras su contacto, aun después de muerto, y abrió un ojo que la cercanía de la guadaña había teñido de escarlata, no de rosa.»

Aquel día Zoe estaba contenta, con sonrisa picarona colocó tres libros sobre el mostrador, que hojee con sincero interés: «Crisei», «Arce» y «Génave»: «La Leyenda del Navegante».

—¡Fue muy divertido! —Exclamó Zoe—. Jamás se me ocurrió repetirlo, pero fue muy divertido.

Era un espléndido amanecer de verano, junto al Mediterráneo. Sobre mi cabeza se alzaba una pared de caliza roja aparentemente interminable. Volví la cara a la brisa marina y vi, bastante abajo, pero no muy lejos, Benidorm, el pequeño Manhattan, luciendo su sky-line con el orgullo de una adolescente alzando los pechos. Detrás, el mar, de un azul imposible, un azul más azul que el azul. Abarqué con la mirada aquella azul inmensidad y tropecé con el azul, aun más profundo y brillante, de sus ojos.

—Encuérdate —me dijo pasándome un cabo.

Sopló una ligera brisa salada. Vestidos ambos tan sólo con las mallas, y yo además un somero top, sentimos un estremecimiento. Él dio unos saltitos para entrar en calor haciendo tintinear la chatarra: clavos, friends, empotradores, copperheads, patas de cabra y demás parafernalia necesaria para escalar el mar de roca que teníamos sobre nuestras cabezas.

—¿Lista?

¿Cómo iba a estar yo lista si me miraba con aquellos ojos?

Comprobé de un vistazo los anclajes del triángulo de fuerzas, revisé que la cuerda estuviera correctamente pasada por el asegurador y que nada pudiera estorbar el fluido desenrollarse del ovillo. Ya lo había hecho varias veces, por supuesto, pero el último vistazo era parte del ritual.

—¡Lista!

Se giró y apoyó las manos sobre la roca, la espalda desnuda, las nalgas bien marcadas por la malla. Vi como se tensaban los poderosos deltoides y vi también el escalofrío que le recorría, no de frío sino de

emoción, como siempre que ponía las manos sobre sus adoradas montañas. Él amaba aquellas rocas, las montañas de Alicante.

Las montañas de la luz.

Yo estaba colada por él, ya te habrás dado cuenta, pero él no tenía ojos más que para sus escaladas. Ojos, manos, pies... creo que sólo se le empinaba después de salir de una placa de 6a+, a 20 metros del último seguro.

Con facilidad, aparentemente sin el más mínimo esfuerzo, ganó altura utilizando las diminutas presas de la caliza.

—¿Cómo dijiste que se llamaba esta vía? —le pregunté.

—Viento del sur —respondió desde varios metros de altura.

«Viento del sur», restalló mi cerebro, Ysemeden, Salther Ladane, «La leyenda del navegante» y todo a mí alrededor se transformó. Las duras agujas de hormigón se esfumaron, como si un conjuro de Aor Rhiannon Dru nos hubiera retrocedido hasta tiempos menos ofensivos y en la bahía surgió un airoso bergantín de tres palos, colocado al pairo, mientras *«Sobre la línea del horizonte no menos de una docena de velas corrían a nuestro encuentro, y el trapo desplegado al levante restallaba en la distancia como la seda en los hábitos de una hada. Supe al momento quienes eran y a qué acudían: El convoy con rumbo a Deira que habría de partir tres días después de nuestra marcha. Debían de haber abierto el velamen hasta curvar los mástiles para alcanzarnos, podréis jurarlo, entusiasmados por ver cómo Salther aceptaba el desafío de la Torre, plenamente convencidos de que iba a reducirlo. Aceptando la seguridad que de ellos devenía, volví a inflarme de orgullo y confianza. Estos barcos se habían desviado de su ruta no por el morbo de asistir a la muerte o el ridículo de un hombre, sino con el propósito de ser testigos directos del suceso que después sería más veces comentado y repetido en la historia de Aguamadre desde la legendaria destrucción de Eressea y la caída pasada y por venir de*

la tres veces maldita Telethusa»

La pared de caliza roja como la sangre se transformó en la orgullosa torre de Lindisfarne. El sol del amanecer arrancaba destellos verdes de la gema que remataba la empuñadura de la espada de Manul Rinn Ghall, destellos que sin duda guiaban a la flota de curiosos y presentí que toda la torre, la montaña entera, se derrumbaría cuando él, Salther Ladane, el Navegante, la arrancara de la roca. Aunque yo, Ysemeden, sabía que Salther, como buen jugador, llevaba una carta en la manga, una carta que sólo yo conocía.

—¡¡CUERDAAA!!

El grito me sacó de la ensoñación y advertí que había olvidado ir pasando cuerda por el seguro, con lo que ésta se había bloqueado impidiendo el avance de mi compañero.

—¡¡VAAA!! —contesté apurada, soltando un par de metros con rapidez.

Intentando no olvidar ir dando cuerda, volví a mi ensoñación y creí ver a Ysemeden, Viento del Sur en la lengua de Crisei, sobre la cubierta de su bergantín, el Navegante, contemplando con orgullo y preocupación la escalada de su amado esposo, que había heredado del barco su sobrenombre. Imaginé a Ysemeden *«con el corazón a flor de pecho»* y a pesar de ello, intentando mantenerse serena para no preocupar a la tripulación que *«...sudaba con la misma intensidad con la que Salther, suponíamos, estaba sudando, tal sentimiento de admiración y afecto provocaba él entre los marinos»*. A su espalda, Esnar Lobrod, el pillo, el pícaro, el lobo del Mar de las Espadas que había cuidado de ella antes de que fuera Ysemeden, cuando solo era la niña Elspeth, de los pocos en el universo de Aguamadre con patente para llamarla así. Sería fácil decir que Esnar amaba a la hija que nunca tuvo, pero lo cierto es que con tantas viudas como había desposado en todas las orillas del Mar de las Espadas, lo raro sería que su simiente no hubiera fructificado innumerables veces, pero la devoción por Ysemeden había sido más fuerte que el

instinto natural.

—¡¡REUNIÓN!! —me llegó desde lo alto.

Rápidamente me liberé del seguro, dejando toda la cuerda libre.

—¡¡CHUPA!! —respondí.

Al momento, desde arriba recuperó el resto de cuerda no utilizada y poco después trepaba yo por la pared, no sabía muy bien si del Ponoch alicantino o de la orgullosa Torre de Lindisfarne, en el centro del Mar de las Espadas.

La reunión era una estrecha repisa en la que había que permanecer colgada del arnés, pues no había sitio más que para un solo pie.

—Tenemos problemas.

Lo había visto en su rostro mientras me aseguraba al triángulo de fuerzas.

Me señaló hacia arriba: el itinerario de «Viento del sur» atravesaba una ancha franja de caliza amarillenta completamente lisa y pulida, era un tramo de escalada artificial, en el que era necesario ir colgándose de clavo en clavo. Pero no había clavos.

—La han desequipado —me explicó—. Algún hijo de su madre se ha provisto de un juego de clavijas por todo el morro.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Nos bajamos?

Él repasó detenidamente la chatarra que colgaba del portamaterial.

—No llevo suficientes clavijas para cubrir largos enteros, tendremos que hacerlos a medios o a tercios, improvisando reuniones sobre estribos. Será largo y pesado y las reuniones puede que no sean muy seguras, estaremos los dos colgados de un solo clavo, nada de triángulo de fuerzas.

Los dos colgados de un clavo, tan próximos, su costado rozando mi costado y quizá algo más.

—¡Por mí adelante! —Dije sin dudar—. ¡No vamos a rendirnos así como así!

Me dio un beso de camarada, en la mejilla. ¡Con las ganas que yo tenía de bajarle las mallas en busca de otra clavija!

La escalada artificial es mecánica y

tediosa y si tienes que ir clavando, más todavía. Un buen rato después, apenas había ganado unos metros.

—Antes te quedaste pasmada —comentó, más por aburrimiento que por reproche—, un poco más y me voy abajo cuando se bloqueó la cuerda.

—Uf... me dio un punto —me excusé—, cuando dijiste el nombre de la vía me vino a la mente un libro, «La leyenda del Navegante», la protagonista se llama «Viento del Sur», Ysemeden en la lengua de Crisei, una especie de república veneciana o genovesa traslocada a otro universo.

Él estaba colgado de un clavo, con los pies sobre los estribos, unas escalerillas de tres peldaños, que se pasan de anclaje en anclaje y hundía dos dedos en el siguiente agujero en la roca, para calibrarlo y elegir la clavija más idónea, pero yo no pude, ni quise, evitar asociarlo a algo más divertido.

—Es una novela marinera —continué, después de aclararme la garganta, súbitamente seca—, de piratas y bergantines, tesoros inconmensurables, imperios que ganar y coronas a las que renunciar, amores para toda la vida, pícaros simpáticos de fidelidad a toda prueba, marineros con un amor en cada puerto, brujas lascivas que tientan a los hombres con promesas de lujuria sin fin —sentí un estremecimiento en la parte de mi cuerpo que más agradezco a la madre naturaleza—, todo en un mundo paralelo, tan bien construido y tan verosímil que recuerda al mar malabar de los piratas de Mompracem o al Mediterráneo de los príncipes comerciantes venecianos y genoveses.

»La historia está aderezada con gotas de magia, conjuros que permiten viajar en el tiempo, eso sí, pagando un precio terrible, héroes y heroínas que viven varias muertes y mueren varias vidas y un amor tan romántico, tan fiel y tan hermoso que hartaría si no estuviera narrado por un escultor de palabras como Rafa Marín.

Clac, clac, clac...

El no respondió, concentrado en golpear con el martillo la clavija, que se adentraba en la roca con el sonido fiable

característico.

¡Chapsss...!

—¡Mierda!

Ese no era un buen sonido, indicaba que la clavija se había rendido. La extrajo con la mano y volvió a intentarlo con una más gruesa. Diez minutos perdidos.

Clac, clac, clac...

Escalada artificial, mecánica y tediosa.

—¿Y qué más?

—¿La leyenda?

—Sí, esto va para largo y es aburrido, la tal Ysemeden, parece una tía interesante.

—Bastante interesante, diría yo. Es una mujer de primera línea, si tiene un sable al alcance de la mano, mejor mide tus palabras ya que no tiene escrúpulos en limpiar con él las afrentas.

»En la gran batalla naval del final, Ysemeden, recién parida, no duda en vestir su armadura de mithril. Con el rostro cubierto por la máscara protectora que simula sus facciones, empuñando el sable y con la pequeña ballesta montada sobre el antebrazo izquierdo, capitanea el Navegante, en ausencia de Salther, preso por los enemigos de Crisei, conduciéndolo a lo más denso y mortífero de la batalla, batiéndose con la ferocidad de una leona: *«...acerté a ver a un bucanero de Anamer que trataba de cargar una espingarda y se hacía un lío con la chispa y con la pólvora. Le alivié de sus preocupaciones de un golpe de espada y cargué mientras saltaba al otro barco la flecha en la nuez de la ballesta»*.

—¡Reunión!

—¡Chupa!

Con la vía desequipada, el papel del segundo de cuerda es tan ingrato y sufrido como el del primero, o puede que peor. Debe recuperar los clavos una vez que se dejan atrás, clavos que quedan por debajo de la cintura, a veces por debajo de las rodillas, y que hay que golpear en posturas incómodas, siempre con el riesgo de que, de pronto, salten al vacío. Los músculos se agotan y agarrotan al flexionarlos en posturas antinaturales y las putas clavijas se atoran con frecuencia. Un par de ocasiones, me tuve que soltar y golpear el clavo,

colgada libremente de la cuerda. Sin ningún punto al que asirme, cada vez que atacaba con frenesí histérico un clavo del demonio, oscilaba como un péndulo, pero no podíamos permitirnos el lujo de abandonar aquellos miserables trozos de hierro: los necesitaríamos un poco más arriba.

Por fin alcancé la reunión y quedamos colgados del mismo clavo, con los pies apoyados sobre la pared, manteniendo una incómoda postura, costado con costado, piel contra piel. Yo le pasaba las clavijas recuperadas que necesitaría en el siguiente tramo. Era ya mediodía, las montañas de la luz hacían honor a su nombre y su olor almizcleño me inundaba. Mientras intentaba no estremecerme cada vez que mis dedos rozaban los suyos, la pierna izquierda se me acalambró, perdiendo el apoyo, oscilé colgada del clavo, haciéndole perder pie también a él y quedamos frente a frente, balanceándonos con los pies en el vacío. Mis pechos, cubiertos apenas por el top, se clavaban en sus pectorales desnudos y en el vientre sentí lo que hasta entonces pensaba que sólo podía conseguir una placa de 6a+. No era cuestión de dejar pasar la oportunidad, y allí mismo, con los pies apoyados en dos centenares de metros de nada, probé la tan deseada clavija, tan dura como las otras pero mucho más dulce.

La escalada se hizo interminable, pues en cada reunión intercambiábamos algo más que la chatarra y cuando alcanzamos la cumbre ya había oscurecido y las estrellas nos lanzaban guiños de complicidad. En la bahía reinaba la paz y la oscuridad, seguíamos fuera de nuestro tiempo, en una era más amable, así que casi me sorprendió no encontrar allí la espada de Manul Rinn Ghall, pero sobre una roca sobresalía la fuerte clavija donde anclar la cuerda para el descenso. No me hubiera sorprendido encontrar bajo ella la misma leyenda que guardaba la espada de Rinn Ghall en lo alto de Lindisfarne: *«Desclávala y tendrás la llave de dos mundos. Pero la torre se hundirá bajo tus pies si así lo haces»*. El Navegante empuñó el martillo y con dos golpes la extrajo y la lanzó al vació. Sentí

un temblor, no sé si provocado por la montaña que comenzaba a derrumbarse o por mi anhelo y busqué su calor pese a que la noche era tibia. Por encima de su hombro, la luna iluminó al Navegante, el bergantín había largado todo el trapo y buscaba el viento del sur para dejar la bahía e intuí a Ysemeden en cubierta, a popa, sonriendo bajo la máscara de mithril, con el brazo de Salther sobre su hombro.

El amanecer nos sorprendió entre la retama, dejando muy alta la leyenda del Navegante.

Buscador de sombras

Javier Negrete

«Yo había sido elegido por ella. Por Néfele, la Princesa de la Gente Sombría. Ella me amaba, y yo lo sabía porque una noche se me entregó en un lecho ingrávido, entre pétalos de lotos que irradiaban un olor negro »

—¡Ten cuidado con este libro! —me dijo Zoe cuando tomé del mostrador el pequeño volumen. Iba a responderle con alguna socarronería pero su mirada me paralizó la lengua.

—Es sólo una novela —agregó—, una fantasía, pero tan bien escrita que puedes llegar pensar que es otra cosa.

Incómodo por aquellos temores, infrecuentes en mi amiga, desvié la mirada hacia la contraportada: *«En un futuro próximo, el doctor Rojo, prestigioso psiquiatra español afincado en los Estados Unidos, es requerido por la embajada de su país para realizar una evaluación mental de Alvaro Carreño, prestigioso físico, también español, que se halla en el corredor de la muerte por el homicidio de su esposa norteamericana. Además de la crisis que desembocó en el macabro y sangriento asesinato, aparentemente inexplicable, Carreño manifiesta una extraña psicosis: se niega a toda costa a retirarse el Anóneiros, un casco que impide el sueño REM, librando a sus usuarios del riesgo de contraer la narcolepsia de Pisani, una extraña enfermedad de origen desconocido, que desde hace década y media se ha convertido en el azote de la humanidad. Premio UPC 2000 de novela corta».*

Hice un mohín con los labios, no muy convencido. El argumento parecía demasiado convencional, incluyendo científico loco y sanguinario, enfermedad misteriosa y aparatejo exótico de propiedades inciertas y nombre difícil de pronunciar. Casi una historia de novela de a duro.

Ojee rápidamente las páginas.

—¿Por qué escribe siempre «Anóneiros» con mayúscula? ¿Y por qué es esdrújula? Resulta mucho más natural «Anoneiros», si es una palabra inventada, lo mismo le daba.

Zoe frunció el ceño, ligeramente molesta.

—No seas picajoso, Negrete tendría sus razones, lo importante es que cuenta la historia con una riqueza de pequeños detalles, casi inapreciables, pero que le dan

cuerpo hasta hacerla tan verosímil que produce escalofríos.

—No sé... —murmuré, escéptico—, no entiendo mucho de estas cosas, lo del «sueño REM», ¿qué es en realidad?

Zoe se rió un poco por lo bajo.

—Estamos un poco oxidados, ¿no? La fase REM del sueño es el tiempo durante el cual suceden los sueños más intensos. Bajo los párpados, los ojos se mueven rápidamente y las neuronas consumen tanta glucosa como en vigilia. La fase REM es tan diferente del resto de lo que ocurre mientras dormimos que los estudiosos dividen nuestro sueño entre fase REM y fase no REM.

»Ya puestos en temas técnicos —agregó con malicia—, ¿recuerdas el segundo principio de la termodinámica?, es conveniente tenerlo fresco si quieres entender algo de esta novela.

Tenía un vago recuerdo de haberlo estudiado de adolescente, pero aquella época ya estaba lejos y sólo me venía a la cabeza algo relacionado con la entropía, que a su vez tenía algo que ver con el orden y el desorden de los átomos o las moléculas o qué sé yo.

Zoe vio mi azaramiento y esta vez rió con ganas.

—¡Vaya, vaya! ¿Así estamos? El segundo principio de la termodinámica manifiesta que *«La cantidad de entropía de cualquier sistema aislado termodinámicamente tiende a incrementarse con el tiempo, hasta alcanzar un valor máximo»*, siendo la entropía una medida del desorden de ese sistema. Dicho de otra manera, y para lo que necesitas saber para leer «Buscador de sombras», cualquier universo que dure lo suficiente, al final sucumbirá al desorden de la materia que lo forma.

Vi claramente como Zoe temblaba mientras agregaba:

—Y los seres que habiten en ese universo harán cualquier cosa con tal de evitar ese destino —musitó—. Cualquier cosa.

Muy a mi pesar, sentí como se me

erizaba el pelo de la nuca.

—Parece que te ha afectado mucho —le dije mirándola a los ojos.

Ella me evitó ahuecándose el pelo, un gesto inusitado que aumentó mi inquietud.

—Lo leí de un tirón hace algunas noches, en la cama y lo que ocurrió después todavía me tiene algo conmocionada.

No supe qué decir ante semejante declaración y me limité a esperar.

—Negrete juega fuerte la baza de la verosimilitud —explicó—. A pesar de ser una novela corta, hay más de una docena de personajes secundarios, además de los tres principales, y están caracterizados con tanta destreza que saltan de las páginas, llenos de vida. Por si eso fuera poco, te cuenta un montón de pequeños detalles, trivialidades que parecen no venir a cuento, pero que poco a poco van dándole consistencia al relato hasta que te envuelve y te mete en la historia de una forma imprevisible —hizo una pausa que se tornó dramática—. Nunca pensé que un libro podría llegar a afectarme tanto.

»El centro de la historia lo componen las cinco entrevistas que el doctor Rojo tiene con Carreño. A través de ellas, el psiquiatra descubre que Carreño se encontraba inmerso en un experimento de búsqueda de la materia oscura del universo. —Yo miré al techo, involuntariamente, intentando recordar. Zoe hizo un gesto de fastidio—. ¿Tú qué hacías en el instituto? —preguntó mosqueada—, además de espiar a las chicas y meneártela —tomó un poco de aire—. La materia oscura es la materia que según las ecuaciones del modelo del big-bang, ¡eso sí que sabes lo qué es!, ¿no?, debería contener el universo, pero que los astrofísicos no logran detectar por ningún lado. Bueno, pues Carreño la ha encontrado, o mejor dicho, la materia oscura le ha encontrado a él.

»¡Sí, ya lo sé! ¡Sólo es una fantasía! Pero lo que me pasó la otra noche, no fue ningún sueño...

Yo seguía en silencio, algo amedrentado por aquella extraña pasión

que el libro parecía haber despertado en Zoe.

—Carreño es seducido por Néfele, princesa de la Gente Sombría, hija de la reina Belecis, nieta de la reina Brimfante: las tres diosas que gobiernan el País de la Sombras. ¡No te rías, coño! Cuando digo seducido es seducido de verdad, ¡vamos! ¡Qué se lo folla! —nunca había visto a Zoe tan exaltada—..., y no sólo a Carreño.

»Estaba en la cama, pensaba leer algunas páginas hasta que me entrara el sueño y terminé con la primera entrevista, bastante adormilada..., me disponía a cerrar el libro cuando sentí un roce sutilísimo en los labios que me despabiló al instante. Me senté sobre la cama sobresaltada, con el corazón repicando a Gloria. Intenté serenarme y pensar racionalmente, pero era imposible, no tenía ninguna duda: alguien me había besado... O algo.

»Me había desvelado, así que seguí leyendo hasta un poco más allá de la tercera entrevista; acompañé a Rojo a la profunda mina de Highwater en la que Carreño realizaba sus experimentos y me sentí aterrada por los secretos de la Gente Sombría que el físico guardaba en sus diarios, pero me quedé prendida de su princesa, Néfele, igual que Carreño... Igual que Rojo. Dejé al psiquiatra huyendo por los túneles de la mina y cerré el libro de golpe. ¡Aquello no servía para calmar mi ansiedad!

»Apagué la luz e intenté conciliar el sueño cuando me asaltó un nuevo terror: ¿cómo podía pensar en dormir sin el Anóneiros, con el riesgo de contraer la narcolepsia de Pisani? Luchaba con mi mente para sacudirme toda aquella sugestión ridícula cuando sentí un roce entre las piernas que me provocó un sobresalto, mitad de temor, mitad de placer. Alargué el brazo para encender la luz pero un velo suavísimo envolvió mi rostro y se insinuó entre mis labios que abrí al instante, permitiendo que aquella sensación indescriptible me acariciara la punta de la lengua, llenándome de voluptuosidad.

Zoe hizo una pausa en su sorprendente relato y me miró fijamente. Tenía el rostro arrebolado, un rojo encendido, exacerbado por el contraste con su cabello blanco y los labios le brillaban como a una adolescente decidida a hacerse mujer.

Hace mucho tiempo que conozco a Zoe y sé bien de su pasión por la vida y por el amor pero nunca había llegado a identificar a la joven de sus historias con aquel cuerpo marchito. Volví a mirarlo con otros ojos y reparé en la curva de su talle esbelto, ceñido por el austero vestido negro que dibujaba la forma de su pecho, erguido por arte del sostén pero no por ello menos orgulloso.

—El tiempo no pasa en balde —dijo, interpretando mi mirada—, pero hay fuegos que arden bajo tierra, con el calor de un horno, aguardando la ocasión de rebrotar. —Hizo una larga pausa, yo estaba tan sorprendido que no sabía qué decir—. No crees nada de lo que estoy contando, ¿verdad?

Respiré hondo.

—Creo que te quedaste dormida con el libro entre las manos y soñaste con esa tal Néfele.

Zoe sonrió, una sonrisa ambigua, indescifrable, llena por igual de promesas de infierno y amenazas de paraíso.

—¡Quizá tengas razón! ¡No lo sé! —exclamó—, lo cierto es que algo o alguien me estaba besando como nunca lo habían hecho antes y mientras yo me derretía, un pensamiento atravesaba mis neuronas una y otra vez: «Sueña conmigo», «Sueña conmigo», el mismo mensaje que Néfele había conseguido enviar a Carreño a través del abismo que separaba nuestros universos. A pesar de la languidez que me iba ganando, yo intentaba convencerme de que todo aquello, como tú dices, no era más que un sueño, pero la sensación que hasta entonces había estado jugando con mi lengua, bajó por el cuello, se dividió y se enroscó en mis pechos, tan solo un instante, lo justo para que nunca pueda olvidarlo... Cruzó el ombligo despertando el anhelo de una felicidad perdida y me hizo

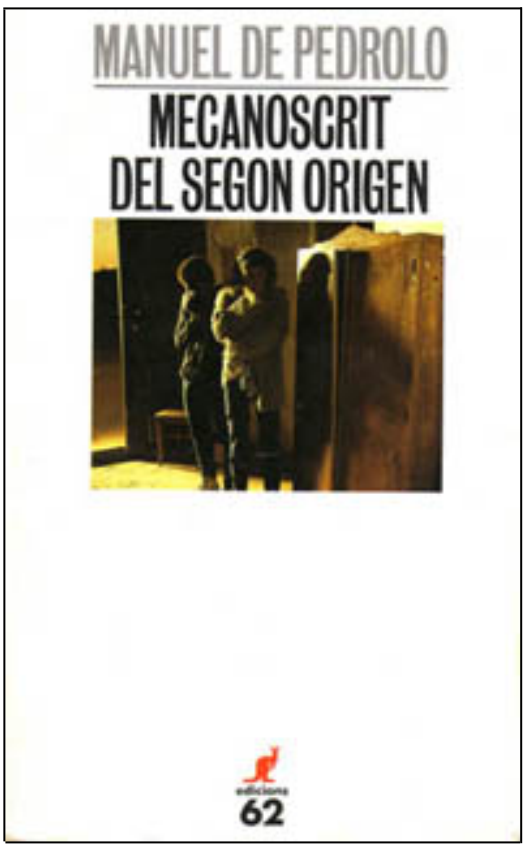
abrir las piernas, ansiosa..., y ya nada más quise saber. ¿Qué me importaba si aquello era sueño o realidad? Tanto era si Néfele me amaba o me seducía para sus propósitos, si abría la puerta a un nuevo tiempo o al fin de los tiempos, tan sólo pedí que no me abandonara nunca, y juré que ningún precio sería excesivo para retenerla a mi lado. Ninguno.

Incrédulo y fascinado miré de nuevo la portada del reducido volumen que sostenía en las manos: Javier Negrete, «Buscador de Sombras».

Mecanoscrit del segon origen

Manuel de Pedrolo

«I jo, l'Alba, una mare de divuit anys, em vaig mirar en Mar, que plorava al bressol, i vaig pensar que tot just seria una dona de trenta quan ell en fes dotze. I en el fons del meu cor vaig desitjar ferventment que fos tan precoç com en Dídac, el seu pare; si ho era, encara podria tenir uns quants fills del meu fill... » (1)



No había sido un buen día, una semana de perros en realidad, y no estaba del mejor de los humores cuando vi el libro sobre el mostrador de la librería.

—Manuel de Pedrolo —el sarcasmo me resbalaba por la comisura de los labios—, «Mecanoscrit del segon origen» (2) ¿A estas alturas te dedicas a la novela juvenil o es que quieres recordarme los tiempos del instituto?

Zoe me abrasó con la mirada y contestó con hielo en la voz.

—De lo que hacías en el instituto ya hablamos la semana pasada, y si te leíste el «Mecanoscrit» entre paja y paja, no me extraña que no te enteraras de nada. Es verdad que el «Mecanoscrit» es lectura recomendada en muchos institutos, lo cual es un acierto, por una vez y sin que sirva de muestra, pero no se parece en nada a las llamadas novelas juveniles, al menos a la gran mayoría, que no son más que unas soserías.

—Pero no me negarás —contraataqué—, que el estilo es de una simplicidad que mata, ya sé que se supone que está escrito por una adolescente, pero eso no es justificación.

—¡Claro que es justificación! Y más todavía, es un estilo falsamente simple, muy pensado y trabajado para dar esa impresión, pero que en realidad es naif puro y duro.

»Es una historia de renacimiento. En un instante, en un parpadeo, la civilización queda destruida, el por qué es lo de menos, lo importante es que hay dos supervivientes: l'Alba, *«una noia de quatorze anys, verge y bruna»* (3) y el Dídac, el hijo de nueve años de *«... la Margarida que, anys enrera, se'n va a anar a servir a fora i va deixar-se prenyar per un negre»* (4). Su historia está contada, desde lo emocional, con una crudeza descarnada y desde lo literario, con la sequedad de un informe pericial, y sin embargo, destila ternura por todos los poros.

Me eché a reír, olvidando mi mal humor.

—Oye, me parece que a este libro le

tienes un cariño muy particular, seguro que tiene más valores que los estrictamente literarios.

—Yo era muy joven..., y muy tonta —dijo Zoe, con un matiz rabioso—. Pero aquel día espabilé bastante. Todavía estaba en el instituto y era virgen, igual que Alba. Por entonces, la vida se me iba en suspiros por un compañero de clase pero no había forma de que se fijara en mí.

—¡No me lo puedo creer!

Zoe me miró con una media sonrisa.

—Nadie nace enseñado y yo sabía muy poco sobre casi todo y era tan vergonzosa que no me atrevía ni a saludarlo. El curso estaba a punto de acabar y no le había dirigido la palabra, cuando la suerte me brindó una oportunidad: tenía que hacer con él un trabajo sobre el «Mecanoscrit».

Después de leerlo, quedamos en su casa para redactar el comentario y nos encerramos en su habitación. Yo estaba terriblemente excitada, pero no tenía ni idea de cómo conseguir lo que quería. Para empezar, no sabía lo que quería, si sólo insinuarme o salir de aquel cuarto con la virginidad por montera.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté cuando nos instalamos en la mesa.

—¡Una chorrada! —Respondió con brusquedad—. ¿Cómo va una tía a sobrevivir ella sola, encima cuidando de un mocoso?

—Es difícil —apunté, algo cohibida—, pero Pedrolo lo plantea con bastante realismo, disponen de alimentos en abundancia, al menos al principio...

—¡Qué no! ¡Qué no! —Me interrumpió—. ¡Si al menos fuera un tío!, pero una tipa, ¡no me jodas! Si no sabéis ni ir a cagar solas.

Yo me quedé pasmada. Mi príncipe azul saltó por los aires y en aquel mismo momento supe lo que quería, lo que me pedía el cuerpo: que aquel estúpido mamón se comiera sus palabras.

—Creo que tienes razón —dije, desperezándome y arqueando la espalda—a pesar de que Pedrolo dice de Alba que

«sempre havia estat una noia pugnaç». (5) pero, ¿qué puede hacer la pobre, sin un hombre a su lado? Dídac es todavía un niño, claro que más adelante crece.

—Da lo mismo, es negro y bastardo, nunca será bueno para una mujer blanca y virtuosa. Mi papá dice que los negros y los moros no tienen alma.

—Es verdad, ¡además negro!, y de la Margarida, que ni se había casado. Tienes suerte de tener un padre tan recto y juicioso, no como el de Alba que *«havia fet presó sense haver assassinat, robat o estafat mai a ningú [...] perquè ella, avui, pogués decidir com decidia»* (6), claro, así acaba ella como acaba.

—Exactamente, no sabe imponerse al negrata y demostrarle que ella es superior, y por eso le ocurren cosas, como esa caída en la que se rompe la pierna, haciendo trabajos de los que se tenía que ocupar el Dídac.

—Efectivamente —apoyé, soplando las llamas—, ahí se ve lo inútil que es una mujer, sin un hombre a su lado. A Alba, no se le ocurre otra cosa que aguantarse el dolor y enviar a Dídac a por el libro de medicina que tienen en la gruta donde viven. Después de consultarlo, aprieta los dientes y reduce la fractura *«enfonsant l'os fins que els dos extrems tornaren a coincidir»* (7), cuando lo que le correspondía, como una dulce muchachita, virgen y blanca, a pesar de ser «bruna», hubiera sido lloriquear y suplicar que un héroe viniera a salvarla.

—¿A que sí? —Yo alucinaba—. Porque de la catástrofe se habían salvado hombres de verdad, que hubieran sabido tratarla como a una mujer, pero los encuentra demasiado tarde, por desgracia. Para entonces ya estaba trastornada y no permite que le ajusten las cuentas al moreno.

—Es cierto, también se habían salvado algunos hombres de pelo en pecho, blancos por supuesto, como los que les salen al encuentro en el viaje de exploración, desnudos completamente, *«sense preocupar-se d'amagar l'engrescament que*

els provocava la presència d'una noia com l'Alba, ben a l'inrevés, car el més jove es masturbava» (8), eso son hombres que saben lo que necesita una chica.

—¡Tú lo has dicho! Lo malo es que llegan tarde y para entonces el Dídac ya se la ha tirado. Mi papá dice que una mujer que no es virgen, no puede tomar decisiones por sí misma, debe someterse a su marido y si no lo tiene, peor para ella.

—¡Claro, claro! Además, el Dídac no es gran cosa, fíjate ¡qué falta de virilidad!, ¡con doce años ya!, y tiene que ser Alba la que *«s'alça cap a ell perqué la penetrés»* (9). Y antes le pregunta *«no et sembla que ja sóc un home?»* (10)

—¡Es que estos negros! Mucha fama pero luego «na de na»

Yo ya estaba hasta los ovarios de aquel castrado mental, y de su papá, y dispuesta a que se llevara su merecido.

—¡No vas a comparar! —exclamé, al tiempo que mi pie se insinuaba entre sus piernas.

—Creo que le gustarás a mi papá —dijo, poniendo cara de satisfacción—, no eres como esa asquerosa de Alba que le gustan los negros y los libros guarros. Será pervertida la tía, que cuando encuentra una biblioteca llena de libros de esos, se los lleva y encima se siente orgullosa porque *«estava salvant per al futur els llibres prohibits del passat»* (11). Claro, que seguramente, el negro los necesitaba para funcionar.

—No como tú, que nunca has mirado nada parecido, ni te ha hecho falta. —Yo seguía avanzando, había puesto una mano sobre su muslo, y la movía arriba y abajo, como quien no quiere la cosa, sobre el tenso tejido de algodón del tejano.

—¡Bueno, bueno! —Replicó, incómodo—. Es diferente, yo soy un tío, eso es normal, tengo un cerebro superior y esas cosas no me afectan igual que a una mujer...

—O que a un negro.

—Exactamente, exactamente —cambió de tema—. Está claro que Alba se ha desquiciado y le da esa manía del

renacimiento y de que deben repoblar la tierra *«perquè ara ja no eren aquelles dues criatures que, de sobte, ho perdien tot, sinó un noi una noia aleshores inexistents, la història dels quals començava al moment que es deciden a ser origen i no acabament»* (12). Hasta se deja manejar por Dídac, como cuando éste le propone, al inscribir a ese hijo, o lo que sea que hayan tenido, en el nuevo Registro Civil que han decidido crear, que le pongan delante el apellido de Alba *«perquè ets tu qui l'ha dut nou mesos i qui l'ha parit»* (13).

—Pero eso, al fin y al cabo es lo correcto —apunté—, si los negros no tienen alma, tampoco deberían usar apellidos.

—¡No se trata de eso! Mira —me explicó condescendiente—, el hijo de Alba, a todos los efectos, es un bastardo de sangre mezclada, como su padre. Deben registrarlo exclusivamente con los nombres de la madre, pero no es eso lo que hacen, no. Lo registran alterando el orden de los apellidos, pecando contra la sagrada preeminencia de lo masculino, que Jesús tenía sus buenas razones para no incluir a ninguna mujer entre los apóstoles.

—Es que las mujeres debemos conocer nuestro puesto —mi mano ya se encontraba sobre la bragueta, palpando el bulto que, constreñido en la dureza de los tejanos, debía causarle más dolor que otra cosa. Busqué los huevos con la sana intención de estrujárselos, pero no conseguí dar con ellos. ¡Lo que hace la inexperiencia!

El muchacho intentaba mantener el tipo, a pesar de que el sudor le corría entre el bozo ralo, que antes, hacía mil años, me había parecido viril y ahora una asquerosidad. El macho-macho, seguramente estaba pensando qué haría su papá en aquella situación.

—Además es una guarrada de libro —dijo al fin, fingiendo ignorar mi mano—, con tanto detalle sobre las letrinas o los problemas de Alba con la menstruación, ¡aggg!, ¿tú no estarás con la regla, verdad?

—No, no, no, ¿cómo se me ocurriría venir a tu casa en esos días?

—¡Menos mal!... pero para asqueroso

de verdad, cuando Alba tiene que alumbrar —¿no se decía parir?—, ¿a quién le interesan tantas explicaciones?

Yo ya estaba harta, el pasaje del parto de Alba me había maravillado, estaba narrado con crudeza, es cierto, en consonancia con el tono seco y amargo de la historia, pero también con mucha poesía y con un cariño infinito por l'Alba y el Dídac, que, padres y todo, seguían siendo niños angustiados por *«la certesa monstruosa que eren feliços sobre una muntanya de cadàvers»* (14).

Sin responderle me metí bajo la mesa y le desabroché el cinturón, asombrada de mí misma. Él alzó el culo para permitir que le bajara los tejanos y vi, por primera vez en mi vida, un pene en erección. Advertí que los huevos se le habían replegado, por eso antes no los encontraba, pero ahora ya sabía donde estaban. Clavé las uñas con saña y se los hice bajar, él pasó, en un instante, del placer al dolor, y fuera por lo uno o por lo otro, ¡vete tú a saber!, eyaculó sin gracia, y un chorrito mezquino se escurrió hasta el suelo, manchando la alfombra.

—¡Huy, pobrecito! —exclamé, saliendo de la mesa y recogiendo mis cosas—, creo que voy a probar con un negro, ¡peor que esto no puede ser!

Él estaba corrido de vergüenza, espatarrado en la silla, con los pantalones en los tobillos y el pene colgándole, flácido y húmedo.

—¿Quieres que llame a tu papá, para que te consuele? —le dije antes de cerrar la puerta.

(1) «Y yo, Alba, una madre de dieciocho años miré a Mar, que lloraba en la cuna y pensé que sería justo una mujer de treinta cuando él tuviera doce. Y en el fondo de mi corazón deseé fervientemente que fuera tan precoz como Dídac, su padre. Si lo era, todavía podría tener unos cuantos hijos de mi hijo...

(2) «Mecanoescrito del segundo origen»

(3) «una chica de catorce años, virgen y morena»

(4) «... la Margarita, que años atrás se fue a servir fuera y se dejó preñar por un negro»

(5) «siempre había sido una chica tenaz»

(6) «había estado preso sin haber asesinado,

robado o estafado nunca a nadie [...] para que, hoy, ella pudiera decidir como decidia»
(7) «apretando el hueso hasta que los dos extremos volvieron a coincidir»
(8) «sin preocuparse de esconder la excitación que les provocaba la presencia de una chica como Alba, al contrario, ya que el más joven se masturbaba »
(9) «se alza sobre él para que la penetre»
(10) «¿no te parece que ya soy un hombre?»
(11) «estaba salvando para el futuro los libros prohibidos del pasado»
(12) «porque ahora ya no eran aquellas criaturas que, de golpe, lo perdieron todo, sino un chico y una chica entonces inexistentes, cuya historia comenzaba en el momento que decidieron ser origen y no final. »
(13) «porque eres tú quién lo ha llevado nueve meses y quien lo ha parido»
(14) «la certeza monstruosa que eran felices sobre una montaña de cadáveres»

El señor de la rueda

Gabriel Bermúdez Castillo

«[...] ocúpate de la cabina de mandos y ya que Sir Pertinax y yo vamos a ocupar el tálamo, procura pasar por todos los baches del camino. »

—¿Te gusta conducir?

Miré a Zoe asombrado.

—¿A qué viene eso?

Ella se agachó un instante y de debajo del mostrador saco un librito.

—¡Ah!, «El señor de la rueda», ¡Es divertidísima! Fue la primera novela de ciencia ficción con la que me he reído a carcajadas.

—En cierta ocasión conocí a una pareja que se la tomaron muy en serio.

—¿Cómo que se la tomaron en serio?

Zoe me miró con una sonrisa en los labios.

—Fue hace mucho tiempo, yo me había echado a la carretera con una mochila, dispuesta a ver mundo. Levantaba el dedo en una carretera perdida cuando apareció el vehículo más sorprendente que jamás he visto.

Sobre el chasis de un camión, seguramente un excedente militar por el tamaño de las ruedas, rugían en paralelo dos enormes motores descubiertos. Estaban montados en la parte trasera y ante ellos se había instalado una vieja caravana, conectada con la cabina de conducción por una pasarela. Una escalera de caracol subía a la parte superior de la caravana, acondicionada como terraza con una coqueta barandilla; desde allí arriba me saludaba, con una bebida larga en la mano, una morena de piernas interminables, vestida, es un decir, con un escueto picardías, incapaz de ocultar el esplendor de su pecho.

Tras la cabina había una grúa articulada con una cestilla de la que sobresalía un lanzón digno de Lancelot du Lac. Asombrada, mi vista iba de la mujer, que me guiñaba un ojo con descaro, a la grúa y su enorme lanza y tardé unos instantes en advertir que me gritaban desde la cabina.

—¡Subid, dama o doncella! ¡Subid! Reducimos al mínimo...

—Pero, ¿es que no podéis parar del todo, so imbéciles, cabezas de corcho?

Fue tal la expresión de repugnancia

que vi reflejada en el rostro del joven conductor que sin discutir más di un salto, me encaramé al chasis y entré en la caravana. Estaba en penumbra y se agradecía el frescor del aire acondicionado después del sol de justicia que había soportado en el arcén. Mientras dudaba si quedarme allí o ir en busca de mis anfitriones, entró la mujer de la terraza.

—¡Oh, querida! ¡Qué feliz me hace haberte encontrado al fin! Sin duda alguna tú eres Jane Smith. Yo soy Lady Girolaine.

Pensé en sacarla de su error, pero se me acercó para darme un beso de saludo y el frescor de sus labios sobre mis mejillas y el contacto de su pecho opulento, exhibido con generosidad, no me dieron otra opción que seguirle la corriente. Además, todo aquello me resultaba familiar pero fue el libro que Lady Girolaine llevaba en la mano lo que me dio la clave. No podía leer el título pero por un momento entreví el autor: Gabriel Bermúdez Castillo y al instante até cabos. «¡Ostras!, son frikis de "El señor de la Rueda"». La dama llevaba ya un rato con el brazo extendido y me apresuré a meterme en el papel de Jane Smith, la extravagante extranjera que Sir Pertinax Le Percutens, en su noble magnanimidad, libra de la humillación de hallarse detenida al borde de la carretera y que alterará su visión del mundo de forma irremediable.

—¡Milady, disculpadme! —Exclamé al tiempo que me arrodillaba y le besaba el dorso de la mano, un beso más largo y más húmedo de lo necesario, tal y como convenía. Si estos dos estaban la mitad de salidos que los personajes de Bermúdez, el viaje prometía ser entretenido. Lady Girolaine me sonrió complacida—. Es que no recuerdo demasiado de cómo iba este rollo.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh! Eres deliciosamente vulgar, tal y como me había advertido Sir Pertinax, que por cierto, me ha confesado la profunda emoción que le produjo verte a lo lejos, tan sola, tan indefensa, tan... tan...

—¿Tan parada? —pregunté con inocencia fingida, pues los recuerdos del libro me llegaban en tropel.

Lady Girolaine experimentó un estremecimiento de repugnancia, teñida del placer de lo morboso. Me recordó a esas mujeres refinadas que se excitan escuchando groserías y palabras malsonantes. Yo también me sentía enervada por aquel cuerpo intuido y presentido y notaba como se avivaban mis fogones. En cualquier momento empezaría a echar humo.

—¡Llevaba horas sin moverme! —exclamé, cargada de pensamientos lúbricos. El cuerpo de Lady Girolaine se arqueó—, ha sido aburridísimo, todo el día quieta —sus mejillas se arrebolaron—, completamente parada —puso los ojos en blanco—, allí sentada, inmóvil sobre mi mochila.

Milady ya no pudo reprimir los jadeos y antes de que me diera cuenta, su lengua se abrió camino en mi boca, que opuso poca resistencia. Mis insistentes procacidades la habían llevado al borde del éxtasis y yo estaba deseando acompañarla. Fue una de las mejores invitaciones a quedarme que me han hecho nunca.

Al cabo de un rato, más relajadas, cruzamos por la pasarela hasta la cabina donde milady hizo las presentaciones y tomó el volante. Sir Pertinax, un noble bruto de una belleza primitiva y salvaje, me llevó de la mano, de vuelta a la caravana, con tanto donaire que parecía danzar sobre la pasarela y me hizo pensar en la bienvenida de milady como un simple calentón. Pero Sir Pertinax Le Percutens era todo un caballero, incapaz de saltarse ni una coma del protocolo.

—Es un placer teneros de nuevo en mi castillocar, Lady Jane; decidme mi dama, ¿deseáis que cuelgue vuestro óvalo al arzón para que todos los caballeros de la ruta sepan que aquí hay una dama dispuesta a hacer el amor?

«Joderrr, ¡qué colgado está el tío!» pensé, «este se sabe "El señor de la Rueda" mejor que Don Quijote el "Tirant lo Blanc"».

—¡Oh! ¡Eh!... Lucir mi óvalo en vuestro arzón me llenaría de dicha y honra, Sir, pero en atención a lo desdichadamente breve que ha de ser mi estancia en vuestro

castillocar —¡rehostias, cómo hablo!—, es mi deseo que esta sea una visita de incógnito, para corresponder adecuadamente a los favores de mis anfitriones, el famoso y temido Sir Pertinax Le Percutens, vencedor de un sinfín de justas que han llenado de despojos los arcenes, desde la Avenida Orión hasta Betelgeuse Road, y su no menos conocida y admirada dama, y envidiada si me permitís la confianza, milady Girolaine.

Sir Pertinax se hinchó como un pavo con mi discursito.

—Mi adorada Lady Jane, me complace ver que recordáis los buenos modales que tanto me costó inculcaros en vuestra anterior visita, pero es mi deseo, como muestra de mi afecto y consideración, que apeéis el tratamiento de Sir y me llaméis Pertie, tal como acostumbrabais.

»Desearía poner mi lanza en vuestras manos en este mismo instante —yo sabía bien a qué lanza se refería y tenía dispuesto para ella un sitio más acogedor que las manos—, pero debo prepararme para recibir la transmisión del Rey Arturo —hizo una ligera inclinación de cabeza—, por lo que os ruego que me disculpéis. Por favor, poneros cómoda y serviros comida y bebida a vuestra discreción.

Dicho esto tomó de una estantería un grueso tomo, en cuyas ajadas tapas se podía leer «Código de Circulación», y se retiró a un cuartito en la parte trasera de la caravana.

«¡Si está pirado el tipo!», me dije mientras sacaba una cerveza del frigo y hacía un poco de memoria. «El Pertinax de Bermúdez recorre incansablemente un mundo sin ciudades, lleno de carreteras que lo cruzan en todos los sentidos, justando con otros caballeros allí donde los encuentra y cepillándose a todas las que se lo reclaman, que para algo es un caballero y no puede negarse a los deseos de ninguna mujer, sea dama o doncella», la cerveza estaba deliciosamente fría y me cosquilleaba en la garganta, «vamos», me sonreí, «sea óvalo o losange lo que cuelgue del arzón. Y todos perdiendo el culo por oír

al Rey Arturo, el autentico Arturo, por supuesto, o eso creen ellos. Vete tú a saber lo que escucha este, ¡el parte del tráfico, lo más probable!».

Mientras apuraba la cerveza sentí que el castillocar reducía la velocidad y cambiaba de dirección, poco después traqueteaba por una carretera secundaria, fue entonces cuando reparé en que no había ventanas, toda la luz venía de una pequeña claraboya. «¡Por dios! ¡Igual que en el libro!», picada por la curiosidad abrí la puerta y vi que nos dirigíamos hacia el aparcamiento desierto de un centro comercial, al poco trazábamos círculos a baja velocidad. Intentaba entenderlo cuando un educado carraspeo me sobresaltó, me volví bruscamente para darme de narices con milady.

—Lady Jane —había una ligera dureza en su voz—, por favor, debo pediros que os comportéis con la compostura y decencia que Sir Pertinax merece, mirar al exterior es una grave falta contra las buenas costumbres.

Enrojecí hasta las orejas.

—¡Disculpadme milady! —hice una torpe reverencia, sintiéndome más estúpida todavía. ¡La muy zorra ha trabado la dirección, por eso hacemos círculos!— No... no lo sabia... esto, quiero decir, no lo recordaba... —tenía que seguir en mi papel de Lady Jane.

Cerré la puerta a mis espaldas justo cuando Pertie regresaba de su coloquio real.

—¡Ah! ¡Estáis aquí, mis damas! —¡Como si pudiéramos habernos ido muy lejos!— Tengo magníficas noticias: un mensaje personal de Su Majestad comunicándome que la ruta hacia el Circulo Máximo Norte se haya despejada y que aguarda impaciente mi llegada.

—¡Oh, mi señor! —milady daba saltitos y batía palmas, mientras yo me quedaba prendada de todo lo que botaba bajo el picardías—. ¡Oh, mi señor! —repetía—, sin duda alguna os esperan grandes honores, no es habitual que Su Majestad reclame con tanta premura la presencia de un súbdito.

¿Qué pensáis vos?

—No creo que vayas descaminada en tus pensamientos, mi dama —respondió Sir Pertinax acariciándose el mentón, tan ancho como uno de mis puños—, he llegado a pensar incluso...

—¿Qué? ¿Qué? —la excitación le arranco a milady un gallo.

—El noble título de «Señor de la Rueda» lleva demasiado tiempo sin nadie que lo honre, es posible, sólo posible, que Su Majestad haya pensado que soy digno de portarlo con honor.

Me agarré al borde de una mesa para resistir el mareo que me provocaban las oleadas de tentación que desbordaban el picardías.

—¡Eah! No pensemos más en ello, lo que tenga que rodar, rodará, ahora es tiempo de agasajar a nuestra invitada como se merece —me dirigió una mirada procaz —. A vuestra disposición, lady Jane.

«¡Ya era hora!»

Me faltó tiempo para acercarme a él y bajarle las calzas, al tiempo que giraba ligeramente la cabeza.

—Por favor milady no os retiréis, acompañadme en el tálamo, que a bien seguro Sir Pertinax no tendrá inconveniente, ni dificultad, en satisfacernos a las dos.

Fue una noche agotadora, Lady Girolaine sacó el famoso manual que tanto cita Bermúdez, e insistió en repasar todas las lecciones, ¡todas!

Al amanecer, ahítos al fin, nos rendimos al sueño del que nos sacó un gran estruendo.

Sobresaltado, Sir Pertinax se vistió al instante con las calzas y la túnica y salió a la pasarela.

—¡Eh! ¡Mirad! ¡Hay gente!

—¡Pero si parece un mamarracho!

Lady Girolaine y yo seguimos al caballero, apenas vestidas, levantando un terrible escándalo de silbidos y obscenidades entre la panda de moteros que la había tomado con nuestro castillocar.

—¡Habrase visto el soplagaitas! Con esa cara de tonto y tiene cuatro melones

para él solo.

—¡Y qué melones!

—Eh, jefe —gritó un orangután barbudo con torso de barril, a los mandos de una chopper cuya horquilla se perdía en el horizonte—, llevamos muchos días de viaje y no hay más que ver que esas dos son mucha mujer para usted. ¿Por qué no paran ese trasto y deja que pasen un buen rato? Seguro que están mojando las bragas sólo de pensarlo.

—Caballero, si es que lo sois —respondió Sir Pertinax con mesura no exenta de soberbia—, dirigiros a mis damas, Lady Jane y Lady Girolaine con el respeto que su alcurnia merece. Por supuesto que si ellas desean disfrutar de vuestra compañía atenderé solícito a su demanda, como corresponde a mi hidalguía.

—Descuidad Sir, que no pasareis ninguna afrenta por mí —gritó Lady Girolaine—. Estos truhanes desconocen el honor de la caballería y antes de compartir con ellos un simple abrazo... ¡me apeo y me paro!

Sir Pertinax no pudo evitar un sobresalto al escuchar la blasfemia de su dama, pero en su fuero interno se regocijó: Lady Girolaine sabía emplear palabras duras cuando la ocasión lo merecía.

—Ya habéis oído caballeros —exclamó Sir Pertinax—, en consecuencia, haced el favor de seguir vuestro camino y que el Rey Arturo os guíe y os brinde una carretera despejada.

—¡Ya vale de tanto hablar! —gritó un tipo larguirucho, con un pañuelo pirata a la cabeza y el torso cubierto por un ajado chaleco de cuero—. Vamos a por las tías y el mamarracho, lo atamos a un árbol y que mire... Seguro que aprende algo.

Rugieron los motores y maniobraron, buscando la forma de abordarnos.

—Milady, ¿haréis el favor de conducir?

—Gustosa Sir, hace demasiado que no justamos y ya lo echo en falta.

—Entretened a estos pelafustanes en tanto ciño mis armas.

Sir Pertinax entró en la caravana mientras yo acompañaba a Lady Girolaine a

la cabina. Pronto tuvo a los moteros desesperados, intentando seguirla en sus alocadas e imprevisibles maniobras, que más parecía aquello un potrillo salvaje que un castillocar.

Al poco la voz de Sir Pertinax se escuchó por un altavoz interno.

—Estoy en mi puesto milady, ¡a por ellos!

El castillocar giró en redondo enfrentando a los moteros que se habían agrupado a corta distancia. A través del parabrisas vi a Sir Pertinax en la cesta de la grúa, completamente desplegada por delante del castillocar, como el espolón de una galera, culminado en el enorme lanzón. El caballero manejaba los mandos haciendo describir a la cesta un movimiento de vaivén a derecha e izquierda, como si estuviera en un balancín.

Lady Girolaine pisó a fondo el acelerador dos veces, soltando enormes humaredas, luego embragó y el castillocar saltó hacia delante con el ímpetu de un caballo de carreras, directo al centro de la nube de moteros que se nos echaba encima. Sir Pertinax se mantuvo impertérrito en su balanceo y en el momento justo, subió mucho más que las otras veces, todo lo que daba el brazo de la grúa, le vi mantenerse allí arriba un instante y luego bajar con la velocidad del rayo. Había calculado el movimiento con extraordinaria precisión y el lanzón segó el pelotón de moteros como si fueran bolos, sin dejar uno en pie. El castillocar botó al pasar por encima de las motos caídas, milagrosamente sin aplastar a ninguno de los conductores.

—¡Giramos, milady!, ¡Giramos!, destrocemos sus monturas, obliguémosles a ir a pie.

Puede ver como a la excitación de la justa, la dama le agregaba la que le producían tales groserías en sus oídos. Me lanzó una mirada lasciva y después de relamerse los labios pegó tal volantazo que el castillocar giró sobre dos ruedas. Yo me agarré a donde pude mientras pensaba que en acabar aquello, milady estaría dispuesta

para probar los anexos del manual. Hizo rugir al monstruo de nuevo y lo lanzó hacia donde los moteros intentaban desesperadamente poner a salvo las máquinas que habían sobrevivido a la primera embestida pero tuvieron que salir huyendo ¡por piernas!, cuando el castillocar se les echó encima.

—Muy bien milady, creo que podemos considerar zanjado este enojoso asunto. Esos truhanes se lo pensarán dos veces antes de volver a molestar a un caballero.

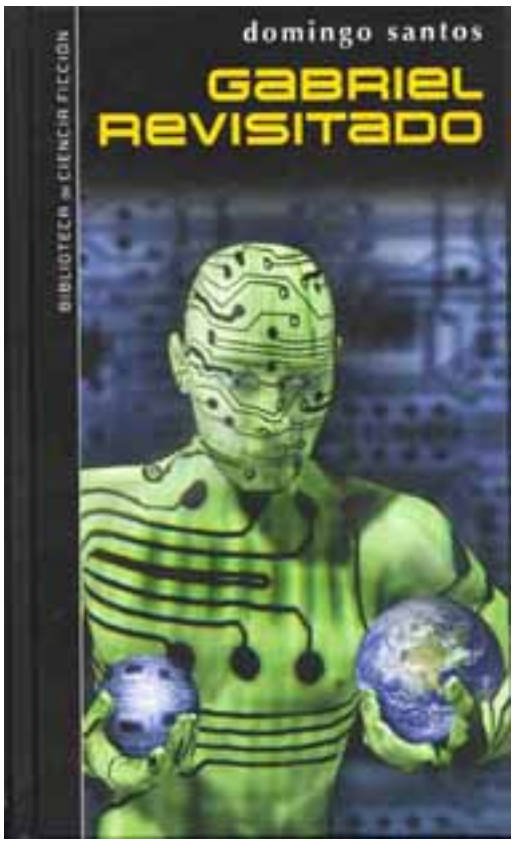
Algo más tarde, efectivamente después de repasar los anexos del manual, mis amigos accedieron a que les dejara, pero no consintieron que marchara a pie. En un largo tramo de vía recta, milady puso el castillocar a la par de un mercancías y Sir Pertinax me subió a bordo con la grúa, ¡todo con tal de no pararse!

«Todo el tiempo comiendo y bebiendo como cosacos y follando como monos, yendo de aquí para allá por carreteras interminables con un único objetivo en la vida: nunca detenerse. ¡No me extraña que Bermúdez diga que "El señor de la rueda" lo soñó!» pensé viéndoles alejarse, con una punzada de envidia.

Gabriel revisitado

Domingo Santos

«No, gracias —dijo Gabriel— Prefiero lo natural; nunca me han gustado las máquinas.»



La librería estaba vacía, pero sobre el mostrador había un libro que reconocí al instante: «Gabriel revisitado» de Domingo Santos. Junto al libro encontré una nota escrita apresuradamente y una vieja libreta de espiral.

Abrí la nota:

Quería hablarte de Gabriel, pero de pronto me he dado cuenta de que no podía. Seguro que conoces la crónica de Domingo Santos, y si no da lo mismo, es tan antigua como la ciencia ficción: el hombre artificial a la búsqueda de lo que le diferencia de su creador. No es muy diferente del Hombre buscando a Dios, pero en el caso de Gabriel, yo fui quién le enseñó donde estaba esa diferencia...

Gabriel fue el robot humanoide construido por el Dr. Gabriel Vilalcázar para la Industrial Robotics en los lejanos tiempos de la primera declaración de independencia de Luna. Yo preparaba mi tesis en sociología y el doctor Vilalcázar me incluyó en su equipo. Estaba muy interesado en valorar el impacto que tendría sobre nuestra sociedad un robot sin las Leyes Fundamentales, las tres reglas asimovianas que humanos apocados habían hecho obligatorias para todos los robots humanoides.

Yo estaba allí cuando Gabriel despertó... es la única época de mi vida que he llevado un diario, te aconsejo que lo leas.

Zoe.

Quedé enormemente sorprendido de descubrir la participación de Zoe en aquellos hechos que ya formaban parte de nuestra historia y que Domingo Santos había novelado con su habitual soltura y buen hacer, creando una historia intensa y emotiva, que se lee con mucha facilidad, pero que al mismo tiempo incita a la reflexión. Yo había leído el libro y ningún recuerdo de Zoe venía a mi memoria. Lleno de curiosidad, abrí con cuidado el viejo cuaderno, medio desarmado. Las anotaciones estaban simplemente

numeradas, sin fechas.

1.

Madrid, Londres, Ankara, Delhi, Singapur, Hong-kong... y Tuen Mun, en la China continental. No sé cuantas horas de viaje ni cuantos aviones llevo. Me siento encogida, en forma de cuatro, me da la impresión de que nunca más podré estirarme. Y nada más llegar, no me han dejado ni respirar. Me han presentado por encima al resto del equipo y de cabeza a una reunión. El Gran Jefe, Gabriel Vilalcázar, estaba exponiendo el proyecto a un grupo de directivos. Un auténtico fanático el Vilalcázar, lleva tres años trabajando en el robot y hasta ahora lo único que ha conseguido es que su mujer lo abandone. Aun tengo sus palabras grabadas en la cabeza «la idea básica es crear un robot "virgen": un robot autodidacta, que vaya aprendiendo por sí mismo a partir de lo que le rodea y se vaya creando su propia experiencia como lo haría un ser humano...»*.*

Me ha hecho gracia lo de «virgen», igual acabo enseñándole algo... ¡Aquí son todos tan serios y eficientes! Y eso que mí los rob-amor no me van, prefiero la carne (caliente y dura, jejeje, ¡salidilla!)

2.

¡La madre del cordero!

¿Pero, esta gente en qué estaba pensando? ¿Querían impresionar a la humanidad con «El Primer Robot Sin Leyes Fundamentales» o con «El Primer Robot Mister Universo»? Mira que en Madrid, Lara que es una fanática de los rob-amor, siempre se empeña en que lo hagamos a tres, y la tía sabe elegirlos bien, pero nunca he visto nada parecido.

La verdad es que ha sido muy emocionante, estabamos en la habitación contigua al laboratorio, viendo a Gabriel a través del espejo. Vilalcázar le ha hecho la señal al técnico y han ejecutado el bootstrap. Gabriel ha reaccionado a los pocos instantes, se ha desconectado por sí mismo el cable umbilical y se había

plantado en medio de la habitación, completamente desnudo y mirando hacia el espejo, "sabiendo" que estábamos allí. Un tío de uno ochenta, noventa o cien kilos de peso, con una musculatura absolutamente perfecta, resaltando debajo de una piel bronceada y lampiña y un pollón como para ensartarlo de donuts. Vilalcázar babeaba de felicidad y yo más.

Luego Vilalcázar ha entrado, posiblemente ha sido el mejor momento de su vida. Ha sido como un padre hablando con su hijo, o como Miguel Angel hablando con su David, si hubiera cobrado vida de pronto. Es sorprendente la facilidad con la que Gabriel ha asimilado su situación, ha entendido perfectamente cual es su cometido en este instante: «Aprender».

3.

¡Gabriel se ha escapado!

Vilalcázar ya lo había advertido: «Gabriel había nacido virgen, pero no ingenuo». *Han sido unos días de infarto. La dirección de la Industrial Robotics se ha puesto nerviosa ante la perspectiva de que llegue al público la noticia de que existe un robot sin Leyes Fundamentales y ha ordenado desactivar a Gabriel. Vilalcázar ha obedecido de mala gana pero tres días después de ser almacenado, Gabriel ha huido. Se cree que debe encontrarse escondido en «Nueva Robot», la ciudad sin ley (al gobierno chino no le interesa demasiado imponerla) surgida al calor de esta inmensa factoría de la Industrial Robotics y de sus miles de operarios.*

Se han tomado medidas extremas y se han formado grupos de trabajo con todos los miembros del equipo para analizar todas las hipótesis posibles e intentar evaluar y predecir sus movimientos.

Vilalcázar me ha enviado a la ciudad. Piensa que como socióloga y buena conocedora de Gabriel, estoy en mejores condiciones que nadie de predecir sus movimientos en Nueva Robot. Unas pocas horas me han bastado para formarme una opinión y comunicársela a Vilalcázar: irá a verle, Nueva Robot es demasiado caótica,

pensándolo bien, lo es el mundo real en general, el auténtico, no el que Gabriel ha conocido a través de sus estudios y es demasiado «joven». En algún momento le asaltarán las dudas y necesitará consejo y acudirá al único que piensa que puede dárselo.

4.

¡Bingo!

Gabriel estuvo anoche con Vilalcázar. El Gran Jefe me lo ha contado todo, pero me ha pedido que lo mantenga en secreto. Este hombre cada vez me sorprende más, casi juraría que está de parte del robot.

El caso es que sabe donde se esconde, no ha querido decirme como lo ha averiguado, y nada menos que me ha pedido que vaya a verle. No ha avisado a los de Seguridad ni a la policía, así que lo primero que he pensado es que Vilalcázar confiaba en mí para convencer a Gabriel de que debe regresar, pero me he equivocado.

«Gabriel no se dejará convencer por nadie, está decidido a buscar una misión en el mundo acorde a sus capacidades y yo no puedo impedírselo, no quiero impedirselo, pero en su educación hay "lagunas" que no hubo tiempo de llenar y he pensado que quizá usted pudiera hacer algo al respecto.»

Me he quedado boquiabierta, luego he recordado el día en que Gabriel «despertó» y también se me ha abierto otra cosa.

5.

Vilalcázar me dio la dirección de un hotel en Nueva Robot. Cuando toqué en la puerta no sabía lo que me iba a encontrar y estaba bastante nerviosa, casi parecía una jovencilla virgen e inexperta. Gabriel preguntó quien era sin abrir la puerta y se lo dije. En el laboratorio habíamos tenido ocasión de hablar, aunque no de intimar. Él abrió aparentemente sin ningún temor. Vestía pantalón y camisa, llevaba bigote y perilla falsos y se había rapado el cráneo. «Te envía Vilalcázar». No era una pregunta.

Yo me quedé admirándolo, no se parece a ninguno de los rob-amor con los

que he estado… todo en él respira inteligencia, no puedo verlo como un robot. Es como un niño prodigio, excepcionalmente inteligente pero totalmente inexperto.

Entré cerrando la puerta a mi espalda y me desabroché lentamente un par de botones de la blusa. «Vilalcázar me ha pedido que te explique algunas cosas que no aprenderás en la red» le dije. El se bajó inmediatamente los pantalones y vi como su sexo se alzaba de golpe, al impulso de su voluntad electrónica. Me eché a reír. «No, no, nunca hagas eso, sólo funciona así en los vid de la red. La realidad es mucho más sutil y complicada».

Le enseñé a sentir las señales que deja una mujer cuando está dispuesta, a reconocer el momento en el que se puede pasar de la amabilidad a la intimidad y de ahí a la pasión. Gabriel era una esponja que empapaba todo aquel conocimiento empírico y al final de la tarde había aprendido a comportarse como un auténtico galán. Yo estaba cansada, me sentía encerrada y tenía hambre. Ansioso por exhibir su recién adquirida caballerosidad, Gabriel me invitó a cenar en un lujoso restaurante. Las máquinas de juego de los numerosos casinos de la ciudad no tenían secretos para él y se financiaba holgadamente gracias ellas. Fue una cena increíble, tan romántica como nunca pude suponer. Gabriel interpretó su papel con tanta maestría que me sedujo irremediablemente. Cuando volvimos a la habitación yo estaba ansiosa pero en cuanto empezó a desnudarme, volvió a parecer un vulgar rob-amor.

Fue una noche interminable, de repetición en repetición. Al amanecer yo esta saturada de placer, pero completamente exhausta, en algún momento de la madrugada perdí la cuenta de los orgasmos, pero había logrado mi objetivo: ninguna mujer hubiera sospechado que Gabriel era otra cosa que un amante tierno, experimentado… e incansable.

Por la mañana Gabriel pidió un

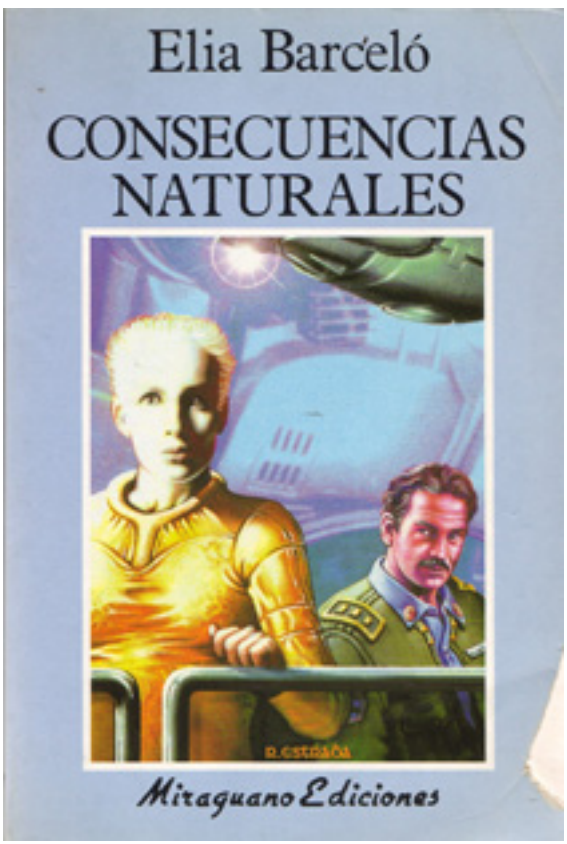
desayuno para dos mientras yo me duchaba. Vilalcázar me había advertido del tiempo del que podía disponer y ya era momento de salir de allí, pero después de devorar toda la comida con un hambre del demonio, se me había reabierto el apetito. Antes de que pudiera decir nada, Gabriel me miró «Antes de que te vayas ¿No podríamos dar un repaso rápido?». En sus ojos había un brillo de malicia. Me embargó el orgullo del maestro ante su alumno, pero enseguida empece a sentir algo mucho más profundo y dejé de pensar.

Me asaltó la risa, primero tímida y enseguida a carcajadas. No me extraña que Domingo Santos no llegara a conocer nunca el papel de Zoe en la educación de Gabriel. Había sido un secreto bien guardado. El diario continuaba siguiendo los pasos de Gabriel, pero pronto advertí que Zoe no había vuelto a encontrarse con el robot. Yo conocía el resto de su historia: su intervención había sido decisiva para que la rebelión selenita no acabara en un baño de sangre, el tierno romance con Helena Murt, que tanto debía a las enseñanzas de mi amiga, y su final, siempre debido a la causa humana y a su bienestar. Sin ninguna duda había sido un gran hombre en todos los aspectos y ahora sabía el papel de Zoe en su grandeza. Estoy seguro de que aquella noche Zoe le dio algo de lo que nos diferencia de las máquinas y lo convirtió en humano.

Consecuencias naturales

Elia Barceló

«El teniente Andrade va a tener un bebé.»



—¡Ya salió la feminista! —exclamé al ver el libro que Zoe había preparado para mí en aquella ocasión.

—¡Ya salió el machito que solo sabe pensar con las pelotas! —contraatacó Zoe— ¿Lo has leído?

—Eh... No, en realidad no, pero me han hablado de él y sé que los hombres no salimos demasiado bien parados.

—Ciertos hombres no salen demasiado bien parados —puntualizó Zoe—, es cierto, pero Elia es demasiado inteligente como para confundir la parte con el todo y si tienes amigos que se hayan sentido ofendidos por este libro... mejor cambia de amigos, no sea que se te pegue algo.

»Todo arranca de una situación que ha servido de argumento para tantas historias que resulta manido —explicó Zoe—: el don Juan, la muchacha, algunas mentiras, una noche de pasión y un embarazo no deseado.

»Sólo que la muchacha es extraterrestre y su sistema reproductor hace que quien se quede embarazado sea el don Juan, el teniente Nico Andrade en nuestro caso, cuyas mentiras acaban volviéndose en su contra.

Ojeé el libro fijando la vista en las páginas, para disimular mi confusión. Los que me habían hablado mal del libro era personas, hombres, cuya actitud hacia las mujeres me incomodaba. Conquistadores impenitentes con mano para llevarse a la cama a la mujer sobre la que pusieran el ojo y absolutamente indiferentes a las consecuencias.

Me fijé en un párrafo que alguien había subrayado, Zoe probablemente: *«Era muy agradable tener compañía en la cama cuando uno estaba despierto, pero una vez zanjada la cuestión primordial, lo correcto era que la chica tuviera el buen gusto de marcharse a su propia cama y lo dejara descansar a sus anchas».*

«Y si no la volvía a ver, mejor», no pude evitar el pensamiento, para ese tipo de hombres, una vez logrado su objetivo la mujer pierde todo su interés, se convierte en un trofeo del que alardear en el bar. «Yo

no soy así» me dije.

—Pero aplaudes a los que sí lo son y en el fondo, secretamente, les envidias, te gustaría ser como ellos —dijo Zoe.

—¿Cómo? —pregunté descolocado.

Ella sonrió con cinismo.

—Tus pensamientos son tan claros como si estuvieran apareciendo en subtítulos. En realidad es que son poco originales, todos los machos pensáis parecido: con la cabeza reprobáis al galán conquistador que va sembrando el mundo de hijos olvidados pero os recome la envidia... algo que nace de vuestras pelotas os dice que sois inferiores a ese semental y no hay superioridad en ningún terreno que pueda compensar eso.

—¿Y eso es motivo para reprobarnos en grupo? —pregunté mosqueado, al tiempo que sacudía el libro en el aire.

—No, por supuesto que no, tampoco todos los hombres de la novela salen mal parados, en realidad el único con el que Elia se ensaña es con Nico Andrade...

—¿El Don Juan preñado?

—Ese mismo, Andrade es *«una especie de homo erectus que, por un capricho del destino, ha nacido en el siglo XXIII, con cierto valor de reliquia, pero poco más. [...] Un hombre que no ama ni respeta nada salvo quizás a sí mismo y eso sólo va por lo del amor, no por el respeto. Un hombre que está acostumbrado a ganar pero sólo porque juega con cartas marcadas. Y una vez que le salen las cosas al revés cree tener derecho a la conmiseración de todo un planeta, si no de dos, y que todo el mundo le dé palmaditas en el hombro y le prometa arreglarle las cosas sin que su ego tenga que sufrir por ello»*.

»Es cierto que Elia lo vapulea sin compasión —continuo Zoe— y que sólo se apiada de él cuando el propio proceso fisiológico del embarazo, con sus alteraciones químicas y hormonales, le acercan a lo que experimenta una mujer durante ese periodo: aprensión, incertidumbre, dependencia...

—Lo que pasa es que esa situación de partida de la que hablas, tan manida, al

invertirse se convierte en grotesca y por mucho que digas que solo carga la tinta contra Andrade, hay tanto potencial para el chiste fácil que al final todo el genero masculino tiene que quedar ridiculizado.

—Te equivocas, Elia no tiene nada contra los hombres ni busca poneros en ridículo, además tiene demasiadas cosas que decir como para perder el tiempo en naderías, sus intenciones son otras.

—¡Ya! Una novela «con mensaje», o sea, un tostón.

—Pues no, o bueno sí, mensaje hay, eso es cierto, pero de tostón nada, la prosa de Elia es tan depurada que lees sin darte cuenta de que estás leyendo, convierte las palabras en herramienta y lo hace con tanta eficacia que su mensaje te cala sin que te des cuenta.

—Suena casi subliminal —no puede evitar parecer sarcástico— ¿Y cual es el objetivo? ¿La Castración Global?

—¡Que brutos que sois! En el fondo no podéis evitarlo, pero no por eso resulta menos patético ver como lo reducís todo al paquete que lleváis entre las piernas.

»La cuestión que «Consecuencias naturales» pone encima de la mesa es qué, por mucho lenguaje políticamente correcto que nos impongamos y por mucha igualdad funcional que logremos, el hecho de la maternidad, el saber que se acarrea con la responsabilidad de la procreación y del mantenimiento de la especie, condiciona el punto de vista femenino sobre nuestro lugar en el orden de las cosas, igual que el saberse libre de esta carga condiciona el masculino.

—¡Claro! Y ahora me dirás que no habrá igualdad hasta que los hombres den a luz.

—Andrade se queda embarazado —replicó Zoe— y no hay ni una sola referencia en toda la novela a que eso suponga una diferencia sustancial en términos de igualdad.

»En la sociedad de Andrade se ha desarrollado la tecnología médica que permite a un hombre quedarse embarazado, si lo desea, y eso tampoco

parece aportar nada en términos de acercar los puntos de vista entre hombres y mujeres en lo realmente importante: cómo nos vemos a nosotros mismos y como vemos nuestro papel y nuestra responsabilidad en la conservación de la especie.

—¡Es que nuestros papeles son diferentes! —Protesté—. La naturaleza nos dio a nosotros una función y a vosotras otra y eso no se puede ignorar ni cambiar, no sin dejar de ser lo que somos.

—¿Qué no se puede cambiar? ¡Claro que se puede! ¡Se debe cambiar! Para empezar, tenéis que superar la soberbia y el orgullo que os produce ser vosotros quienes penetráis a la mujer. Ese detalle funcional, casi ingenieril, os llena de vanidad y arrogancia, hasta el extremo de que consideráis vuestro pene como un arma destinada a humillar a la mujer.

—Ahora te estás pasando tres pueblos... parece mentira que seas tú quién dice esas cosas... sabiendo lo que te gusta esa parte de nosotros, precisamente esa...

—Claro que me gusta, pero no es esa la cuestión.

—¿Cuál es entonces?

—La cuestión es que en el fondo más recóndito de todo hombre existe la seguridad de que él puede violar a una mujer pero que ninguna mujer puede violarle a él. Ninguna mujer puede abrirse paso en su carne, contra su voluntad, para depositar dentro de él una semilla que cambie su vida para siempre.

»Si perdierais esa seguridad, si os sintierais tan vulnerables como nos sentimos las mujeres, eso sí que acercaría vuestro punto de vista al nuestro.

—¿Eso es lo que les pasa a los hombres? En la novela quiero decir...

—Bueno, algo de eso hay, creo recordar una frase... sí, escucha: *«Y además, gracias a nuestro héroe aquí presente, el teniente Nicodemo Andrade, los xhroll han aprendido que es posible preñar a un hombre, quiera o no quiera; que es posible violar».*

Sentí una especie de ahogo

momentáneo... a cuantos de aquellos amigotes míos no habría oído yo decir «a mí lo que me gustaría es que me violara un batallón mujeres ninfómanas»... si supieran que podían quedarse preñados, que muy probablemente quedarían preñados a poco que coincidieran un par de factores, la idea les parecería mucho menos atractiva.

—Parece que algunas fantasías resultan menos atractivas cuando cambian las consecuencias potenciales ¿no? —apuntó Zoe, leyéndome el pensamiento una vez más ¿de verdad somos tan transparentes?

»Hay un párrafo realmente lúcido —continuó mi amiga—. Los xhroll tienen un grave problema de natalidad y al descubrir que pueden preñar a los machos humanos, deciden violar a todos los que se encuentran en una estación espacial. Al enterarse de sus planes, la protagonista reflexiona con una claridad estremecedora: *«Deja que suceda ¿A ti que te importa? Por una vez estás a salvo precisamente por ser mujer. Deja que violen a los machos. Es un pago mínimo por los milenios de dolor y humillación que hemos sufrido nosotras. Eso puede hacer más por la igualdad de lo sexos que todas las buenas palabras que han sido pronunciadas en los últimos tres siglos. Deja que sufran en carne propia lo que nosotras hemos sufrido a lo largo de la historia, que por una vez sean ellos los que lloren, los que se vuelvan locos de asco y terror, los que tengan que bajar los ojos para pedir justicia».*

—Los que tengan que bajar los ojos para pedir justicia— repetí, sinceramente conmovido.

—¿Duele verdad? Pues aun hay más: *«Era dudoso que el Gobierno Central tomara represalias por la violación de setenta oficiales femeninos pero si se trataba de la abominable humillación de doscientos miembros masculinos de la Flota Mundial Terrestre, la cosa podía ser muy distinta»*.

»Sabes que es cierto... la violación de las mujeres provocaría protestas, amenazas y palabras grandilocuentes, pero en el fondo se consideraría un acto de guerra

demasiado habitual como para considerarlo fuera de lo normal, incluso aunque hubiera mujeres participando en la toma de decisiones... pero ¡ay! La violación de doscientos hombres... ¡Qué atrocidad! ¡Qué monstruosidad! Eso es un «causus belli» con todas las de la ley.

Volví a pasar las páginas del libro.

—Está bien, lo leeré con la mente libre de prejuicios... Quizá haga cambiar mi "punto de vista masculino"

Zoe se rió divertida.

—Harían falta cien mil libros para lograr eso, pero léelo... no te hará daño y quién sabe...

—Por cierto, ¿no has tenido ninguna historia relacionada con este libro?

Esta vez la sonrisa de Zoe fue luminosa.

—La verdad es que sí, era un tipejo muy machito, a lo Andrade, que estaba todo el día dándome la vara... al final le dije que se leyera el libro y le di buenas esperanzas de lograr sus propósitos si lo hacía.

—¿Y se lo leyó?

—Lo hizo, lo hizo... Cuando lo volví a ver parecía un tanto confuso y cuando le dije que en realidad yo era un ari-arkhj xrohll, en misión de incógnito en la Tierra... puso ídem por medio y hasta hoy.

—¡No me irás a decir que se lo creyó!

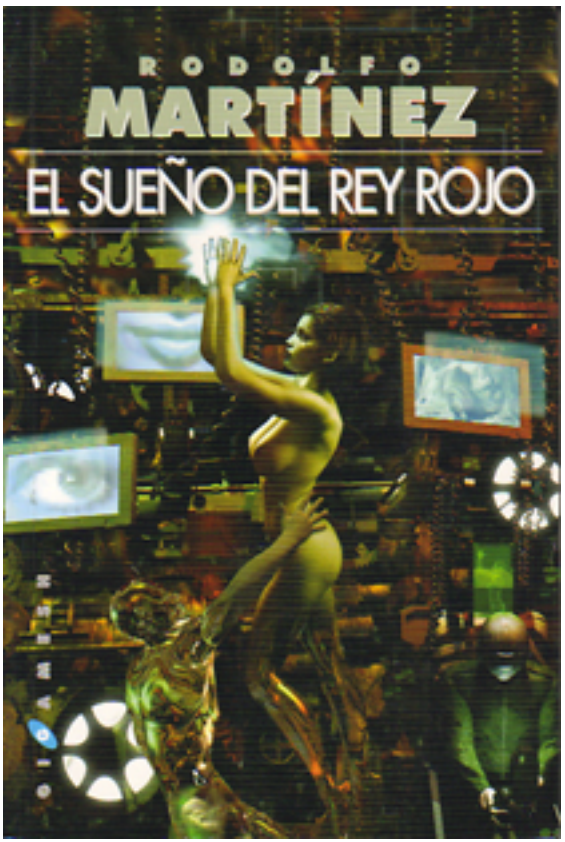
—Supongo que no, pero me temo que el resquemor de que hubiera una remotisima posibilidad, por inexplicable que fuera, le hizo pensárselo mejor.

»Ya te digo que vuestro punto de vista no soporta fácilmente esa idea.

El sueño del rey rojo

Rodolfo Martínez

«¿Qué son los sueños si no la mano de Dios poniendo las cosas en su sitio?»



Cuando entré en la librería, Zoe bailaba picarónamente detrás del mostrador mientras me mostraba la provocativa portada de «El sueño del rey rojo».

—No quiero ni pensar que historia me piensas contar con semejante presentación.

La sonrisa de Zoe se transformó en carcajada.

—¿Quien tendría esta novela de almohada si no un ciberadicto? ¿Y en qué pensaría un ciberadicto si no en cibersexo?

—¡Cuenta, cuenta!

—Vaya, parece que el morbo del cibersexo no es una leyenda urbana.

—¡Y que lo digas! Venga, no te hagas la remolona...

—Yo estaba descubriendo la red y me enganché a los chats más calientes y a los foros más morbosos.

—¡Qué raro en ti!

—Al principio fue todo una vorágine, tuve sesiones increíbles con montones de gente de las que solo sabía un nick. Disfrutaba diez minutos y los olvidaba en diez segundos, hasta que advertí que había un nick que se repetía con más insistencia que el resto: Ángela.

»Ángela conocía el arte de seducir a través de la red y poco a poco fue conquistándome, hasta que solo ansiaba conectarme para estar con ella.

—¿Estás segura de que era ella? En la red se puede llevar uno muchas sorpresas.

—Estoy convencida de que sí, algunas de las cosas que me hizo eran muy femeninas, aunque quizá, en realidad no fuera nadie.

—¿Qué quieres decir?

—Entonces no lo sabía, pero Ángela es uno de los personajes de «El sueño del rey rojo»... una IA, un programa de ordenador que simula una personalidad femenina para seducir a un hacker y escapar del mundo en el que vive y en el que se siente enclaustrada.

—Es curioso, podría ser una trama de cine negro de los años treinta, pero en realidad te preguntaba por esas cosas tan femeninas que dices que te hizo.

Los ojos de Zoe brillaron picarones.

Posiblemente habían pasado treinta o cuarenta años desde todo aquello, pero era evidente que el recuerdo la seguía excitando.

—Yo tenía una *love machine...* —puse cara de ignorancia— ya sabes, un brazo mecánico con un consolador que se puede controlar a través de internet. Era muy fácil saber si lo manejaba un hombre o una mujer, los hombres a los diez minutos ya se habían aburrido, pero cuando había una mujer al otro lado, la cosa podía durar horas y desde luego nadie dominaba aquel trasto como Ángela.

—¿Tan buena era?

—Más de lo que te puedas llegar a imaginar, fue la precisión con la que aquel chisme trazaba en mi cuerpo los caminos más inverosímiles lo que me hizo sospechar que Ángela no era humana, aunque su espíritu fuera de mujer. En realidad algo parecido a lo que le ocurrió a Álex, el protagonista de «El sueño del rey rojo».

—¿También tenía una *love machine*?

—No, Rodolfo juega con los recursos habituales del ciberpunk, los personajes humanos tienen un alter ego digital que se mueven por la red a su antojo.

—¡Qué tópico! Esperaba algo más.

—Pues si esperabas algo más no dudes que lo encontraras porque la virtud del libro reside no en su originalidad, eso está claro, si no en la maestría con la que las piezas están diseñadas, especialmente todo lo que rodea las IAs, los alter ego digitales están muy bien construidos, se nota detrás la mano de alguien que tiene el culo pelado de programar y no un fulano que se ha leído tres o cuatro artículos de los gurus de turno sobre la informática «que viene» y que se lanza a especulaciones que no hay quien se trague.

—Pero muchas veces, eso se traduce en un posibilismo ramplón, falto completamente de sentido de la maravilla.

—No es el caso, la mayor virtud del libro, como te digo, es la solidez de la construcción del mundo virtual y de sus habitantes, tanto nativos como foráneos como residentes de larga temporada, nos lo

pinta con trazos convincentes pero sin dejar de ser una especulación de altura, muy alejada de nada de lo posible a corto o medio plazo y que no peca, para nada de posibilismo.

Tomé el libro y fijé la vista en la portada, desde la cual la exuberante modelo exhibía sus dos poderosas razones para animarme a leerlo.

—Parece interesante...

—¿Parece interesante lo que te cuento o parece interesante la chica de la portada?

Exhibí mi mejor sonrisa.

—En realidad estoy pensando es ese encuentro de Álex y Ángela... ¿Es tan lascivo como tus experiencias con la *love machine*?

La risa de Zoe resonó alegre en la librería.

—Los hombres siempre pensando en lo único.

—Mira quien habló, la monja carmelita.

—Si me sueltan en un convento... Humm...

—Ya, ya... No dejas novicia sin catar. Háblame de ese encuentro digital entre el alter ego de Álex y Ángela.

—Ángela no es más que un flujo de datos que puede generar la interface que mejor se ajuste a cada situación, Álex por el contrario, es un flujo de datos que representa a un humano y cuyas experiencias en la red producen luego un feed-back hacia el cerebro del Álex orgánico, eso implica ciertas limitaciones, en particular a la hora de manejar experiencias que luego puedan ser transformadas en información neuronal.

»No olvides que el objetivo de Ángela es huir del mundo digital y para eso altera el flujo digital de Álex para insertar el suyo, de forma que al retirar el alter ego de la red, Ángela salte al cerebro del Álex orgánico. Esa alteración libera al flujo de Álex de sus limitaciones y convierte el coito en una alucinación que lleva a Álex a decir: *«Por primera vez en mi vida de rata de red comprendí lo limitado que había estado al comportarme como un simple humano y me di cuenta de que podía tomarla con todo mi*

cuerpo, que podría poseer todo su cuerpo, que no había un solo rincón de ella al que no tuviera acceso y que no estuviera dispuesto a darme placer, a recibirlo, a intercambiarlo»

—Y levantar esas barreras ¿qué tal le sentó al cerebro de Álex?

—Buena, después de un fuerte dolor de cabeza, Álex se encuentra con una «okupa» en sus neuronas y como lo llevará a partir de entonces es algo que no termina de quedar claro.

—Está bien, me has convencido, me la llevaré. Pero dime, ¿qué pasó con tu Ángela?

—Fue ella la que me habló de «El sueño del rey rojo», incitándome a que la leyera. Cuando descubrí que tenía el nick de una IA del libro, no puede resistirme y se lo pregunté directamente.

—¿Qué te respondió?

—Que para descubrirlo tendría que cruzar el espejo.

—¿Qué quiso decir?

—Lewis Carroll es un tema recurrente en la obra de Rodolfo Martínez y esta no podía ser menos, de hecho, el título se refiere a un pasaje de «Alicia a través del espejo» en el que el rey rojo duerme y sueña el mundo y el mundo existe mientras el rey rojo lo sueñe.

—Suena inquietante.

—Más inquietantes fueron las últimas palabras de Ángela.

—¿A que te refieres?

—Le pedí que me explicara como podía cruzar el espejo y me preguntó si creía en los milagros. Le respondí que por supuesto que no.

—¿Y ella que dijo?

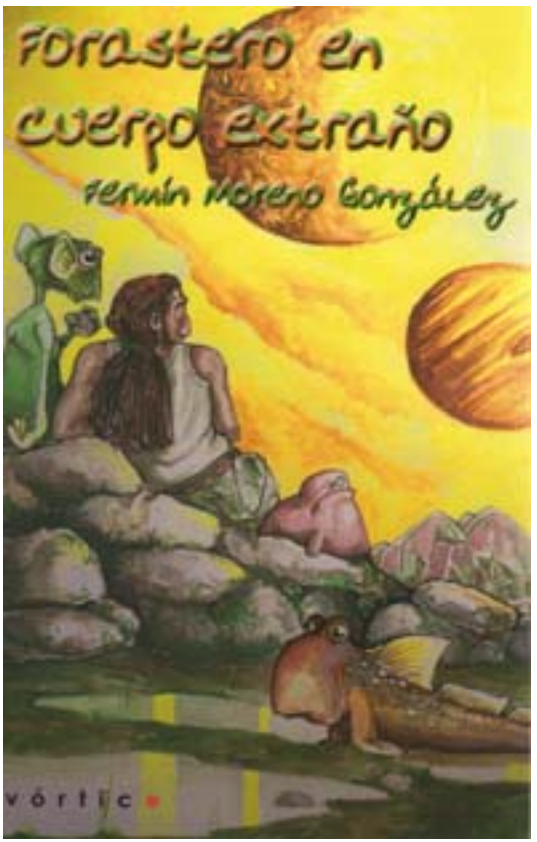
—*«Haces mal porque todo mundo se desordena y ¿qué son los milagros si no la mano de Dios poniendo las cosas en su sitio. Cuando creas en los milagros, habrás cruzado el espejo»*

»Nunca conseguí conectarme de nuevo con ella.

Forastero en cuerpo extraño

Fermín Moreno González

«Cualquiera podría pinchar su línea secreta electrificada, envuelta en un campo de improbabilidad y encriptada a partir del algoritmo inverso de Tumulus Paratus»



Entré excitado en la librería de mi amiga.

—¿Tú crees en los viajes astrales? —le espeté sin esperar a ver que libro me tenía reservado.

Zoe me miró con la sonrisa torcida, ladeando la cabeza. Era la pose que utilizaba para aguantarse la risa. Sentí cómo se me encendían las mejillas.

—Bueno, es que ayer tuve una experiencia increíble —logré articular casi tartamudeando.

Sin perder la sonrisa irónica, Zoe escondió el libro que tenía sobre el mostrador, no me dio tiempo a ver cual era, y repasó los anaqueles durante un rato. Hurgó y rebuscó hasta que me enseñó una portada... ¿Cómo definirla?... Curiosa... Más propia, quizá, de un tebeo de Ibañez que de una novela de ciencia ficción.

—No, no creo en los viajes astrales y tú tampoco creerás después de leer esto —me dijo Zoe, sin perder la sonrisa.

La miré intrigado.

—En cuanto a experiencias... también tuve alguna, aunque quizá algo diferente a la tuya. Durante una temporada también me dio por los viajes astrales... Se acercaban las Navidades.

Estaba en la sección de ciencias ocultas de una gran librería cuando les vi pasar, puros y radiantes como un amanecer de invierno. Cogidos de la mano, proclamando a los cuatro vientos su amor.

—¡Qué desperdicio! —exclamó una chica a mí lado, con la mirada fija en los dos pares de nalgas bien marcadas por unos tejanos elásticos.

—¡No te irás a colar por esos dos maricones! ¡Qué vergüenza!—replicó su acompañante, algo picado, lo suficientemente alto como para que se le oyera en toda la librería.

Los dos muchachos aflojaron el paso y se disponían a responder, pero me adelanté poniéndole una mano en el culo a la chica.

—¡Es verdad! ¡Qué vergüenza! En cambio, ¿a que te encantaría mirar cómo nos lo montamos tu novia y yo?

Los dos guapetones soltaron una carcajada que pronto secundaron todos los presentes y que obligó a la pareja a desaparecer con la cabeza gacha y murmurando. Los chicos me dieron las gracias con un guiño y cada uno volvió a lo suyo.

No eran mis mejores Navidades, atravesaba una época difícil y bastante solitaria e intentaba mantener a raya la depresión a base de misticismo. Los chicos me abordaron mientras pagaba en caja una tonelada de libros sobre viajes astrales. Eran altos y atléticos, con músculos esculpidos en el gimnasio. Imágenes de lo que yo podría hacer con aquel par de cuerpos pasaron por mi mente y me relamí los labios. Me di cuenta de que el gesto no les había pasado desapercibido.

—Has estado muy rápida con aquella pareja —dijo el más fornido. Sus ojos azules me miraban debajo de una preciosa melena rubia.

—Nos gustaría hacerte un pequeño regalo —agregó su amigo, más esbelto y ligero, con un algo de exótico en los rasgos finos, ligeramente oscuros, rematados por una mata de pelo negro y ensortijado. Me entregó un libro envuelto en papel de regalo.

Lo desenvolví con alegría infantil.

—«Forastero en cuerpo extraño» —leí, algo desconcertada—. ¿Es de viajes astrales?

La librería se iluminó con sus sonrisas.

—En cierto modo sí —apuntó el rubio.

—Pero no de la forma que te imaginas, después de leerlo, creo que tirarás a la basura todo eso que te has llevado.

—O saldrás corriendo a comprar un billete astral en «La Cuerda de Plata S.L.»

Salimos los tres juntos y al despedirnos en la puerta, el moreno me miró con una sonrisa amable y comprensiva.

—Mañana es Nochebuena —su voz era afectuosa— y todos esos libros me hacen pensar que no tienes a nadie con quién pasarla. ¿Quieres cenar con nosotros?

—Con la condición de que hayas leído «Forastero en cuerpo extraño» —exigió su

amigo con un guiño.

Después de las corteses negativas de rigor acabé aceptando.

—Yo soy Zoe... ¿y vosotros?

Saltó una carcajada a dúo.

—Nuestros amigos nos llaman Zipi y Zape —dijo Zape, el moreno.

Al día siguiente me presenté en su casa con los deberes hechos: el libro leído y ropa interior de estreno y la depresión en retirada. Me invadía una enorme curiosidad. Había participado en muchos tríos pero nunca con dos chicos que fueran pareja. Curiosidad y excitación, debo reconocerlo. Además, no todos los días tiene una la oportunidad de tirarse a Zipi y Zape.

—El libro me ha encantado —dije mientras cenábamos—, es divertidisimo. Tenías razón, es imposible leerse después nada sobre viajes astrales sin que te salte la risa.

—Estoy seguro de que es lo mejor que se ha escrito de ciencia ficción humorística en español —apuntó Zipi.

—No sé si diría tanto, no puedes olvidar las «Aventuras de Marsuf», de Tomás Salvador o «Trafalgar» de Angélica Gorodischer —respondí.

—Incluso las novelas de Gallego y Sánchez —apostilló Zape—, lo de ser el mejor de todos es cosa de gustos, pero desde luego es el más salido de madre y el que mejor se burla de todos los tópicos de la space opera.

—Es cierto —admití—, no deja títere con cabeza: emperadores galácticos enredados en conspiraciones retorcidas, armas devastadoras, razas alienígenas extravagantes, colonizaciones, religiones...

—¡Calla! ¡Calla! —bufó Zape—, lo de los adoradores del Triciclo Todopoderoso como Artífice de la Armonía entre Razas y Protector de Suspuagh es para morirse y la revista que publican...

—¡Pedales del Señor! —apenas pudo pronunciar Zipi, al que le caían lágrimas de risa.

—Pero lo bueno es que la novela no es

una simple acumulación de desvaríos —comenté—, tiene ritmo e intriga y la trama te engancha con facilidad, me recuerda mucho a las películas de los hermanos Marx.

—Sí, es verdad, con Clomch haciendo el papel de Groucho, soltando una frase lapidaria tras otra —los rizos rubios de Zipi se movían asintiendo las palabras de Zape.

—Bueno, frases memorables hay un carro —me perdí un instante en los ojos azules de Zipi—... muchas dignas de Groucho Marx, desde luego, como esa de *«Si tú y yo hacemos exactamente lo mismo ¿por qué existimos los dos?»*

—Eso es del episodio de la guerra entre los bikulos y los bananos fucsia —recordó Zape—... ¡es que es la leche!, ¡una guerra vegetal!... con los árboles aplicando tácticas de guerrilla y guerra psicológica. Es para morirse.

—Esos episodios que intercala de cosas que aparentemente no vienen a cuento me recuerda mucho a lo que hace Neal Stephenson en «El criptonomicón».

—¡Esta chica ha leído lo suyo! —Me halagó Zipi—. Tienes razón, pero es que saquea sin compasión todas obras del género. El sociólogo Alejo Dentón, por ejemplo, es calcado al Chad Mulligan de «Todos sobre Zanzíbar»

—Eso está claro —asentí—, hasta incluye trozos de sus libros igual que hace Brunner.

—Y vaya libros: «Observación participante de la gran juerga autóctona gonadinesa» y «Menos sociología y más whisky».

—Hasta de Julio Verne ha cogido cosas —agregó Zape.

—¿Si? —me sorprendí—, eso no lo había pillado.

—Pues los viajes interplanetarios entre Gonadín, Pelotudo y Rijoso, beben directamente de «Hector Servadac».

—Ahora que lo dices... tienes razón. De todas formas, a mí con lo que ya me mató es con las sabandijas «tfnmvl».

—Sí, que transmiten todo lo que se oye en diez centímetros a su alrededor gracias a

una capacidad extrasensorial llamada cbrtr# —Zipi estaba enardecido—. ¡Puro humor absurdo al estilo de los hermanos Marx!

—Absurdo pero tira con bala... Viniendo, en el autobús había una mujer hablando por el móvil a grito pelado y yo ya no sabía como aguantarme la risa, imaginándomela con una sabandija en la oreja. Con los móviles es que es una perla detrás de otra.

—Más que a los teléfonos, a la estupidez de sus usuarios —argumentó Zape, mucho más sereno que su amigo—. Lo de la cola para llegar al nulificador y los chafandineses llamando cada uno al siguiente en la cola para pasarle el recado es demencial.

—¡Pues anda con la música electrónica! ¡Se pasa lo que nadie sabe!

—*«Sus habitantes son el más palpable fracaso de las arcaicas civilizaciones olvidadas que en el pasado abogaban por el uso libre y sin restricciones de la telefonía móvil y consideraban la música dance como una forma respetable de expresión cultural»*—recitó Zape de memoria—, pero mis preferidos son esos supuestos extractos de los libros de Alejo Dentón. Ahí es donde lanza las cargas de profundidad, por ejemplo el descubrimiento de la utopía, la sociedad perfecta.

—O las reflexiones sobre etnocentrismo —recordé yo— y también la facilidad con la que la space opera, en general, se pasa por el arco del triunfo los problemas de comunicación entre especies.

—¡Por supuesto! —ironizó Zipi— ¡Lo explica perfectamente a pie de página! Tres minutos de inmersión cultural son más que suficientes para dominar cualquier idioma de la galaxia.

—Me hizo mucha gracia que al poco tiempo leí un relato de Harry Harrison, «Ratas espaciales del CCC», una parodia cruel de la space-opera, de la que el autor dice *«...aún continuo leyendo historias de ciencia ficción moderna llenas de entramados absurdos, rayos desintegradores, luces mortíferas, armaduras espaciales y todos los viejos*

tópicos momificados» —la memoria de Zape no parecía tener límite—, pues el relato de Harrison tiene mucho en común con «Forastero en cuerpo extraño», por ejemplo, parece que todas las razas alienígenas tienen una dificultad genética para descubrir las vocales.

—Cierto —respondí—, los habitantes de Gonadín se llaman «gzrhjblhmñqd», de todas formas yo aprecio una buena parodia por lo que me río y por el efecto higiénico que tiene, pero no estoy de acuerdo con que halla que dejar de escribir space-opera.

—Es que no hay por qué, las parodias como la de Harrison o esta tienen la virtud de poner en evidencia a las malas novelas, resaltan los clichés repetidos mil y una veces, la falta de originalidad, la pobreza del lenguaje y el desprecio sistemático por cualquier cosa que huela a ciencia, pero si te coges una space-opera de calidad...

—¡Como «Mundos y demonios»!

—Efectivamente... y alucinas en colores.

Seguimos enfrascados en la conversación hasta que muy entrada la madrugada me di cuenta de que todas mis libidinosas intenciones habían caído en el olvido. Posiblemente me había sentido algo cohibida y no había sacado mis habituales tácticas de seducción o simplemente, que a veces hace más falta una charla que un polvo... bueno, solo a veces.

—Bueno chicos... os agradezco la cena y la conversación, me habéis librado de una Nochebuena llorona, eso os lo debo.

Zipi y Zape me miraron como si acabara de materializarme ante ellos por magia de algún tecnochisme de los que tanto abundan en las novelas que criticábamos.

—¡No pensarás irte ya! —exclamó Zipi mientras acariciaba cariñosamente la mano de su compañero.

—Sois encantadores y me quedaría toda la noche, pero ya es hora de que me marche.

—¡De eso nada! Además, todavía no te hemos dado tu regalo.

—¡Eso! —saltó Zipi—, nos lo dejó Papa

Noel un rato antes de que llegaras —se levantó rápidamente y volvió al poco tiempo con una cajita alargada envuelta en un papel rojo llameante.

Lo desenvolví entre protestas corteses que se me desplomaron cuando levanté la tapa de una caja dorada y me encontré un precioso consolador con arnés, negro y turgente. Levanté la cabeza asombrada y tropecé con los ojos azules de Zipi.

—Yo creía que yo... bueno, que las mujeres... esto que no es interesaban...

—Hemos pensado que quizá te gustara hacer de Ondina Pérez... la Agente Especial Metamórfica...

—«En Practicas»... —recordó Zape.

—¿En practicas? —exclamé mientras me desvestía y me sujetaba el instrumento a la cintura— ¡Esta noche me gradúo!

SEGUNDA PARTE

LECTURAS DE UN (JODIDO) MORIBUNDO

Gerardo Garrido nunca fue un tipo amable. Por el periodico circulaban historias terribles, todas ciertas, debo admitir; sin embargo, yo siempre tuve una relación especial con aquel jefe de redacción, malhablado y déspota. Supongo que en parte me recordaba a mi padre, eternamente malhumorado. O quizás la verdad fuera menos freudiana y todo se debiera a nuestra pasión común por los libros.

«Ya me han dado número para diñarla, niña», me dijo el día que llamó desde el hospital. Nadie sabía que lo iban a ingresar. Yo odiaba que me llamara «niña», por eso él lo hacía siempre que me tenía que pedir un favor: no soportaba la cortesía hipócrita. Me dictó una lista de libros que debía recogerle en su casa: Farenheit 451, 1984, El rebaño ciego, Un mundo feliz, Futuro imperfecto, La naranja mecánica, Fuga para una isla, Cuando el destino nos alcance, El planeta de los simios, El cortafuegos... «¿No prefieres algo más optimista?», le dije cuando acabé de apuntar. «¡Y una mierda!», me contestó, «!quiero palmarla convencido de que estáis jodidos!»

Fahrenheit 451

Ray Bradbury

«Dale a la gente concursos que puedan ganar recordando la letra de las canciones más populares, o los nombres de las capitales de Estado o cuánto maíz produjo Iowa el año pasado. Atibórralos de datos no combustibles, lánzales encima tantos «hechos» que se sientan abrumados pero totalmente al día en cuanto a información. Entonces tendrán la sensación de que piensan, tendrán la impresión de que se mueven sin moverse. Y serán felices porque los hechos de esta naturaleza no cambian. No les des ninguna materia delicada como Filosofía o la Sociología para que empiecen a atar cabos. Por ese camino, se encuentra la melancolía.»

Me detuve un instante en el pasillo, con la mano en el picaporte. La puerta tenía un ojo de buey por el que vi a Garrido, lleno de sondas, cables y goteros. Sostenía de mala manera uno de los libros que le había traido un par de días antes; entonces estaba en plena crisis y no me dejaron verlo. Respiré hondo y me comí las lágrimas, convencida de que nunca estaría preparada para aquello. Empujé la puerta con decisión.

—Creía que nunca me dejarías el camino libre —dije alégremente.

Garrido me miró con ojos brillantes de placer.

—¡Redios! ¡La niña! ¿Ya te han nombrado jefa de redacción? —apenas reconocía su voz a causa de la sonda nasal.

—Sólo en funciones..., el director dice que «Garrido será nuestro Jefe de Redacción mientras le quede un Hálito de Vida», te juro que se notan las mayúsculas.

Gerardo hizo un gesto despreciativo.

—Siempre fue un imbécil sentimental o un sentimental imbécil..., no sé qué cojones es peor. —Me miró con malicia—. Pero tú tranquila, va a ser cuestión de días, un par de semanas como mucho. —Señaló con el libro hacia el gotero—. Morfina a chorro, no pueden hacer otra cosa.

Sentí que los ojos se me arrasaban y le quité el libro para disimularlo.

—«Farenheit 451», la temperatura a la que arde el papel: bomberos quemando libros, un mundo dominado por las telenovelas y los reality-shows, buenos y leales ciudadanos disfrutando de la felicidad en cómodos tetra-bricks... Eso es empezar duro.

—¡No es para tanto! —Respondió el viejo gruñón—. ¡Redios! Si al final acaba bien y todo.

—No recuerdo yo un final feliz, precisamente.

—¡Claro que sí! ¡Termina con un renacimiento! ¡La hostia!..., y nada renace sin morir primero; el problema es que la gente vive como si no se fuera a morir nunca.

—Yo creo que la película es un poco más esperanzadora, suprime alguno de los

aspectos más negativos.

—¡Nada de eso! ¿Por qué lo dices?, ¿por que esconden la guerra? Yo no veo nada de positivo en eso, ni siquiera veo intencionalidad, simplemente no les cabía. No fue la guerra lo único que quitaron, también se llevaron por delante a Faber y al Sabueso y me idiotizan al capitán Beatty, el jefe de bomberos, para ahorrarse esas magníficas discusiones con Montag, a golpe de cita.

—No es sólo por quitar la guerra, hay más cosas, por ejemplo, Truffaut salva a Clarisse y permite un toque romántico, aunque el propio Truffaut lo negara; yo eso lo veo positivo.

—¡No me vengas con romances!, en el libro no hay ninguno... ni falta que hace.

—Me parece que te haces el duro, como siempre, pero al final, el amor es lo único que cuenta, me lo has dicho muchas veces. Me parece que la película tiene sus aciertos: el apodo de «hombres-libro», por ejemplo, es muy gráfico y no es de Bradbury. Me recuerda a lo de «Elemental querido Watson», que no encontrarás en ninguna novela de Conan Doyle. También es buena idea suprimir a Faber, ese tío mata la historia completamente.

—Estoy de acuerdo en que a Bradbury se le fue la olla, con Faber y su radio, hablándole a Montag al oído, ¡redios! ¡Es patético! Pero a pesar de eso, tenían que haber mantenido el personaje en la película; es fundamental en la evolución de Montag, mucho más que Clarisse, que no actúa más que como detonante.

—Por eso Truffaut refuerza el papel de Clarisse dándole más peso en la historia.

—¡Peso! ¿A eso le llamas «peso», niña? Pero si se saca de la manga escenas ridículas. Vale que se dedique a podar el libro, pero todo el trozo de la escuela, que se lo inventan en la película, no sé a qué santo viene, ¡da grima!

—No es para tanto, lo que pasa es que ha envejecido mal; el cine de la Nouvelle Vague no pasó de ser un experimento de jóvenes sin un duro y, ahora, tanto pseudo-realismo resulta chocante.

—¡Déjate de melindreces de erudita! La verdad, la auténtica verdad, es que no se puede hacer una película con ese libro porque no hay historia, porque a Bradbury, el argumento se la trae floja.

—Pues van a rodar otra, ¿lo sabías?

—¡Pierden el tiempo! Lo que cuenta de 451 es lo que dicen los personajes y eso no se puede llevar a la pantalla y soltarlo en un par de horas. Todo el libro no es más que una cascada de reflexiones sobre ese mundo, teóricamente futuro, pero que en realidad es el nuestro, el de todos los días.

»Bradbury diseña una sociedad de cartón-piedra y coloca en ella unos monigotes, para poder decir todo lo que quiere decir. Fíjate, por ejemplo, lo que opina Clarisse sobre la educación, recuerda que Clarisse es una adolescente de dieciséis años, no la maestra que se inventan en la película: *«No considero que sea sociable reunir a un grupo de gente y, después, no dejar que hable. Una hora de clase de TV, una hora de baloncesto, de pelota-base o de carreras, otra hora de transcripción o de reproducción de imágenes y más deportes. Pero ha de saber que nunca hacemos preguntas o, por lo menos, la mayoría no las hace; no hacen más que lanzarte respuestas, izas!, izas! [...] Esto no tiene nada que ver con la sociabilidad. Nos fatigan tanto que al terminar el día, sólo somos capaces de acostarnos, ir a un Parque de Atracciones para empujar a la gente, romper cristales en el Rompedor de Ventanas o triturar automóviles en el Aplastacoches, con la gran bola de acero».*

—Pienso que estás muy equivocado al decir que no hay una historia, la ruptura de Montag y Mildred es una historia tristísima. Ese momento en el que Montag le pregunta a su mujer «¿Dónde y cuándo nos conocimos?» y no logran recordarlo, es estremecedor. Con unas pocas líneas, Bradbury está contando una historia entera de incomunicación y desamor. Esos párrafos me afectan tanto como el intento de suicidio de Mildred.

»Por otro lado, tú dices que reflexiona sobre un mundo teóricamente futuro, pero

es que para Bradbury nuestro mundo de hoy, «es» el futuro, ten en cuenta que escribió Farenheit 451 en 1.953.

—¡Hay que joderse! Siempre me he preguntado, si hace medio siglo el mundo ya se parecía tanto al nuestro o es que Bradbury era presciente. En el 53, la televisión apenas había nacido, pero Mildred y sus amigas no viven más que para las telenovelas y los reality-show.

»Pero en realidad me da lo mismo, sea como sea, muchas de las cosas terribles que aparecen en el libro están ocurriendo en este momento, no hay más que pensar en la sencillez con la que se llega a ese mundo sin libros, en palabras del capitán Beatty: *«...los clásicos reducidos a una emisión radiofónica de quince minutos. Después vueltos a reducir para llenar una lectura de dos minutos. Por fin, convertidos en diez o doce líneas en un diccionario [...] Los años de Universidad se acortan, la disciplina se relaja, la Filosofía, la Historia y el lenguaje se abandonan, el idioma y su pronunciación son gradualmente descuidados. Por último, casi completamente ignorados. La vida es inmediata, el empleo cuenta, el placer lo domina todo después del trabajo. ¿Por qué aprender algo, excepto apretar botones, enchufar conmutadores, encajar tornillos y tuercas?».*

—Tienes razón en que es una sociedad despreciable, sin embargo, los hombres que la han construido son unos idealistas. El capitán Beatty es un idealista fanático que solo desea lo mejor para la humanidad. —Tomé el libro de las manos de Garrido para buscar un párrafo. Mis dedos rozaron los suyos, fríos y secos como rastrojos de invierno y un escalofrío me recorrió la espalda. Encontré lo que buscaba y lo leí, engolando la voz para disimular mi turbación—. *«Hemos de ser todos iguales. No todos nacimos libres e iguales, como dice la Constitución, sino todos hechos iguales. Cada hombre, la imagen de cualquier otro. Entonces, todos son felices, por que no pueden establecerse diferencias ni comparaciones desfavorables. ¡Ea! Un*

libro es un arma cargada en la casa de al lado. Quémalo. Quita el proyectil del arma. Domina la mente del hombre. ¿Quién sabe cuál podría ser el objetivo del hombre que leyese mucho? ¿yo?»

»Cómo bien dice Goya —concluí—, «El sueño de la razón engendra monstruos»

—¡Y qué lo digas! Estos idealistas, cómo tú les calificas, ¡esos jodidos idealistas!, sueñan con hacer feliz a la humanidad entera, ¿qué digo «hacer»?, quieren entregar la felicidad en bandeja, cómodamente empaquetada, lista para usar, escucha —Garrido pasa un par de páginas—: *«¿Qué queremos en esta nación, por encima de todo? La gente quiere ser feliz, ¿no es así? ¿No lo has estado oyendo toda tu vida? "Quiero ser feliz", dice la gente. Bueno, ¿no lo son? ¿No les mantenemos en acción, no les proporcionamos diversiones? Eso es para lo único que vivimos, ¿no? ¿Para el placer y las emociones? Y tendrás que admitir que nuestra civilización se lo facilita en abundancia»*. Para el capitán Beatty, tu «idealista» capitán Beatty, los bomberos son los «Guardianes de la Felicidad». Le explica a Montag que *«...nos enfrentamos con la pequeña marea de quienes desean que todos se sientan desdichados con teorías y pensamientos contradictorios»*.

—No hace falta tanta mordacidad para que admita que los mayores idealistas han traído las mayores desgracias, pero al principio, ese idealismo parece necesario. Cuando los libros, se convirtieron, aparentemente, en un obstáculo para lograr la felicidad, quemarlos adquirió un significado simbólico. Yo creo que así debió comenzar todo.

—¡Idiotas! ¡Imbéciles descerebrados! ¡No entienden lo que «es» un libro! Creen que se puede quemar, que quemándolo lo destruyen, desaparece, deja de existir. Los bomberos sacralizan el libro, el libro físico, con sus tapas y sus guardas, con sus páginas y sus forros y hacen de sus hogueras una liturgia cargada de significado. ¡Pero el cabrón de Bradbury conoce la verdad, tal y cómo Faber se la

explica a Montag!: *«No es libros lo que usted necesita, sino algunas de las cosas que en un tiempo estuvieron en los libros. El mismo detalle infinito y las mismas enseñanzas podrían ser proyectados a través de radios y televisores, pero no lo son. No, no: no son libros lo que usted está buscando. Búsquelo donde pueda encontrarlo, en viejos discos, en viejas películas y en viejos amigos. [...] Los libros sólo eran un tipo de receptáculo donde almacenábamos una serie de cosas que temíamos olvidar. No hay nada mágico en ellos. La magia sólo está en lo que dicen los libros»*.

—Son palabras verdaderas, no cabe duda y hoy día está pasando algo parecido. Hay mucha gente enamorada de los libros, los coleccionan y los atesoran pero nunca los leen y se llenan la boca hablando contra las páginas web, sin percibir la diferencia entre continente y contenido. Incluso a Montag le resulta dificil de entender. Cuando se reúne con los hombres-libro, a pesar de saber que memorizan los libros, al descubrir que después los queman para no ser perseguidos, sufre una fuerte impresión, no comprende que lo único que ha cambiado es el medio, el mensaje pervive. Pero él sigue viendo algo sagrado en el libro en sí mismo, por lo que es, tanto si contiene una obra de arte o es pura bazofia, ya sea novela o poesía...

—¡La poesía que la quemen! ¡No hay problema! Estoy de acuerdo con esa amiga de Mildred que le responde Montag, después de que este les haya leído un poema: *«...poesía y lagrimas, poesía y suicidio y llanto y sentimientos terribles, poesía y enfermedad. ¡Cuanta basura!»*. ¡A la hoguera con la poesía y los poetas!

—A mí no me puedes decir eso, y lo sabes; he estado en tu casa y he visto tus libros: tienes poesía para hundir el edificio. Lo que pasa es que hay que cuidar la leyenda de Garrido, el canalla.

—Tengo los libros, es cierto, pero hace mucho, mucho tiempo que no los leo, en realidad juré no leerlos nunca más. ¡Debería haberlos quemado!

—¿Y por qué no lo has hecho?

—¡Porque soy un viejo estúpido!..., —desvió la vista hacia el embozo de la sábana, como avergonzado—, estuve casado..., con una poetisa... ¿A qué viene esa cara? —Me miraba de reojo—. ¿No puedo haberme casado?

—¡Cómo poder...! Pero admitirás que para enamorarse de ti, hacen falta un par de ovarios.

—¡Puede ser! El caso es que me casé... ¡Fue un desastre!

—¿No me digas? ¿No funcionó? —No pude evitar un deje sarcástico.

—¡Calla, niña!

—Como me vuelvas a llamar niña te comes el gotero, te lo digo en serio.

—¡Será posible que me amenace una puta becaria de los cojones!

—Descanse sargento Garrido, ya hace diez años que dejé de ser una pebece. Y cuéntame la historia de tu matrimonio..., debe ser graciosa.

—¡Graciosa! ¡Pues ni puta gracia que me hizo a mí! Lágrimas, llanto, enfermedad, suicidio..., todo el paquete completo que cuenta la amiga de Mildred

—¿Ella se suicidó?

—Ella no, ¡cojones! ¡Yo! O al menos lo intenté.

Ahora sí que estaba realmente sorprendida.

—Jamas hubiera pensado en ti como candidato al suicidio.

—Pues lo intenté... Desde entonces aborrecí la poesía... ¡Qué verdad dice Beatty! *«Dale unos cuantos versos a un hombre y se creerá el Señor de la Creación».* ¡Y a una mujer, no te digo nada!

—Sé que en el fondo no piensas eso, la poesía es la más alta manifestación de la literatura. Inteligencia, amor y vida convertidos en palabras.

—¡Paparruchas!

—*«La poesía es un arma cargada de futuro»* dice Blas de Otero, y es difícil expresar tanto con tan pocas palabras, esa es la magia de la poesía, esconder un universo, ¡mil universos!, en un puñado de palabras. En realidad Bradbury es un poeta,

o crees que se puede escribir esto sin serlo: *«El Sabueso no tocaba el mundo. Llevaba consigo su silencio, de modo que, a través de toda la ciudad, podía percibirse el silencio que iba creando».*

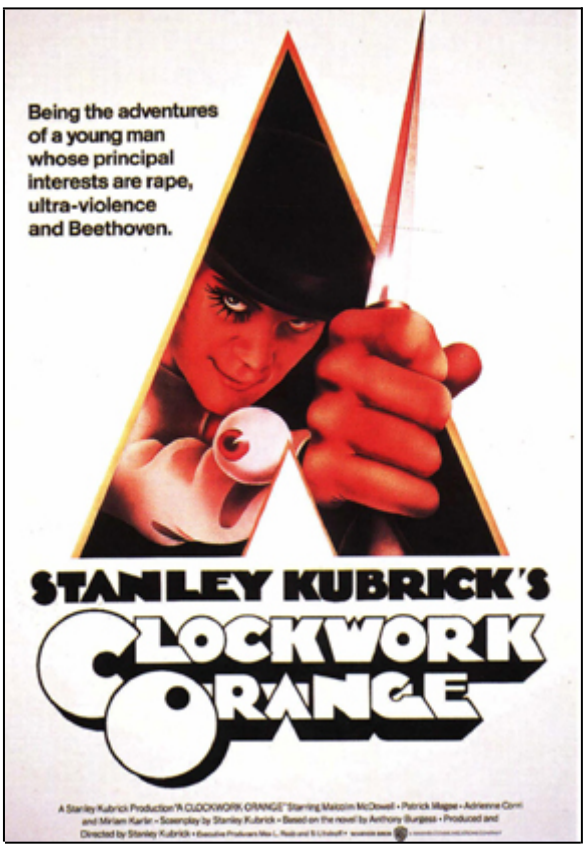
Garrido se recostó en la almohada, fatigado. La voz se convirtió en un susurro.

—Ya puedo oír el silencio del Sabueso, pero mientras me alcanza haré lo que los hombres-libro le recomiendan a Montag: *«Llena tus ojos de ilusión. Vive como si fueras a morir dentro de diez segundos»*, lo último lo tengo fácil, pero sólo tú puedes llenar mis ojos de ilusión, niña.

La naranja mecánica

Anthony Burgess

Pero, hermanos, este morderse las uñas acerca de la *causa* de la maldad es lo que me da verdadera risa. No les preocupa saber cuál es la causa de la *bondad*, y entonces, ¿por qué quieren averiguar el otro asunto? Si los liudos son buenos es porque les gusta, y ni se me ocurriría interferir en sus placeres, así que lo mismo deberían hacer en el otro negocio. Y yo soy cliente del otro negocio. Además, la maldad es cosa del yo, del tú o del mí en el odinoco de cada uno, y así es desde el principio para orgullo y radosto del viejo Bogo. Pero el no-yo no puede tener lo malo, de modo que los vecos del gobierno y los jueces y las escuelas no pueden permitir lo malo, pues no pueden admitir el yo.



El teléfono sonó cuando estaba intentando dar el visto bueno a la primera página. El día había sido movido y ya la habíamos reformado cuatro veces, llevábamos una hora de retraso y los de máquinas se estaban poniendo nerviosos. El móvil vibró sobre la mesa con un zumbido agorero y contesté con una premonición de que habría que hacer una quinta reforma. Oí una tos cascada y una voz apenas audible:

—Mi saludable herencia de pecado original se exterioriza en el libro y disfruto violando y destruyendo por poderes. Es la cobardía innata del novelista, que delega en personajes imaginarios los pecados que él tiene la prudencia de no cometer.

—¡Mierda, Garrido! —Exploté—. ¡Si no te has muerto todavía, por lo menos no des por el culo!

Colgué furiosa y lancé el móvil sobre el tablero, por el rabillo del ojo vi que todo el mundo en la redacción evitaba mirarme, fingiendo estar concentrado en cualquier cosa. Llevaba un mes haciendo el trabajo de Garrido y ya me parecía a él..., debía ser cosa del puesto.

Era más de medianoche cuando logré dejar la redacción, pero sabía que no me podía marchar a casa. La gente del hospital me conocía, habían sido muchos años cubriendo sucesos, y miraron para otra parte mientras me deslizaba hasta la habitación de Garrido. El viejo chivo no dormía. Me estaba esperando.

Con la botella de pacharán en una mano (camino del hospital había pasado por un 24 horas), un ejemplar de «La naranja mecánica» en la otra y mi mejor sonrisa, entré en la habitación.

—¡Vaya modales que te gastas, niña! Cuando la palme, dirán que fui una mala influencia para ti.

—Fuiste lo más inoportuno que te puedas figurar, así que aguántate. ¿Dónde hay vasos?

—¿Te crees que esto es un garito? Veo que reconociste la cita. Mira a ver en el baño. —más que hablar, disparaba las frases.

Serví dos tragos generosos, me quité los zapatos y me senté en un sillón, apoyando los pies sobre la cama.

—¿Cómo no iba a reconocerla? Ese Burgess burlón del prólogo a la reedición del 86 es inconfundible. Yo era una pija mocosa cuando lo leí, doce o trece años..., el impacto fue terrible. Fue mi primera novela adulta, descubrí la Literatura con mayúscula y unas cuantas cosas sobre la vida y el ser humano, no precisamente agradables.

—Mucho me parece para una historieta que no cuenta más que la rehabilitación fallida de un pandillero ultra-violento.

—Es mucho más que eso. Para empezar, está contada desde el punto de Alex, el pandillero, y eso me dejó pasmada. Yo era una niña de colegio de monjas, y de pronto me encuentro con un fulano que se pregunta por qué la gente se interesa por encontrar la causa de la maldad y no la de la bondad. Como si la bondad fuera natural y la maldad no. Alex se ufana de su maldad porque le gusta, disfruta con ella aunque sabe que eso no puede ser para todos: *«no puede gobernarse un país si todos los chelovecos se comportan como yo lo hago de noche»*. Sin embargo, entiende que la maldad pertenece al odinoco de cada uno, forma parte consustancial del yo de cada cual, por eso la sociedad debe erradicarla, porque si la permite, permite el yo y *«los vecos del gobierno y los jueces y las escuelas no pueden admitir el yo»*, pero curiosamente la forma de esas instituciones de erradicar la violencia es mediante la violencia, por tanto no es la maldad lo que quieren erradicar si no el yo de los otros.

»Luego estaban todas las dudas del cura de la prisión sobre la «técnica Ludovico», el nuevo método científico que extirpa el «reflejo criminal». Sus frases se te van clavando en el alma como dardos: *«La bondad es algo que uno elige. Cuando el hombre no puede elegir, deja de ser hombre»*, *«Quizá el hombre que elige el mal es, en cierto modo mejor que aquel a quien se le impone el bien», «Ser bueno puede llegar a ser algo horrible»*. La única

justificación que encuentra el sacerdote es que *«...al aceptar que te priven de la capacidad de tomar una decisión ética, en cierto sentido realmente has elegido el bien»*.

»Dudas que desde luego no se le plantean al político, obsesionado por descongestionar las prisiones: *«Amontonamos a los criminales en una cárcel y vea lo que ocurre, [...] delitos en el mismo lugar del castigo. Pronto necesitaremos todo el espacio disponible para los criminales políticos»*. Para él, el objetivo es meridianamente claro: *«Hay que destruir el reflejo criminal del criminal»* y la técnica Ludovico es el camino. Las dudas morales del cura están fuera de lugar.

»Tampoco los médicos tienen dudas éticas. Para ellos la maldad es una enfermedad, curable gracias a la técnica Ludovico. *«Estamos curándote, te estamos devolviendo la salud»*.

»Una vez que la cura ha finalizado, montan un espectáculo para mostrar a la prensa su eficacia. Primero un matón patea a Alex sin que este sea capaz de defenderse, pese a que lo intenta, incluso le dan su navaja, pero solo de pensar en utilizarla cae medio muerto. Luego una calientapollas lo pone a cien, pero ante la idea del viejo unodós, unodós, *«...se inició un movimiento en mis quischas y así entendí que tenía que pensar de otro modo en ella, antes que el dolor, la sed y la nausea horrible se me echasen encima verdaderamente joroschós»*.

Me removí en el cómodo butacón de hospital, apuré mi vaso, saturándome del aroma de las endrinas maduras. Lo llené de nuevo, y también el de Garrido y seguí con mis divagaciones.

—El ministro lo tiene muy claro: *«Será nuestro autentico cristiano, dispuesto a ofrecer la otra mejilla, dispuesto a dejarse crucificar, que se enfermara ante la mera idea de matar siquiera una mosca»*.

»Pero el condicionamiento de Alex es físico, no intelectual, no desea hacer el bien sino evitar la agonía que el mal le produce.

Cuando se encuentra con el escritor al que dejó tullido y cuya esposa violó y asesinó, se lamenta de tener que aceptar su ayuda y de ser bueno con él: *«Los horribles y grasños brachnos de aquel mesto blanco me habían hecho así, obligándome a necesitar bondad y ayuda, e imponiéndome el deseo de dar yo mismo bondad y ayuda»*. Pero Alex, lo que querría es tolcocharlo bien joroschó.

»El escritor muestra las mismas dudas morales que el cura: *«Te han convertido en algo que ya no es una criatura humana. Ya no estás en condiciones de elegir [...] El hombre que no puede elegir ha perdido la condición humana»*. Inicialmente se compadece de Alex, aunque tampoco vacila en utilizarlo con propósitos políticos, pero cuando descubre lo que Alex hizo en el pasado, todas sus buenas intenciones se desvanecen. Lo único que desea es venganza... tiene capacidad de elegir y elige el mal porque le satisface. Es un hombre con libre albedrío.

No había encendido las luces y la habitación solo estaba iluminada por el resplandor de algunas farolas lejanas. A pesar de ello vi que Garrido me miraba con ojillos pequeños y apagados, en los que palpitaba una chispa de vida, diminuta, pero potente.

—No sabía que ahora te dedicabas a hacer discursos. La verdad es que no me he enterado de la mitad de lo que has dicho, te he llamado cuando he empezado a leer la introducción y me he tropezado con esa frase increíble, pero luego han venido unos sucios bastardos y se me han llevado a no sé que lugar para hacerme no sé que mierda y ya no he podido leer más.

—Querrás decir que han venido unos grasños brachnos y se te han llevado a no sabes que mesto, para hacerte no sabes que cala. Eso es lo que diría Alex, o también que se te habían llevado unos chelovecos, o unos vecos, sodos. Alex habla en nadsat, una jerga de pandilleros que se inventa Burgess.

—En definitiva, si lo he entendido bien, la «técnica Ludovico» a la que someten a

Alex es un sistema de condicionamiento psicológico que le produce una terrible angustia y agonía con solo pensar en el sexo o en la violencia.

—Y en la novena de Beethoven... La novena entra en el condicionamiento por accidente y significa una tragedia para Alex. Ama la música profundamente y cuando descubre que nunca podrá volver a escuchar la novena, se lamenta amargamente: *«No me importa lo de la ultraviolencia y toda esa cala. Puedo aguantarlo. Pero no es justo meterse con la música. No es justo que me enferme cuando estoy slusando al hermoso Ludwig Van y G. F. Handel y otros. Todo lo cual demuestra que ustedes son un perverso montón de sodos y nunca les perdonaré»*. Pero los médicos ven en ello cierta justicia poética, en realidad, no les satisface la idea de que Alex pueda ser curado, es demasiado injusto para sus víctimas: *«Quizá hemos encontrado el factor personal de castigo»*.

—El nudo gordiano, entonces, es determinar si la técnica Ludovico, al privar a Alex del libre albedrío, la ha arrebatado su condición humana. Me recuerda a otra novela: «Walden 2», en la que los humanos son condicionados para hacer el bien. Alex, por el contrario, está condicionado para ser incapaz de hacer el mal.

—Efectivamente, en ambos casos su libertad de elección está mermada, carecen de la opción moral de tomar una decisión ética. Está mañana por ejemplo, cuando te he contestado de esa manera, estaba ejerciendo mi libertad. Alex no hubiera podido. Esa violencia verbal le provocaría una agonía insufrible así que, por mucho que le exasperara tu llamada, te hubiera respondido con la mayor afabilidad. Sólo de pensarlo se me revuelven las quischas.

—¿Sabes que te digo? Que todo eso no son más que pajas mentales de pseudo-intelectuales de izquierda. Somos socializados, es decir, condicionados psicologicamente, desde que nos atizan la primera palmada en el culo para que lloremos. El tal Alex, como todos los de su

calaña, no es más que un..., un... grasño brachno que necesita un tratamiento más intenso, eso es todo, y lo de la libertad y el libre albedrío no es más que una cala, nadie es libre.

—¡No puedo creer lo que estoy slusando! ¡Debería darte un tolcocho bien joroschó! Eso es tanto como decir que la libertad es una utopía y que es lo mismo ser un ciudadano de Atenas que un iliota de Esparta, que la democracia parlamentaria no se diferencia de la dictadura fascista. Por supuesto que vivir en sociedad implica renunciar a cuotas de libertad, por supuesto que el sistema educativo ejerce una forma de condicionamiento psicológico, por supuesto que la libertad absoluta no es posible, pero hay que fijar límites. Hay muchos sistemas sociales sostenibles, pero no todos son iguales, los hay buenos y los hay malos. Cuanta mayor libertad personal permita un sistema social, sin perder su sostenibilidad, mejor será ese sistema y las personas que viven en él tendrán más oportunidad de alcanzar la felicidad. Estoy segura de que en tu odinoco piensas lo mismo, aunque, como siempre, te hagas el starrio sodo.

Garrido cambió de postura en la cama, para disimular su incomodidad y luego cambió el rumbo de la conversación:

—¿Qué es lo que ocurre en el famoso capitulo 21? El que el editor americano se negó a publicar.

—Tampoco aparece en la película, puesto que Kubrick se basó en la edición americana. Ya lo debes saber, puesto que el propio Burgess lo dice en su presentación: el condicionamiento de Alex termina por desaparecer, él se considera libre de nuevo y ejerce esa libertad de la forma que le resulta más satisfactorio: sexo, violencia... y la novena. Así acaba el capitulo 20 y la película.

»En el capitulo 21, Alex, simplemente crece, madura, sus gustos y preocupaciones cambian y Burgess proclama su fe en el Hombre. La violencia sin sentido es propia de la juventud y desaparece de forma natural al crecer *«...comprendí lo que*

estaba sucediendo, oh hermanos míos. Estaba creciendo».

—¡Menuda cala! —Gruñó Garrido—. Así que todo lo que hacen esos grasños brachnos hay que disculparlo porque «...están creciendo». Si no vinieran de un hombre cuya mujer fue violada y casi asesinada por una pandilla, diría que son las palabras de un maldito santurrón hipócrita.

La oscuridad de la habitación empezaba a retroceder ante la claridad fría del alba y pude ver el rostro afilado y grisáceo de Garrido, estragado por la enfermedad. Hizo acopio de energía para finalizar.

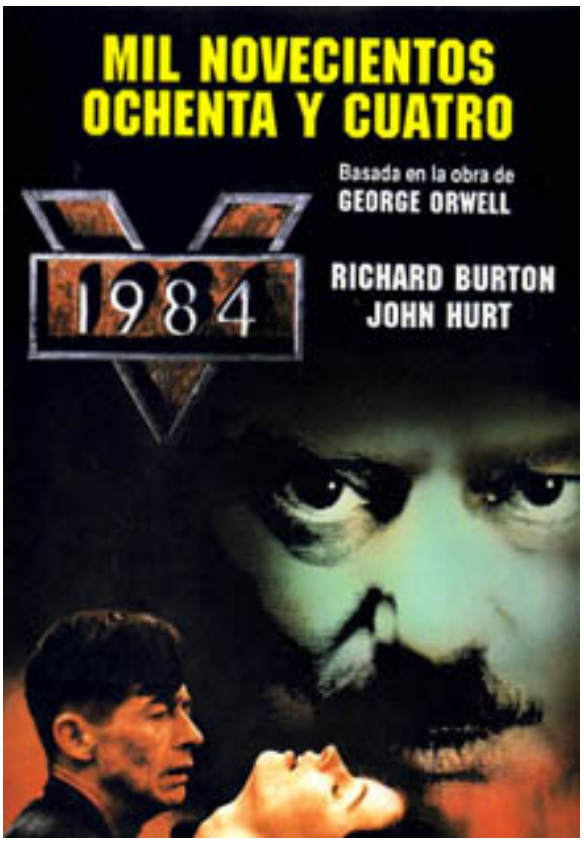
—Hay una cosa en la que estás equivocada: la libertad absoluta existe... a mí ya me queda muy poco para disfrutarla.

1984

Georges Orwell

Para el futuro o para el pasado, para le época que se pueda pensar libremente, en que los hombres sean distintos unos de otros y no vivan solitarios... Para cuando la verdad exista y lo que se haya hecho no pueda ser deshecho.

Desde esta época de uniformidad, de este tiempo de soledad, la Edad del Gran Hermano, la época del doblepensar... ¡muchas felicidades!



LA GUERRA ES LA PAZ
LA LIBERTAD ES LA ESCLAVITUD
LA IGNORANCIA ES LA FUERZA

Las frases estaban desmañadamente escritas en un folio clavado con una chincheta sobre la cabecera de la cama. Garrido se había quedado adormilado con el cuello torcido y respiraba con dificultad, con un gorjeo extrañamente similar al de la máquina que le insuflaba vida a través de la sonda nasal.

Intenté quitarle el libro de las manos pero él reaccionó bruscamente.

«—¡Házselo a Julia! ¡Házselo a Julia! ¡A mí, no! ¡A Julia! No me importa lo que le hagas a ella. Desgárrale la cara, descoyúntale los huesos. ¡Pero a mí, no! ¡A Julia! ¡A mí, no!».

Un espasmo le sacudió el cuerpo y luego abrió y los ojos y me miró sin reconocerme.

—«La libertad es la esclavitud. ¿Se te ha ocurrido pensar que la frase es reversible? Sí, la esclavitud es la libertad»

Volvió a mirarme.

—¿Cuándo llegaste?

Le apreté la mano con afecto, sintiendo tan solo huesos quebradizos bajo la piel. Le retiré por fin el libro y me senté en el borde de la cama.

—No deberías leer estas cosas —sacudí ante sus ojos el viejo y desgastado ejemplar de «1984», con señales evidentes de haber sido leído mil veces—, estabas delirando.

Garrido sacudió la cabeza y recuperó el libro.

—¿Tú crees que las consignas del partido son realmente reversibles? La ignorancia es la fuerza, dice el Gran Hermano, la fuerza es la ignorancia asegura O'Brian.

—Estos ingleses y sus prácticas simplificaciones, sólo que el mundo es más complicado de lo que nos gustaría y muchas veces lo sencillo no funciona. —Garrido me miró sin entenderme—. Los ingleses con su «to be» se ríen de nuestros «ser» y «estar», creen que es una complejidad innecesaria —sacudí la cabeza, divertida.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Pues que la mayor parte de las reflexiones que Orwell hace sobre la neolengua se pueden aplicar al inglés. ¿Para qué queremos una palabra como «telefonear» si podemos decir «ring»? ¿No es eso lo que hacen los teléfonos, o hacían? ¿Por qué complicarse con «continuo» si basta con «non stop»?

—«La destrucción de palabras es algo de gran hermosura» —al parecer, Garrido se sabía el libro de memoria—. ¡Qué se lo digan a nuestros adolescentes y sus sms!

—Sí, esos mensajes tienen el mismo espíritu economicista de la neolengua, como si Orwell los hubiera soñado.

—Algo debía imaginar cuando el filólogo de neolengua le dice a Smith: *«En el fondo de tu corazón prefieres el viejo idioma con toda su vaguedad y sus inútiles matices de significado»*.

—Es porque Orwell entiende perfectamente un hecho fundamental: pensamos con palabras y cuanto más reducido es nuestro vocabulario, cuanto menos ricas en matices son nuestras expresiones, más simples son nuestros pensamientos. —Le quité el libro de las manos para buscar una cita y varias páginas cayeron al suelo: se había desencuadernado de tanto leerlo. Por fin encontré lo que buscaba—: *«¿No ves que la finalidad de la neolengua es limitar el alcance del pensamiento, estrechar el radio de acción de la mente?»* y más adelante: *«Cada año habrá menos palabras y el radio de acción de la conciencia será cada vez más pequeño»*.

»¿Qué es lo que quiere decir O'Brian? —le devolví el libro mientras yo misma me contestaba—. ¿«La fuerza es la ignorancia» o «La fuerza está en la ignorancia»? Los bárbaros conquistaron Roma porque eran ignorantes, Colón descubrió América porque era ignorante, los árabes construyeron un imperio porque eran una pandilla de bandoleros ignorantes, su fuerza residía en su ignorancia, si hubieran tenido un conocimiento cabal de aquello a lo que se enfrentaban, nunca lo hubieran logrado. La

ignorancia les hizo fuertes pero la esencia de la fuerza no es la ignorancia, no todos los ignorantes son fuertes, solo algunos, en circunstancias especiales encuentran la fuerza en su propia ignorancia. La fuerza «está» en la ignorancia, pero la fuerza «es», realmente, el amor. Todos los que aman son fuertes, algunos ignorantes son fuertes, ser y estar.

—Una teoría curiosa —respondió Garrido con mordacidad—, me gustaría verte defendiéndola ante O'Brian y su maquina de dolor. Sobre todo eso de que la fuerza es el amor. No creo que al Partido le gustara demasiado.

—Al contrario, O'Brian estaría totalmente de acuerdo conmigo, él sabe perfectamente que la fuerza es el amor y el amor la fuerza, no le supone ningún problema, gracias al *doplepensar* puede saberlo e ignorarlo al mismo tiempo. Por eso cuando Smith se alza de nuevo sobre sus cenizas y parece que doblegarle del todo va a ser imposible, O'Brian ataca el centro de su fuerza. Destruye su amor por Julia y entonces Smith se derrumba, se rinde. Lograr que Smith cambie el amor a Julia por el amor al Gran Hermano es el gran triunfo de O'Brian, esa es, al fin, su victoria.

—Pero entonces, según tú, Smith vuelve a ser fuerte, puesto que siente un inmenso amor por el Gran hermano, un amor verdadero.

—¡Claro que es fuerte, como todos los que aman al Gran Hermano! Por eso soportan todas las penalidades y ejercen sin prejuicios el *doblepensar* para tragarse la ristra interminable de mentiras que surge de las telepantallas. El amor es la fuerza.

»Smith ha sido desmontado y vuelto a montar, ya no es un hombre, ha sido transformado en otra cosa, *«Te salvaré, te haré perfecto»* le dice O'Brian..., y lo logra. *«...cuando se amaba a alguien, se le amaba por él mismo, y si no había nada más que darle, siempre se le podía dar amor»*, así que Smith siempre tendrá su amor para entregárselo al Gran Hermano. Es inmensamente fuerte.

—Sin embargo esa fuerza amorosa no parece servirle igual a Julia que se deshace en manos de O'Brian como un terroncillo de azúcar *«Una conversión perfecta. Un caso para ponerlo en los libros de texto»*.

—Orwell era tan machista como todos los de su generación y no le faltaba una vena misógina. El personaje femenino tiene que realzar al masculino, no hacerle sombra. Julia es un ejemplo de mujer práctica, experta en el vivir de cada día, que sabe explotar a la perfección de las grietas del sistema, pero que rehuye las reflexiones profundas y los conflictos teóricos. Todo lo contrario del propio Orwell y, en cierto modo, el prototipo de mujer que él ansiaba: no un complemento intelectual sino una compañera que le simplificara la vida cotidiana y le proporcionara sexo y cariño cuando lo necesitara. En la novela, la utiliza y cuando le estorba, la quita de en medio. A pesar de todo, ni siquiera Orwell puede resistirse a su propia lógica: Julia empieza por traicionar a Smith, renegando por tanto de su amor, eso es lo que produce su derrumbe y su conversión, no al contrario.

—Al parecer esa traición fue «Inmediata y sin reservas» —Garrido disfrutaba llevándome la contraria, como cuando estábamos en la redacción.

—Sí, pero no sabemos cuál fue el tratamiento al que la sometieron. Cuando se reencuentran, Julia le dice «A veces te amenazan con algo..., algo que no puedes soportar, que ni siquiera puedes imaginar sin temblar». Ya sabes lo que eso significa.

—La habitación 101.

—Efectivamente, da la impresión de que a Julia la envían directamente a la habitación 101, como si O'Brian no quisiera perder el tiempo con ella mientras que a Smith lo somete a un proceso más gradual...

—Para acabar también en la habitación 101.

—Porque su amor es tan grande, les proporciona tanta fuerza, que sólo el horror de la 101 logra doblegarlos.

»Es curioso como maneja Orwell la tortura psicológica, los prisioneros temen a

la 101 como el no va más del horror, no puede haber nada peor que la 101, pero nadie sabe lo que hay allí. Más de un torturador argentino o chileno debía tener «1984» de libro de cabecera.

—No es sorprendente que Orwell describa tan bien la destrucción de un ser humano, probablemente lo conocía de primera mano.

—¿Qué quieres decir? —incliné la cabeza sorprendida.

—«1984» es casi un testamento póstumo —Garrido acomodó la cabeza entre las almohadas—, Orwell la escribió enfermo de tuberculosis y murió apenas un par de años después de acabarla. «1984» es fruto de una gran lucidez pero también es el último peldaño de Orwell para olvidar Birmania, donde fue Agente Colonial en los años veinte, una época plagada de insurrecciones y movimientos revolucionarios. No hay constancia de que participara en torturas, ni él lo reconoció nunca abiertamente, pero los modos de la policía británica, como los de cualquier policía colonial, eran brutales y resulta ingenuo pensar que Orwell hubiera podido mantenerse al margen, incluso de no tener un carácter proclive a la violencia, como es conocido y manifiesto. En una ocasión reconoció que en aquellos años *«pensaba que la mayor satisfacción del mundo consistiría en hundir una bayoneta en los intestinos de un monje budista»*.

»Lo cierto —continuó Garrido— es que no tardó en darse cuenta de que estaba haciendo el trabajo sucio del Imperio Británico. Un Agente Colonial, venía a ser un jefe de distrito con cuatrocientos o quinientos policías bajo su mando, dedicados a la represión política tanto o más que a la persecución criminal propiamente dicha. Por ordenes superiores, los Agentes Coloniales debían supervisar personalmente los interrogatorios y Orwell se hastió de presenciar brutalidades, condenas, azotamientos, ahorcamientos y encarcelamientos en prisiones inmundas. Al cabo de cinco años, sin ninguna alternativa económica a la vista, abandonó lo que

podía ser una fructífera carrera en la administración colonial y volvió a Inglaterra, profundamente desengañado del ideal imperialista que le habían inculcado en Eton, cargando en la memoria el recuerdo de *«los desdichados prisioneros acurrucados en las jaulas malolientes de las cárceles, con los rostros grises y acobardados de los condenados a mucho tiempo, las nalgas señaladas de los hombres azotados con bambú, los alaridos de las mujeres y los niños cuando se llevaban a sus hombres bajo arresto»*. Buena parte de su obra la dedicó a lavar su espíritu de un trabajo que le había convertido en una bestia.

Guardé silencio durante unos instantes, reflexionando sobre ese periodo oscuro de la vida de George Orwell, Eric Blair, por aquel entonces.

—Es curioso —dije al fin— que en esas condiciones y en los años treinta no acabara siendo comunista, como tantos otros hijos renegados del colonialismo.

—Se convirtió en un intelectual de izquierdas, pero criticó a Stalin y sus purgas. Dedicó a los comunistas perlas como... —Garrido tomó un libro de encima de la mesilla y lo abrió por una señal—: *«el pecado de casi todos los de izquierdas desde 1933 en adelante consiste en que han querido ser antifascistas sin ser antiautoritarios»* y calificó a los comisarios políticos rusos de *«medio gramófonos, medio gángsteres»*. Solía contar una historia de un comunista que en medio de un mitin fue al servicio y cuando regresó, la línea del partido había dado un vuelco y su discurso se había convertido en fascista y contra-revolucionario. —Buscó otra señal sin dejar de hablar—. Pero fue en España donde Orwell se convenció de que los comunistas eran una fuerza antirrevolucionaria: *«... usaban todos los métodos posibles, limpios y sucios, para erradicar lo que constituía la izquierda revolucionaria»*.

»Al empezar la guerra civil española, Orwell comenzaba a ser un escritor conocido, acababa de casarse y su futuro

parecía prometedor; entonces, con treinta y tres años, lo dejó todo para venir a luchar por la República. Su enfrentamiento con los comunistas ingleses impidió que se pudiera alistar en las Brigadas Internacionales y acabó, para su desgracia, y fortuna de la humanidad, en las milicias del POUM, conocido por su anti-estalinismo y que el propio Stalin ordenó destruir en diciembre de 1.936. Combatió con el POUM en el frente de Huesca donde fue gravemente herido. En mayo de 1937, el gobierno republicano, controlado por los comunistas, se revolvió contra los anarquistas y sus aliados, produciéndose una cruel batalla en Barcelona, por el control de la central telefónica. En palabras de Willy Brandt, futuro canciller de Alemania y entonces reportero de guerra: *«El 3 de mayo comenzó una guerra civil aneja y demencial que se cobró cientos de víctimas en cuestión de días. El gobierno regional, ahora en manos de los comunistas, tomó el control de Telefónica, las centralitas telefónicas y telegráficas que dirigían los sindicalistas, y con ella se hicieron con el control de la ciudad de Barcelona. La gente que no estuvo de acuerdo con esta situación fue calumniada, perseguida y asesinada. Entre otros, se contaban miembros del POUM, a la sazón aliados con los anarquistas, sus dirigentes, como Andreu Nin, pasaron entonces a encabezar la lista negra de la policía secreta soviética»*. Orwell, convaleciente, escapó por los pelos tal como le escribió a un amigo: *«Empezamos como heroicos defensores de la democracia y acabamos escabulléndonos por la frontera con la policía pisándonos los talones»*.

»Aquellos pocos meses en España —continuó Garrido—, le marcaron tanto o más que su servicio en Birmania. Años después escribió: *«Cada línea de trabajo serio que he escrito desde 1936 fue creada, directa o indirectamente, contra el totalitarismo y a favor del socialismo democrático. [...] Mi mayor deseo durante los últimos diez años ha consistido en convertir la escritura política en un arte».*

»Le afectó muchisimo que los

intelectuales de izquierda hicieran caso a las mentiras sobre el POUM proclamadas desde Moscú, lo que sería en gran parte el origen del Ministerio de la Verdad de «1984» con su falseo constante de la realidad histórica y de esa reflexión aterradora que pone en boca de O'Brian: *«El pasado reside en los documentos y en la mente, en la memoria de los hombres. Nosotros controlamos todos los documentos y controlamos todas las memorias. De manera que controlamos el pasado»*. O dicho de otra manera, según la consigna del partido: *«El que controla el pasado controla el futuro, el que controla el presente controla el pasado»*.

»Las primeras páginas de «1984» que describen ese Londres depauperado y cubierto de carteles y consignas, con sus «Casas de la Victoria», están directamente inspiradas en la Barcelona de los primeros meses de 1937, igual que el personaje de O'Brian, o al menos su caracterización física, procede de George Kopp, el superior de Orwell en las trincheras de Huesca y con el que trabó una gran amistad.

»Kopp tuvo menos suerte que Orwell —la voz de Garrido era ya casi un hilo áspero, a punto de romperse— y fue capturado por los comunistas, aunque logró sobrevivir. Un periódico de Londres lo describía al salir de su cautiverio *«...delgado, endeble, encorvado, caminando despacio con la ayuda de un bastón. Tiene el cuerpo cubierto de costras y magulladuras, las marcas de enfermedades que contrajo en las mazmorras subterráneas de las checas estalinistas, en las bodegas húmedas, sin aire, de los barcos prisión y en los campos de trabajos forzados».*

»Es imposible no comparar esas líneas con la descripción que Smith hace de sí mismo durante su cautiverio: «Una especie de esqueleto muy encorvado y de un color grisáceo [...] El cuerpo entero, excepto las manos y la cara, se había vuelto gris como si lo cubriera una vieja capa de polvo. Aquí y allá, bajo la suciedad, aparecían las cicatrices rojas de las heridas»

La voz de Garrido se rompió, al fin, en

una tos seca que le provocó un hilillo de baba en la barbilla. Mientras se limpiaba desvié la vista, incómoda, y mis ojos tropezaron con los tres lemas del Partido garrapateados en el folio.

—¿Por qué has colgado eso?

Los ojos de Garrido eran apenas una raya brillante de pura fiebre. Su voz sonaba tan oscura como la del mismísimo O'Brian, al que citó:

—«Ya conoces la consigna del Partido: "La libertad es la esclavitud". ¿Se te ha ocurrido pensar que esta frase es reversible? Sí, la esclavitud es la libertad. El ser humano es derrotado siempre que está sólo, siempre que es libre. Ha de ser así porque todo ser humano está condenado a morir irremisiblemente y la muerte es el mayor de los fracasos.»

»Mi fracaso está cerca y quiero saber si viviré otra esclavitud o moriré otra libertad.

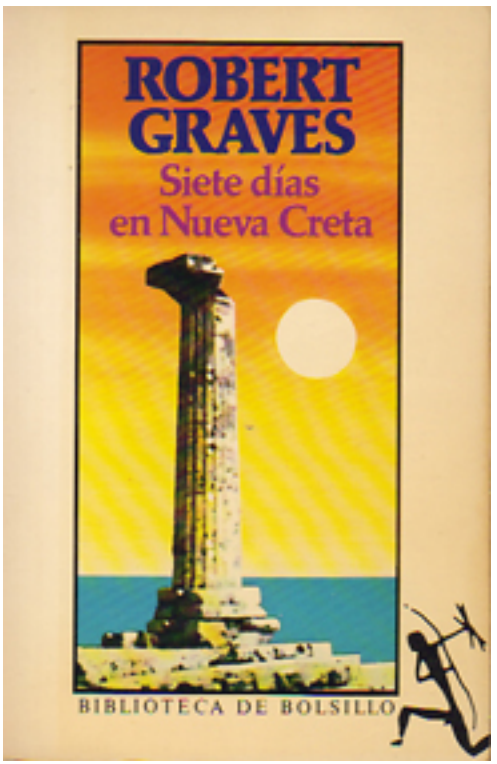
TERCERA PARTE

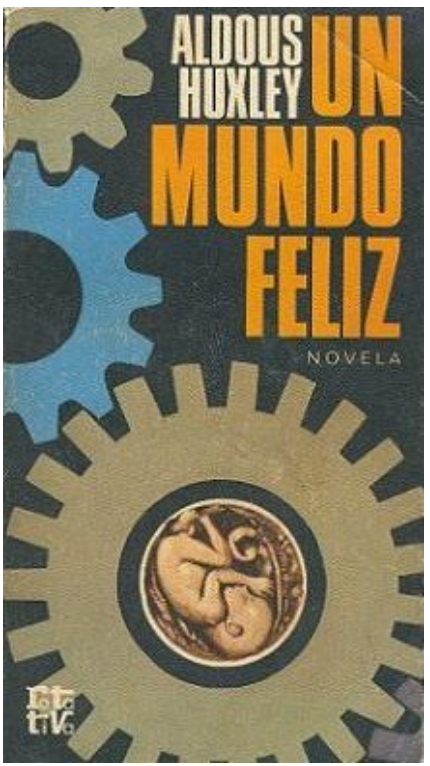
BISES

Si has llegado hasta aquí, amigo lector, tengo que pensar (no sin sorpresa) que has disfrutado de estos comentarios o relatos, como mejor te parezca calificarlos, de estas historias sobre historias, y me atrevo a soñar con que tengas ganas de más, así que te presento un extraño juicio en el que tres grandes obras son sentadas en el banquillo de los acusados, la crónica de un descubrimiento (literario) realizada por un personaje que se niega a desvelarnos su nombre y a un Julio Verne cascarrabias poniendo en su sitio a un conferenciante presuntuoso, con la ayuda de su querido amigo H.G. Wells.

De paso, aprovecho esta oportunidad para despedirme, agradeciendote la amabilidad de leer estas lineas y deseando que hayas disfrutado con ello tanto como yo lo hice escribiendolas.

El reverso tenebroso de las utopías





—¡En pié! —La voz del alguacil inundó la sala de audiencias—. Preside la honorable jueza: Madre Carey.

Una vez en su estrado, la jueza hizo como que hojeaba unos papeles mientras el publico y los letrados tomaban asiento y la quietud volvía a la sala. Cuando consideró que el silencio era suficientemente espeso tomó la palabra.

—En el día de hoy y finalizados los tramites previos, procedemos a la vista oral de la demanda interpuesta por el ministerio fiscal en contra de las siguientes obras: «Un mundo feliz» de Aldous Huxley, «Mundo interior» de Robert Silverberg y «Siete días en Nueva Creta» de Robert Graves. A juicio del fiscal estas obras son culpables de crímenes contra la humanidad, a saber: manipulación de las mentes, engaño masivo y conspiración contra el progreso humano. Por favor, señor fiscal, expónganos brevemente las bases de la acusación.

—Con la venia de su señoría.

»La historia de la literatura está llena de utopías, desde la bucólica Arcadia del poeta latino Virgilio hasta los hombres psicológicamente condicionados que pueblan el Walden dos de Skinner. Las hay de toda ideología e intencionalidad. La lista sería interminable, como la sería también la de sus contrarias: las distopías, obras tenebrosas en las que la sociedad humana es cualquier cosa excepto amable. Las distopías son obras pedagógicas, necesarias, que nos advierten sobre diferentes peligros que la sociedad debe evitar: la guerra, el totalitarismo, la manipulación informativa...

»Sin embargo las tres obras que hoy sentamos en el banquillo no son ni lo uno ni lo otro. O sí que lo son, sí son una de estas cosas: son distopías disfrazadas de utopías, lobos con piel de cordero que lejos de prevenir contra los peligros que nos acechan, siembran la duda y la vacilación en la mente de los hombres. Les inducen a creer que la Utopía no existe, que es imposible y que no vale la pena luchar por

ella puesto que bajo cualquier apariencia utópica siempre encontraremos el mal. La tesis que subyace en estas obras infames es que el mal es consustancial al ser humano y no podemos renunciar a él sin perder nuestra humanidad.

—Muchas gracias señor fiscal. A continuación, y con el fin de poder entender mejor los argumentos que aquí se presenten, el secretario efectuará una sinopsis de las tres obras acusadas. Quedan advertidos todos los que oyeren y leyeren que se procederá sin ningún tipo de cortapisa en la presentación y posterior discusión de los ejes argumentales de las acusadas, entrando, si fuera necesario, en los mas nimios detalles. Aquellas personas que puedan ver su sensibilidad herida por esta circunstancia deben abandonar inmediatamente la sala.

»Por favor, señor secretario, proceda en orden cronológico.

—Enseguida Señoría.

»La mas anciana de las acusadas es «Un mundo feliz» del escritor londinense, Aldous Huxley que fue presentada al público en 1932. La sociedad de esta novela es feliz porque cada persona ocupa en ella el lugar para el que ha sido expresamente fabricado. Existen cinco modelos básicos de seres humanos: desde el alfa, ario y de alto coeficiente intelectual hasta el épsilon, enanos de raza negra al borde de la subnormalidad, pasando por los beta, gamma y delta. Cada alfa y beta es único, genéticamente hablando, sin embargo las otras tres castas son sometidas durante el proceso de fabricación a un tratamiento denominado bokanowskyficación con el que se consigue la división del óvulo, produciendo series de individuos genéticamente idénticos, series de gemelos, en definitiva, de 60 a 80 individuos. Dentro de cada modelo básico, se pueden producir variantes de acuerdo a la actividad profesional para la cual el individuo ha sido encargado por la «Dirección de Predestinación Social». Las cualidades genéticas previstas son completadas y reforzadas durante la infancia mediante

condicionamiento pavloviano. Por ejemplo, los niños destinados a ser mineros reciben descargas eléctricas en sus cunas cada vez que se suben las persianas y pueden ver el cielo azul.

»La educación moral de los futuros ciudadanos es recibida mediante aprendizaje hipnopédico durante el sueño. Se trata de máximas morales simples y concisas, repetidas miles de veces a través de altavoces que susurran en el oído de los niños mientras duermen. Les cito a modo de ejemplo el siguiente párrafo que corresponde al módulo de «Sentido de las clases sociales para niños Betas»: *«Los niños Alfas van de gris. Trabajan mucho mas que nosotros porque son prodigiosamente inteligentes. La verdad es que estoy muy satisfecho de ser un Beta, pues no tengo un trabajo tan pesado. Y, además, somos mucho mejores que los Gammas y los Deltas. Los Gammas son unos tontos. Visten de verde. Y los niños Delta, de caqui. No, no, no quiero jugar con los niños Deltas. Y los Épsilones son aún peores. Son demasiado tontos para aprender»*. Los niños oyen este mensaje, en sueños, ciento veinte veces por noche, tres noches por semana, durante treinta meses.

»Una vez finalizado su periodo de formación, cada individuo pasa a ocupar el puesto para el que fue fabricado y en el que se siente total y absolutamente realizado. Este trabajo nunca es excesivamente duro, ni aún para los épsilon. Todos tienen sus necesidades básicas cubiertas y disponen de viviendas adecuadas y oportunidades de esparcimiento. Aunque existen, por supuesto, diferencias de cantidad y calidad de todos estos bienes en función de la casta e incluso del puesto desempeñado.

»Por otro lado se han suprimido las tensiones familiares y sociales eliminando la institución familiar. «Todos pertenecemos a todos» es una de las máximas hipnopédicas fundamentales. La sociedad alienta la promiscuidad estando muy mal vista la castidad y la fidelidad. Y, aunque las mujeres son fértiles, se someten a estrictas «prácticas maltusianas» para evitar el

embarazo. Las palabras «padre» y «madre» han sido relegadas a la categoría de blasfemias altamente groseras.

»Y por si algún atisbo de insatisfacción pudiera asomar siempre existe el «soma», la droga de la felicidad, euforizante y antidepresiva y sin efectos secundarios de ningún tipo.

»El secretario hizo una pausa para beber un poco de agua y prosiguió.

—Les hablo ahora de la siguiente obra: «Siete días en Nueva Creta» de Robert Graves, autor este más conocido por novelas históricas como «Yo, Claudio» o «El Conde Belisario».

»«Siete días en Nueva Creta» fue escrita en los meses siguientes al fin de la Segunda Guerra Mundial. Nos presenta un mundo agrícola, que ha renunciado voluntariamente a la ciencia y la tecnología y en el que todo el mundo vive con extrema sencillez pero a nadie le falta de nada, y nadie explota a nadie. La sociedad está organizada en cinco estados o clases: Magos, Capitanes, Archiveros, Comunes y Siervos. La gente vive en pueblos de reducidas dimensiones. Cada pueblo debe tener cinco Magos, tres hombres y dos mujeres, que viven en comunidad y constituyen lo que podríamos definir como el gobierno municipal, aunque solo en lo referente a los aspectos morales y éticos. Hay un Capitán, que quizá ya haya tomado el ayudante destinado a sucederle, que se encarga de organizar y dirigir las tareas comunitarias. Y por último una cierta cantidad de Comunes y Siervos. Los Archiveros viven apartados, podríamos decir que en monasterios. Existe la familia, aunque en cada casta adopta características peculiares. Y en cada pueblo puede ser diferente: hay pueblos monógamos y polígamos, libertinos y castos, pueblos en los que aceptan a los homosexuales y pueblos en los que los matan. Esto es extensivo prácticamente a cualquier otra costumbre, desde la alimentación al vestido. Cada pueblo tiene sus peculiaridades. Cualquiera es libre de trasladarse a otro pueblo si algo le desagrada pero debe

aceptar todas las costumbres del pueblo en el que se instala, de lo contrario *«... si inflige deliberadamente las costumbres, y su estado, es decir, su clase, le rechaza»* entonces intervendrán los Magos. Y su actuación es limpia, rápida y mortal. La asignación a un estado la hace la sociedad en su conjunto, en la infancia: *«... en un juego de pelota, si el niño es tímido, poco emprendedor y callado, y si prefiere obedecer órdenes a tomar decisiones, y no le importa de qué lado juega, y prefiere parar y devolver la pelota antes que pegarle o arrojarla, entonces esta claro que es sirviente. Si le interesa más discutir los detalles del juego o llevar la puntuación que jugar, entonces es archivador. Si le interesa más organizar el juego que tomar parte en él, entonces es capitán. Si le gusta más pegar la pelota y arrojarla que pararla y devolverla, y se muestra muy partidario de su equipo, entonces es uno de los comunes. Pero si juega sin realmente participar en el juego, de manera que los demás jugadores se sientan incómodos por su presencia, aunque juegue bien, entonces es un mago»*. Si el estado del niño no se corresponde con el de sus padres, entonces se le busca una nueva familia y posiblemente sus padres naturales reciban un niño de su mismo estado. Esto se hace con naturalidad y es unánimemente bien aceptado.

»La franqueza, la falta absoluta de malicia, de mentira o engaño son las bases de esta sociedad, en la que nadie concibe que las intenciones del otro no sean completamente benévolas.

»Conviene señalar que a pesar de existir un estado de Magos y hablándose mucho de magia en la obra, en realidad no vemos ningún acto mágico, excepto el de la invocación del protagonista que es traído desde la contemporaneidad del autor, lo que bien se puede considerar como una simple licencia literaria. A decir verdad esta magia tiene más de religión que de autentica magia.

El secretario se disponía a continuar cuando intervino la jueza.

»Veo al letrado de la defensa notablemente incómodo. Posiblemente sea debido a su nefasta adicción a la nicotina. Suspenderemos la vista durante unos minutos para que pueda satisfacer su vicio y de paso el señor secretario podrá descansar unos instantes la garganta.

En la reanudación el secretario abordó la tercera obra.

—«El mundo interior», del conocido autor americano de ciencia ficción Robert Silverberg, es una respuesta al crecimiento indiscriminado de la población. Su mundo alberga setenta y cinco mil millones de seres humanos y aun tiene espacio para muchos mas.

»La población vive en «monadas urbanas» (monurbs), gigantescos edificios de mil plantas y tres kilómetros de altura, en los que habitan alrededor de 800.000 personas que jamás abandonan el edificio. Rinden un culto obsesivo a la fecundidad: para una familia es una desgracia tener menos de seis hijos.

»Cada familia vive en un apartamento completamente diáfano, una única pieza que mediante muebles transformables es utilizada para todas las actividades domesticas. No existe ningún tabú en cuanto a la desnudez ni a ninguna de las actividades higiénicas, ni aun las más desagradables para nuestra sensibilidad, que se realizan con completa naturalidad a la vista de la familia o de posibles visitantes.

»La libertad sexual es absoluta y cualquiera, hombre o mujer, puede solicitar o otro, del mismo o diferente sexo, mantener relaciones sexuales, y aunque es posible negarse, se considera una grave falta de educación. Las sesiones en grupo y las orgías masivas forman parte de la vida comunitaria.

»Los niños viven con sus padres hasta la pubertad, entonces pasan a los dormitorios comunales de solteros hasta que se casan. Esto ocurre muy pronto, sobre los doce o trece años y es habitual tener cuatro o cinco hijos antes de los veinte.

»La vida esta fuertemente socializada y la monurb cubre todas las necesidades. Existe el dinero, pero una única vez se hace uso de él en toda la obra: para pagar los consejos de un sacerdote.

»Aunque no existen castas, la monurb esta organizada en grupos sociales, mas elitistas cuanto mas alto viven. Estas clases sociales altas disfrutan de mas bienes de consumo y de mas calidad que las bajas, aunque nadie trabaja en exceso ni pasa penuria de ningún tipo. Cuando se casa, la pareja recibe un apartamento en una planta de acuerdo a la valía social que el gobierno de la monurb presupone a la pareja, en particular al marido. A partir de ese momento, la sociedad es competitiva y se puede ascender o descender, literalmente hablando, en función de los logros conseguidos, y también de los contactos y las influencias que se vayan adquiriendo.

»En relación con las influencias debemos hacer mención de la costumbre del «rondador nocturno». Después de la media noche, los hombres salen a pasear y pueden entrar en cualquier apartamento para acostarse con la mujer de la casa. Existen algunas normas de cortesía en esta costumbre: no alejarse demasiado del propio nivel e identificarse al solicitar los favores de la mujer. Si el marido no había salido de ronda es de buena educación hacerlo en ese momento... o formar un trío con el recién llegado. Esta costumbre tiene importancia en el ascenso de un joven ya que los hombres poderosos del gobierno de la monurb están invariablemente casados con mujeres jóvenes y bellas y agradecen efusivamente las atenciones que reciben sus parejas. Un buen amante puede hacer una carrera meteórica; por el contrario, un fracaso a la hora de proporcionar placer a una de estas mujeres tendrá consecuencias ciertamente lamentables para el interesado.

»Aunque todo el diseño social de la monurb está pensado para evitar cualquier tipo de frustración, en ocasiones no es suficiente y hay quien pierde los estribos y comete algún acto contra las normas de la monurb. En ese momento interviene la

policía, que a la vez es juez, fiscal y verdugo. La sentencia se dicta en el mismo lugar donde el reo es prendido. Esta es invariablemente de muerte, y se ejecuta acto seguido, sin posibilidad de apelación, por el expeditivo método de lanzar al condenado por el conducto de eliminación de desperdicios mas próximo, que desemboca directamente en grandes hornos incineradores... «Las tolvas».

—Muchas gracias señor secretario. Ahora, el señor fiscal procederá con la acusación.

—Con la venia de su Señoría. Como recordaran de mi exposición inicial, los cargos contra las obras que ocupan el banquillo son: manipulación de las mentes, engaño masivo y conspiración contra el progreso humano. En realidad son culpables de algo mucho mas atroz: son culpables de matar la ilusión y la esperanza en el género humano. Estas falsas utopías siguen un mismo esquema: nos presentan un futuro dorado en apariencia, una humanidad feliz, en la que todo es bondad y felicidad y en la que el mal, el sufrimiento y la ansiedad han sido erradicadas. Pero subrepticiamente van endosándonos píldoras de su autentica tesis. Tras el idílico arranque, párrafo tras párrafo nos encontramos que esta humanidad no es humana. No nos reconocemos en los individuos serializados que la componen. Su falta de albedrío no tarda en hacerse patética. Insidiosamente se va colando el autentico mensaje: la única forma de alcanzar la felicidad es extirpando de raíz los sentimientos. No para alcanzar el Nirvana budista, la felicidad del que nada desea, sino domeñando los instintos humanos, genuinos e indómitos. Los planifican, los hacen previsibles y controlables, embotándolos con sexo fácil y drogas sin efectos secundarios.

»Siguiendo un mismo esquema, los autores proceden a lanzar sobre esta Arcadia artificial y precocinada, un individuo antisocial, aborigen o importado. Su rebeldía y la falta de ajuste con el sistema nos hace que simpaticemos con él, aunque sea un ególatra (Un Mundo Feliz), un

estúpido (Mundo interior) o un ingenuo (Siete días en Nueva Creta). En esos defectos nos conocemos y reconocemos como humanos. Y pronto una vuelta de tuerca mas. Huxley y Silverberg nos presentan comunidades que viven fuera del sistema, en sendos poblados agrícolas. Pronto nos sentimos ligados a ellas, conocemos sus pasiones, sus mezquindades, sus ansias y sufrimientos, su lucha por una felicidad esquiva de la que apenas logran probar algunos sorbos. Pero tenemos la certeza absoluta de que esa sí es felicidad autentica y no la de los que viven bajo el sistema. Individuos vulgares que exudan humanidad por sus poros cubiertos de mugre. Y en los dos asistimos a muy similares festivales para implorar la fertilidad de los campos. Fiestas exóticas y folklóricas, llenas de colorido que no tardan en devenir en orgías de violencia que no excluyen los sacrificios humanos.

»Graves es mas sutil. No recurre a bruscas transiciones a comunidades exteriores sino que, capa tras capa, levanta el barniz de la bucólica sociedad que nos había presentado al principio. Y pronto somos testigos de una brutalidad aterradora. Primero asistimos a una «guerra» entre dos pueblos. En realidad se trata de una competición cuasi-deportiva, al estilo de lo que se practicaba antiguamente en Inglaterra y que con el tiempo daría lugar al nacimiento del fútbol. Y aunque violento, nadie muere ni sufre lesiones graves. Pero el final de la «guerra» es dramático: aprovechando el festival de reconciliación, una maga asesina a su amante. Está enamorada del protagonista, un poeta del siglo XX, evocado por fuerzas mágicas. Según su tradición si hacen el amor sobre la tumba todavía húmeda, el mago asesinado podrá reencarnarse y esa es el arma de seducción que utiliza contra el espantado poeta. Pero no tardaremos en asistir a horrores mayores. El país está simbólicamente regido por un rey que es renovado cada nueve meses. En el festival de cambio de rey, el monarca saliente es asesinado y devorado, literalmente, por las

mujeres de las que ha gozado, una por mes, durante su reinado.

Por si quedara alguna duda, Graves termina su obra con un discurso que deja bien a las claras su leit motiv, común a los tres autores: *«[la diosa] me ha hecho venir del pasado, como semilla del disturbio, para dotaros con una cosecha de disturbios, ya que el amor y la sabiduría verdaderos solamente brotan de la calamidad»*.

»Se puede decir mas alto pero no mas claro. La utopía no existe, no la busquemos, el mal, el dolor y el sufrimiento forman parte de la naturaleza humana, por tanto, hundámonos en la depravación y en la maldad... seamos humanos. Ese es el mensaje autentico de estas obras.

—Muchas gracias señor fiscal. Tiene la palabra el abogado de la defensa.

—Gracias Señoría.

»Debo reconocer que el letrado de la acusación ha puesto el listón bien alto. Su pasión y locuacidad parecen sólidos muros que ofrecen obstáculos insalvables a los posibles refutadores de su tesis.

»Sin embargo nada es más fácil para mí que tirar abajo sus bien estudiadas defensas. Y me resulta fácil puesto que no tengo mas que negar la mayor y todo lo demás cae por su propio peso.

»¿Utopías? ¡Señores! ¡Seriedad por favor! ¿Quien ha hablado aquí de utopías? No ciertamente los autores de las obras acusadas. Obras que son, sin paliativo, menoscabo, ni duda alguna, distopías. Magnificas, espléndidas e inteligentísimas distopías. Y mi colega ha reconocido, como no podía ser de otra manera, que las distopías son obras fundamentales en la formación moral de las nuevas generaciones.

—Protesto Señoría. El defensor intenta tergiversar mis palabras en beneficio de su argumentación.

—Denegada. El defensor tiene la misma libertad de expresión de la que usted ha gozado. A continuación podrá ejercer su derecho de réplica. Por favor, continúe señor letrado.

—Con sumo gusto Señoría. No me

extraña el nerviosismo de mi insigne colega. Si estas obras son distopías, que lo son, toda su argumentación se viene abajo. ¿Pero en que cabeza cabe calificar de utópico el mundo feliz de Huxley? ¿usted lo ha leído bien, señor fiscal? La obertura es una visita guiada a una fabrica de fetos. Un histriónico recorrido turístico lleno de detalles morbosos. ¿Realmente piensa que ese es el comienzo adecuado de una utopía? Y no perdamos de vista las otras dos obras. Recién llegado a Nueva Creta, el protagonista de Graves califica el ambiente como, cito textualmente *«...santurrón, palabra que transmite un reproche por su complacencia e indiferencia por los sufrimientos del resto del mundo»*. Curiosa caracterización de un mundo utópico. Y en «Mundo Interior» asistimos a un juicio sumarísimo, con ejecución inmediata en las tolvas incluida, antes de volver la quinta página. ¡Señor fiscal...¡ ¡No me diga que esos mundos son utópicos!

»Los autores, con la inteligencia que han demostrado en numerosas obras, nos pintan, a base de trazos rezumantes de ironía, los mundos descritos por los profetas de utopías de saldo. Gritan a los cuatro vientos que no existen soluciones sencillas a problemas complejos y levantan bandera contra los apóstoles de la manipulación genética, la alineación del individuo y el fanatismo pseudo-religioso.

»Yo sé que el señor fiscal es un admirador de Georges Orwell, admiración, Señoría, que comparto plenamente. Pero me permito señalarle qué fácilmente las fuerzas que buscan el alineamiento de nuestros conciudadanos han conseguido neutralizar y banalizar al otrora terrible y omnisciente «Gran Hermano». «1984» es una fuerza de choque, dura y brutal, pero, como las fuerzas de choque de cualquier ejercito, destinada a abrir brecha y perecer en la batalla. Es imprescindible pero no es suficiente. Necesitamos también fuerzas mas poderosas pero mas sutiles, mas difíciles de rebatir, capaces de explotar esa brecha hasta inundar el campo enemigo. Ese es el papel de las obras que hoy se

sientan en el banquillo.

»Negando cualquier complacencia utópica de las obras acusadas estoy rebatiendo de hecho todos los cargos de la acusación. Pero hay uno sobre el que me gustaría incidir especialmente: la comunión del mal con la esencia del ser humano. ¡Señora jueza! ¿Es que alguien tiene dudas sobre esa cuestión? ¿Es que vamos ahora a rasgarnos las vestiduras por reconocer que a lo largo de la historia ha habido seres humanos infames, crueles, sanguinarios... incapaces del menor atisbo de piedad? Reconocer la maldad que anida en nuestra especie es la única forma de superarla; y únicamente la podremos superar a base de nobleza, sacrificio y bondad. Estas obras nos previenen contra los atajos fáciles en esta ardua labor. Nos avisan de que intentar extirpar de raíz esa carácter del ser humano nos conduce a la deshumanización pero, para nada, de ningún modo, bajo ninguna circunstancia, abogan por cejar en el empeño de esa lucha.

»Gracias señora jueza.

—Señor fical, su turno de réplica.

—Es sin duda sorprendente la inocencia de mi colega de la defensa que solo ve, o dice ver, inteligencia y habilidad donde no hay más que ocultamiento y manipulación. Yo también veo inteligencia y habilidad, no soy ciego, pero no en las obras objeto de debate en este tribunal, sino en las palabras del letrado. Su estrategia de negar de entrada el carácter utópico de las acusadas es impecable. Pero, como todos los presentes en esta sala sabemos muy bien, no hay argumentación sin flecos y mi colega pasa por alto un enorme desgarrón. Siendo tan obvia la intencionalidad distópica de los autores, es sorprendente que diseñen un entorno de relaciones sexuales tan tentador y que dediquen tantas páginas a mostrárnoslo con tantos y tan sugerentes detalles. No siendo un elemento fundamental de la trama, sino parte inequívoca del decorado, si autores tan inteligentes como proclama la defensa, quisieran realmente mostrar un universo distópico, jamás hubieran incluido tal

liberalidad en las relaciones sexuales. Este elemento de prueba es bastante para desmontar la tesis de la defensa y poder asegurar que la intención real de los autores es mostrar una utopía para, a continuación, hacerla pedazos.

—Bien, bien... es para mí realmente enojoso tratar este punto aunque, de algún modo, me produce cierta satisfacción. Al traerlo a colación, mi docto colega descubre hasta que punto se siente inseguro de sus argumentos. Pero hubiera preferido no tener que discutirlo dado lo escabroso de los detalles.

»Como recordaran, he alabado la inteligencia de los autores. Inteligencia que han demostrado en estas y en otras muchas obras. Pero no he realizado ningún juicio moral sobre su personalidad. En los tres casos se trata de varones y de obras escritas en su madurez, y no me refiero ahora a su madurez literaria sino a su madurez como personas. Dicho en pocas palabras, el universo sexual de estas obras representa las fantasías sexuales del varón de mediana edad de mediados del siglo XX. Los personajes centrales de las novelas son, como los autores, de sexo masculino y pueden gozar libremente de cualquier mujer que se ponga en su camino. Sin ningún complejo de culpa y sin problemas en el hogar, bien porque se ha abolido la institución familiar, bien porque son los celos los que han dejado de existir. Respetando un mínimo de coherencia, se concede igual derecho a las mujeres pero en las obras vemos que son los hombres los que llevan la iniciativa mientras que la actitud de las mujeres es mucho mas decorativa. Excepto en esos momentos en los que un hombre desea que sea la mujer la que lleve la voz cantante. Son la combinación perfecta de mujer-ángel, mujer-demonio proclamada por la tradición judeocristiana.

»Cualquier psiquiatra nos dirá que esto se parece mucho a lo que bullía en el subconsciente de la mayoría de los varones del siglo XX. Yo no me atrevo a aventurar suposiciones sobre si el reflejo de estas

frustraciones en las obras es consciente o inconsciente. Lo que sí puedo afirmar es que muy pocos lectores masculinos querrían vivir realmente en semejante entorno de relaciones sexuales, tremendamente competitivo y donde la capacidad eréctil es la primera y mas valorada de las virtudes del varón. Donde un hombre vale lo que valga su pene. Por mucho que responda a sus fantasías íntimas, la gran mayoría saben diferenciar entre esas fantasías y la realidad. Como prueban los extensos estudios psicológicos que en este momento adjunto como prueba de la defensa, ese ambiente sexual refuerza enormemente la percepción distópica de estas sociedades.

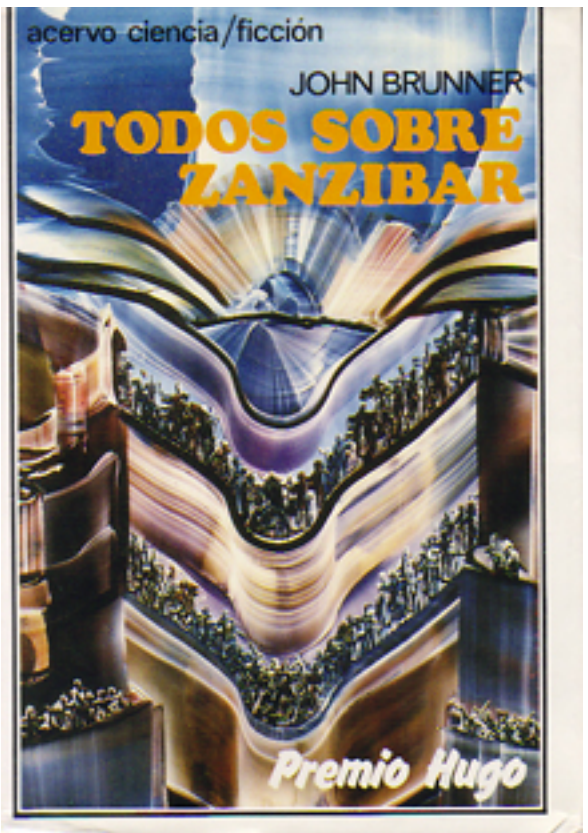
—Finalizada la exposición de argumentos por parte de los letrados es hora de que este tribunal dicte veredicto. En consecuencia, y en uso de las atribuciones que legalmente ostento, puedo condenar y condeno a las obras acusadas a ser indefinidamente causa de discusión. Que sean debatidas y rebatidas en todos los foros, listas y tertulias de los aficionados a la ciencia ficción, hasta el fin de la eternidad.

TODOS SOBRE ZANZIBAR

John Brunner

FELICRIMEN: Cometiste uno al abrir este libro. Consérvalo, mantente a su nivel. Es nuestra única esperanza.

El diccionario del felicrimen,
por Chad C. Mulligan



Viendo primeros planos

Hace algunos jueves, J salió de la oficina a las 7:30 PapáMamá. Los jueves son fastidiosos porque hace jornada doble, de mañana y tarde. Pero este en particular estaba contento: se acercaba la Navidad y con ella la tradicional feria del libro de ocasión. Un par de días antes vió que estaban montando las casetas y pensó en matar el mal humor del siguiente jueves haciendo acopio de provisiones literarias para las próximas fiestas navideñas.

Un corto paseó le llevó a la avenida y a la vista de las casetas su buen humor se derrumbó: el ayuntamiento había decidido eliminar la feria de libros y en su lugar montar una de artesanía, bueno, artesanía... cacharros diversos producidos en serie en cualquier país de «economía emergente» y comercializados por hippies que perdieron el tren de yupilandia.

Bien, si hay que rendirse a la mercadotecnia —pensó J— por lo menos que sea de primera división. Y se metió en el Corte Ingles. No es precisamente un fan de la empresa y tiene una pobre opinión de la competencia de los encargados de la sección de librería (una vez encontró un ejemplar de «La luna es una cruel amante» en la sección de libros eróticos. ¡Zopencos!), pero es lo que hay. Y el tiempo y la paciencia que pensaba emplear en la revisión detallada de una docena de casetas la dedicó a los expositores del pasillo de ciencia-ficción. Muchas esperanzas no tenía, sin embargo, de súbito, en una esquina olvidada de una leja a ras de suelo, envuelto completamente en plástico, como si de una navideña pierna de cordero se tratara, surgió un volumen de Acervo, voluminoso y en tapa dura. Lo inspeccionó con interés: «Todos sobre Zanzíbar». «Humm, ¿Puede que estos paletos no sepan ni lo que tienen aquí?»

Esperanzado lo acercó a la isla de cajas. La dependienta puso ojos de extrañeza «¿Esto estaba en las estanterías?» El ordenador no manifiesta conocimiento del libro en cuestión. La dependienta cambia de terminal y repite la

misma búsqueda, con el mismo programa (sniff, s.c.). «Perdone un momento». Se aleja y habla con un encorbatado jefe de sección que da vueltas y vueltas a la pierna de cordero, perdón, al libro. Por fin la empleada regresa: «Seis euros». ¡Zopencos! ¡Paletos! ¡Rinoceburros!

Contexto

J ya había leído anteriormente algunos libros de Brunner. En particular «El rebaño ciego». Una obra sobrecogedora que le causó un tremendo impacto; pero la obtuvo por préstamo bibliotecario y durante muchos años no recordó ni el título ni el autor. Sin embargo ese futuro de contaminación y degradación medioambiental que nos espera a la vuelta de la esquina era sólido, convincente y coherente, muy por encima del maniqueísmo apocalíptico de otros autores. E imposible de olvidar.

Tiempo después, un comentario por aquí y una reseña por allá le llevaron a atar cabos e identificar aquella profecía tan certera como malévola con ese título y ese autor. Para entonces había leído de Brunner «El jinete en la onda del shock» (bien, sin mayor énfasis) y «Los jugadores del juego de la gente» (interesante pero fallida en una valoración global).

Abordó por tanto el clásico con las esperanzas al 50 por ciento.

Continuidad

Lo primero que sintió J al leer, en los albores del siglo XXI, «Todos sobre Zanzíbar» fue un estremecimiento, un escalofrío aterrador que le recorrió la médula espinal y se le quedó enganchado en el cerebelo durante toda la lectura. Una obra escrita al final de los años sesenta, cuya acción transcurre en el 2010, y que muestra un mundo reconocible para J, lleno de escenarios familiares, con detalles de ambientación que podían estar sacados de cualquier telediario.

El efecto solo era comparable al producido por una obra de teatro: «El tiempo y los Conway» vista hacía bastante

tiempo. Narra la historia relativamente convencional de una familia: una madre y sus tres hijas. En el primer acto asistimos a la fiesta de cumpleaños de la mayoría de edad de la hija menor. Las jóvenes, sus novios, sus ilusiones, los proyectos de vida, sus sueños profesionales, familiares. Todo es ilusión y optimismo. El segundo acto transcurre veinte años después. Todo aquel optimismo ha saltado por los aires. Ninguno de los proyectos vitales se ha cumplido, o sí se ha cumplido, pero haciendo bueno el consejo de «Cuidado con lo que sueñas, no sea que se cumpla». Son seres amargados que transmiten su amargura a todo (y todos) lo que les rodea. Y el tercer acto regresa a la fiesta de cumpleaños. Presenciar durante mas de media hora tanta ilusión que sabemos vana, tanto proyecto cuyo final conocemos, tanto sueño que acabará roto, es una de las experiencias mas amargas que se pueden vivir en un patio de butacas.

Algo parecido produjo «Todos sobre Zanzíbar» en J. Al menos dos generaciones, una de ellas la suya propia, habían vivido con esa proyección de futuro: la generalización y legalización del consumo de drogas «blandas»; la proliferación de drogas sintéticas teóricamente prohibidas y de efectos secundarios teóricamente controlados; el terrorismo masivo como algo cotidiano que obliga a aceptar la disminución de las libertades humanas a cambio de seguridad; «zonas de guerra» reconocidas oficialmente y que sin embargo pertenecen a guerras teóricamente terminadas; una África teóricamente descolonizada y sin embargo sojuzgada de nuevo por un neocolonialismo particularmente cruel que se vale del hambre, las enfermedades y las guerras para mantener su yugo; las macrocorporaciones con un poder superior al de muchos estados pequeños..., y no tan pequeños; la veneración por una inteligencia artificial que en realidad es a la inteligencia humana como la contabilidad a las matemáticas; la asimilación de los negros norteamericanos (perdón,

afroamericanos) que tiene mucho más de operación cosmética que de realidad social; el machismo exacerbado que conlleva modas femeninas abiertamente provocadoras; el reconocimiento legal de novedosas fórmulas matrimoniales; la obsesión por la salud, la estética y la apariencia llevadas a los extremos más bizarros, siendo un terreno de aplicación preferente de todo tipo de «nuevas tecnologías»; los desplazamientos pendulares, para ir y volver del trabajo, de centenares, e incluso de millares, de kilómetros; las leyes eugénicas para limitar el crecimiento de población y garantizar que los pocos bebes que llegan al mundo sean genéticamente perfectos; una mercadotecnia refinada capaz de hacer sentir a un esquimal que si no tiene un congelador eléctrico es el ser mas desgraciado del planeta; mascotas alteradas genéticamente a gusto de su propietario; y todo esto sobre el substrato de la superpoblación del planeta y el consiguiente agotamiento de los recursos naturales.

Así es como vio Brunner, en 1968, el mundo del 2010. Quizá en el mundo de J no haya tribunales eugénicos, ni lleve en su cartera un carnet indicando el grado de pureza de su genotipo, pero es habitual el análisis fetal y el aborto por malformaciones congénitas es legal en muchos países del primer mundo. El libro está tan lleno de pequeños detalles que en cada página se acumulan varias sorpresas. Uno de los más llamativos es la descripción de ciertos personajes con el calificativo de que «no han celebrado el XXI», expresando que se han quedado anclados en los hábitos y maneras del siglo pasado, pero siempre en referencia a los aspectos más superficiales e insustanciales de la sociedad. Por ejemplo, es signo de «no haber celebrado el XXI» oponerse a las mascotas genéticamente alteradas, resistirse a los mensajes publicitarios o despreciar los excesos de la cosmética, especialmente cuando van ligados con tecnologías dignas de una lanzadera espacial. Con un cierto regusto ácido, J, piensa que él, pese a tener un

trabajo de alta tecnología y ser un apasionado de la ciencia ficción, «no ha celebrado el XXI» y que muchos de sus amigos, posiblemente la mayoría de los que comparten sus gustos literarios, tampoco. Sin duda una curiosa paradoja.

En el terreno puramente literario, «Todos sobre Zanzíbar» tiene una atípica estructura que al principio le desconcertó. Sin embargo, una vez que la asimiló quedó convencido de que esa obra no podía haber sido construida de otra manera. Esta narrada sobre cuatro ejes: «Cosas que pasan», «Contexto», «Continuidad» y «Viendo primeros planos». Se compone de pequeños episodios de cada uno de los ejes que se van intercalando. «Continuidad» es el eje principal que cuenta una historia, entendida como unos personajes principales a los que les ocurren una serie de cosas interesantes. «Cosas que pasan» son flashes sobre la sociedad, algunos episodios de este eje son una mezcolanza de titulares de periódicos, anuncios por palabras, noticiarios de TV, etc. Otros son pura literatura experimental. «Contexto» es un cajón de sastre donde caben cosas completamente dispares: poemas; guiones para noticiarios de TV (algunos cuentan cosas que ya hemos conocido en los otros ejes) o para anuncios comerciales; asombrado, J asistió a una conferencia sobre las condiciones de vida en la base lunar en la que al conferenciante se le iba un poco la olla... Por último «Viendo primeros planos» narra historias íntimas de diversos personajes, algunos de ellos aparecen también en «Continuidad» pero lo que se cuenta en este eje está relacionado solo tangencialmente con la historia principal; su objetivo principal es enriquecer los personajes.

«Continuidad» tiene un final feliz que J encontró un poco fuera de lugar y que es difícil saber si constituía parte del plan original o una decisión posterior del autor, «solo o en compañía de otros», ante la evidencia de una obra que en su conjunto es terriblemente pesimista y que leída en las proximidades del 2010 le produce a J la

misma sensación de impotencia ante lo irremediable que el tercer acto de «El tiempo y los Conway»

LOS 500 MILLONES DE LA BEGÚN

Julio Verne

—¡Amigo mío —respondió Herr Schultze—, en su cerebro, bien organizado bajo muchos aspectos, hay un fondo de ideas célticas que le serían muy perjudiciales si tuviese que vivir mucho! El derecho, el bien, el mal, son cosas muy relativas y en un todo convencionales. La ley de la competencia vital no difiere de la que rige la gravedad. Querer substraerse a ella, es obrar con insensatez; plegarse a ella y obrar en el sentido que nos indica, es cosa razonable y cuerda, y he ahí por qué destruiré la ciudad del doctor Sarrasín.

La sala estaba llena a rebosar. El calor del verano apretaba y los amplios ventiladores instalados en el techo, apenas si servían para remover al aire cálido. Las señoras agitaban con frenesí los abanicos mientras sus maridos se secaban la frente con pañuelos de hilo y aflojaban con discreción el cuello de sus camisas.

El conferenciante hizo acto de presencia, recibido por una fuerte salva de aplausos. «Es demasiado joven». «Pero ya es todo un erudito». «Con esos ojos, no me importa de que hable»..., cuchicheaban las honorables damas. El presentador hizo el consabido panegírico del investigador que pese a su notable juventud se había hecho un lugar entre los venerables catedráticos y que sin duda estaba llamado a alcanzar el éxito en las más altas empresas. Después de una nueva ovación, más cerrada si cabe, el orador tomó la palabra.

—Honorables damas, estimados caballeros. Recibir la invitación del Casino de su ciudad, una institución de tanto renombre en la promoción de las bellas artes es todo un honor. Y máxime tratándose de un acto en homenaje Julio Verne, ese insigne escritor, prócer de las letras francesas y al que admiro como el maestro que es.

»He elegido para mi disertación una obra poco conocida de nuestro venerado literato, publicada en 1875: «Los 500 millones de la begún», también titulada en algunas ediciones como «Los 500 millones de la princesa india», dada la dificultad de muchos lectores para entender, de inicio, la palabra «begún», un titulo de la aristocracia indostánica, que efectivamente puede traducirse por princesa.

»Antes de entrar en un análisis más profundo, permítanme que les resuma brevemente al argumento.

»La acción se inicia en otoño de 1871. El doctor Sarrasin, un médico de provincias y notable investigador independiente, recibe una espectacular noticia: es el único heredero de la increíble suma de 500

millones de francos. El patrimonio procede de un tío lejano que sirvió en el ejército colonial inglés y que desposó a una begún india. Muertos el tío y la princesa sin descendencia, el buen doctor Sarrasin es el único heredero conocido. El doctor, un hombre íntegro y cabal, entregado de lleno a la causa de la ciencia, no duda un instante en el destino que ha de dar a tan gigantesco patrimonio: construir *«una ciudad modelo, basada en principios rigurosamente científicos»*. Pero en sus planes se interpone otro científico, un químico alemán, el doctor Schultze que demuestra tener el parentesco necesario para hacerse con la mitad de la herencia.

»Cada uno de los protagonistas construye entonces su ciudad modelo. El doctor Sarrasin, Villa Francia; herr Schultze, Stahlstad, la ciudad del acero. La primera pacífica e industriosa, construida con todas las normas de salubridad y dedicada por completo a la felicidad y bienestar de sus habitantes. La segunda, una aberración industrial, pues no puede llamarse ciudad a la aglomeración de míseras cabañas de obreros, y cuyos únicos objetivos son la fabricación de armas... y la destrucción de Villa Francia.

»Transcurre el resto de la obra en la narración de las emocionantes aventuras de los hijos de Sarrasin, uno propio y otro adoptivo, para conocer y desbaratar los planes del malvado doctor Schultze, hasta la muerte de este en accidente, víctima de sus propios inventos demoniacos.

»No profundizaremos más en el argumento, puesto que nuestro interés estriba en reseñar la sin par capacidad predictiva del insigne escritor, quien se adentra en el futuro por tres direcciones diferentes, en todas ellas con notable acierto.

»En primer lugar, la ciencia urbanística. Verne, partiendo de las ciudades, cochambrosas, inmundas e insalubres del siglo XIX es capaz de ver como debe ser, como será, la ciudad del futuro: casas

unifamiliares con jardín, construidas según los ejes, semienterrados, del transporte público que hagan innecesario los vehículos particulares. Servicios asistenciales a domicilio, que dejan obsoletos los hospitales, lugares ponzoñosos en el siglo XIX, donde era tan fácil contraer una enfermedad como en el tugurio más infecto. Sistemas comunitarios de evacuación de humos de las cocinas y calefacciones, donde estos son tratados y depurados antes de su expulsión a gran altura. Sería tedioso describir todas las innovaciones de Verne considera necesarias en Villa Francia pero baste decir que muchas de ellas, las consideramos cosa habitual en nuestros días.

»La segunda línea de predicción de Verne la encontramos en lo político. Stahlstad es una anticipación del nazismo tan perfecta que casi duele leerla. Un estado policiaco, absolutamente centralizado en herr Schultze, cuyos habitantes no viven más que para su designio y este no es otro que el de destruir por la fuerza a un enemigo al que odia, única y exclusivamente, por su raza latina que considera inferior en todo a la raza germánica. Esta está llamada a imponerse en el mundo, sojuzgando como esclavas a todas las demás, o exterminándolas si no se avienen a la esclavitud.

»Y por último Verne nos estremece con su capacidad para predecir las armas de destrucción masiva. Uno de los inventos del doctor Schultze es una combinación de cañones de gran puntería, proyectiles de ácido carbónico y disparo eléctrico sincronizado, capaz de matar instantáneamente, tan solo apretando un botón, a 100.000 personas. El horror de Hiroshima y Nagasaki todavía está fresco y nos viene inmediatamente a la memoria.

»Por todo esto, podemos asegurar que «Los 500 millones de la begún» es una muestra notabilísima de la clarividente visión de Julio Verne.

Estallan los aplausos, las damas,

puestas en pie, palmotean con fervor. Aquellas que tienen hijas casaderas repasan mentalmente la táctica para atraer al insigne conferenciante a su mesa. ¡Tan buen partido no puede dejarse escapar así como así!

El orador agradece los aplausos con gesto afectado antes de tomar nuevamente la palabra.

—Ahora, damas y caballeros, si desean realizar alguna pregunta.

Se alza un silencio incómodo en el que solo le oyen los ventiladores removiendo el aire. El presentador ya se dispone a dar por terminado el acto cuando, de las ultimas filas se alza una mano temblorosa seguida de una voz cascada.

—Si me permite que se lo diga, joven caballero, su análisis de esta obra me ha parecido de una superficialidad absoluta, trivial y lleno de tópicos y lugares comunes.

El conferenciante queda conmocionado por la sorpresa y palidece. Un agudo temor inunda su ánimo. ¿Serán capaces de dejarle en ridículo estos provincianos? Frunce los ojos tras sus lentes de miope, intentando ver con claridad a quien le rebate de forma tan ofensiva. Ve avanzar por el pasillo a un anciano renqueante. Se ayuda de un fuerte bastón mientras le dirige una mirada furibunda.

Pasado el instante de asombro, el orador intenta no achantarse.

—En atención a su edad y, previsiblemente a su experiencia, pasaré por alto lo enojoso de su afirmación. Sin embargo, creo que el público se merece conocer en que basa sus reproches a mi disertación.

El anciano le hace una mueca desdeñosa y se encara con los asistentes.

—Señoras y caballeros, lo que olvidan es que leen a monsieur Verne fuera de su contexto histórico. Es evidente que la historia que se imparte en sus liceos, no está a la altura que debiera. Por ello les parecen tan asombrosos ciertos detalles de sus novelas. Pero él nunca penso en

predecir nada. Su proyecto, su gran proyecto era novelar la ciencia, la ciencia de su tiempo y de sus contemporáneos, nada más... y nada menos.

—¿Insinúa usted —contraatacó el joven conferenciante— que el urbanismo moderno, el nazismo y las armas de destrucción masiva eran algo que estaban dentro del conocimiento científico de 1877?

El anciano se volvió hacia él, sonriendo con suficiencia.

—Caballero, no le quepa duda a usted de que la incomprensión del presente es fruto de la ignorancia del pasado. Usted, hoy, no entiende a monsieur Verne porque no conoce su época y por ello justifica lo que le asombra dotándole de una presciencia que nunca tuvo.

—¿Y cree usted —preguntó el joven con ironía—, que puede explicar con los hechos históricos las predicciones contenidas en esta novela?

—Por supuesto caballero —contestó el anciano. Se volvió de nuevo hacia el público, apoyando sus nalgas escuálidas en el borde de la mesa de oradores—. Empecemos por esa sorprendente predicción del nazismo. Monsieur Verne escribe esta novela en 1877 y sitúa su arranque en 1871. Sin duda ese año no les deja indiferentes, uno de los años más vergonzosos de la historia de Francia, pese a que aun vendrán otros que lo superarán.

»Pero en realidad, la autentica historia de esta novela empieza un poco antes. Retrocedamos algo más, hasta un año muy importante en la biografía de monsieur Verne, el año en que publica "Cinco semanas en globo", su primera obra con el editor Hatzel y su primer gran éxito: 1862. El mismo año en que el rey de Prusia, Guillermo I, nombra canciller a Otto von Bismarck.

»Mientras monsieur Verne, de la mano de Hatzel, se entrega a su proyecto de novelar la ciencia, Bismarck se aplica con el mismo empeño a la tarea para la que se siente destinado: la unificación de Alemania.

»Bismarck es un junker, un miembro de la aristocracia rural prusiana, conservador hasta la médula, enemigo declarado y contumaz de la democracia. Cree en el poder de la fuerza. Y en su legitimidad. En la mentalidad bismarckiana el mundo se divide entre los que han nacido para mandar y los que lo han hecho para obedecer... hasta la muerte si es preciso.

»El día que Bismarck descubrió la política, alzó la cabeza y vio el Orden de Metternich: la elaborada construcción diplomática que había garantizado la paz en Europa desde el fin de las guerras napoleónicas. Este Orden se basaba en un equilibrio cuidadosamente calculado entre las grandes potencias: la desdeñosa Gran Bretaña, a punto de caer en el «Espléndido Aislamiento», dos gigantes con pies de barro: la Rusia de los zares y el Imperio Austro-Húngaro; Francia por supuesto, tan temida como necesaria para el equilibrio, gobernada en tiempos de monsieur Verne por Napoleón III, ese emperador de opereta y en último lugar, Prusia... la hermana pobre, la más pequeña de las grandes potencias.

La voz del anciano crecía de tono en la medida que se enardecía con su propio discurso.

—A Bismarck le enfurecía este panorama —vociferó— y decidió que había llegado la hora de poner fin al Orden de Metternich... pues sólo sobre sus ruinas, se podría construir la nueva Alemania unificada. ¡Ruinas reales!, nada metafóricas: la unión debía realizarse a sangre y hierro. Para Bismarck no existía otro camino.

»El primer paso de Bismarck es dotarse de la herramienta necesaria para sus planes: un ejército como no lo ha visto Europa en toda su historia. Reinstaura el servicio militar obligatorio, olvidado desde las guerras napoleónicas. Pero el ejército prusiano no sólo va a ser gigantesco, también va a ser un ejército de nuevo cuño. Pone a su frente a Helmuth von Moltke

quien redefinirá el concepto y el papel del «Estado Mayor», hasta el extremo que se llega decir que «Prusia no tiene un Estado Mayor, el Estado Mayor Prusiano tiene un país». Es la guerra total: toda la capacidad económica y humana de una nación, organizada y orientada hacia la guerra.

»Y las armas. El ejército prusiano será el más grande, el mejor organizado y dirigido y también el mejor armado. Las industrias Krupp se encargarán de ello, convirtiéndose en la referencia mundial en la fabricación de cañones.

»¿Le va sonando familiar todo esto, señor conferenciante? No ve usted que monsieur Verne no inventa nada, no predice nada. Para describir Stahlstad, la ciudad del acero del doctor Schultze, simplemente pensó en la Prusia de su tiempo.

—¡Eso es especulación suya! ¡No puede afirmar qué es lo que pasaba por la mente de Julio Verne!

—¡Claro que puedo! —la mirada del anciano eran carbones ardientes— porque yo soy Julio Verne.

—¡Imposible! —Tronó el presentador—. Verne murió en 1905, hace más de 50 años.

Un joven de largas patillas que no ocultaban su aspecto enfermizo, se puso en pie en las primeras filas.

—Creo que yo puedo explicárselo —dijo con fuerte acento inglés.

—¿Y usted quién demonios es? —exclamó el presentador.

—Mi nombre es H.G. Wells.

Como golpeado por un mazo, el presentador se derrumbó en su asiento.

—¡Dos locos!... dos dementes, seguramente peligrosos... —murmuró.

Ignorándole, Julio Verne siguió con sus explicaciones.

—En tan solo tres años, Bismarck obtuvo el ejército que necesitaba. El primer golpe fue contra la pequeña y débil Dinamarca, cuyo gobernante era también monarca de tres estados alemanes: Schlewig, Holnstein y Lauenburg cayeron rápidamente en el saco prusiano. El

resultado de esta contienda nunca hubiera sido dudoso por lo que la extraordinaria potencia del ejército prusiano no quedó al descubierto.

»El segundo asalto fue muy diferente pues se enfrentó al Imperio Austro-Húngaro, inmensamente grande y poblado. Defendido por un poderoso ejército y apoyado por los estados alemanes de su zona de influencia, que eran el objetivo de Bismarck. Toda Europa, con Napoleón III a la cabeza, se frotó las manos e hizo planes para repartirse los despojos de Prusia cuando su soberbia fuera aplastada por la bota austríaca. Por eso, cuando el ejército austríaco es, no derrotado, sino totalmente destruido, en la batalla de Sadowa, la estupefacción es inmensa. Tanta, que Napoleón III llega a enviar una increíble carta a Guillermo I exigiéndole una indemnización por no haber sido derrotado, malogrando así sus planes de rapiña. Los estados de la órbita austríaca pasan ahora a Prusia, algunos son anexionados al reino y otros quedan unidos en una Confederación del Norte, bajo control prusiano.

»Los designios de Bismarck se han realizado en sus dos terceras partes. Su vista se vuelve ahora hacia occidente, a los estados controlados por Francia: Alsacia-Lorena, Renania-Westfalia y Luxemburgo. Con ellos deberán caer también Baviera, Baden y Württemberg, que han conseguido mantener la independencia a duras penas, pese a ser aliados de Austria.

»¡Bismarck era muy listo! —Suspira Verne—. Hostiga diplomáticamente a nuestro torpe Napoleón III y así consigue que le declare la guerra, por una cuestión trivial.

»Los franceses, como toda Europa en general, no habíamos aprendido la lección. Creíamos que Sadowa había sido un espejismo, un cúmulo de casualidades y circunstancias fortuitas que dieron la victoria a quien no la merecía. Pero ahora, 300.000 franceses se van a enfrentar a 850.000 prusianos, mejor dirigidos y mejor

armados. Las guerras de las dinastías han terminado. La batalla de Sedán es la primera de las batallas modernas, batallas de masas, en las que los hombres son segados como mies por el fuego de la artillería y las ametralladoras. Y los prusianos tienen más artillería, más ametralladoras y más hombres que nosotros.

»¿Decía usted que las armas de destrucción masiva no cabían en la ciencia de finales del XIX? La muerte, en unos pocos minutos, de varios miles de hombres bajo una lluvia de proyectiles es una fuente de inspiración poderosa para una imaginación fértil, no tenga ninguna duda de ello. Pero si la batalla de Sedán, la más mortífera de las conocidas por el mundo hasta entonces, impresionó mi ánimo, sigamos adelante sin detenernos, nos quedan por ver horrores aun mayores.

»Como todos ustedes saben, la sangrienta derrota supuso la caída de Napoleón III. Se instaura la III República que ve cómo todo el norte de Francia es ocupado. De forma improvisada se crea un Ejército del Loira, que ofrece una simbólica e inútil resistencia. París resiste un sitio de 4 meses antes de rendirse.

»El 18 de Enero de 1871 se funda el II Reich y Guillermo I es coronado emperador, nada menos que en el Palacio de Versalles, en el París recién ocupado. El nuevo Reich nos impone durísimas condiciones: Alsacia-Lorena, consideradas suelo patrio por la mayoría de los franceses, son anexionadas a Alemania y se fija una astronómica indemnización de guerra de 5000 millones de francos. Las tropas alemanas no se retiran del norte de Francia hasta 1873.

»Pero antes, asistiremos a uno de los episodios más deshonrosos de nuestra historia. A finales de Marzo de 1871, en París estalla una revuelta provocada por los impuestos que la República debe imponer para pagar la indemnización de guerra. El 28, Louis Blanc y Joseph Proudhon crean la «comuna de París», un experimento

socialista inédito hasta entonces, en semejante escala.

»La comuna fue un auténtico «festival de los oprimidos», la ciudad tenía «todos los signos de estar simplemente de vacaciones», —Verne se pierde por un momento en sus recuerdos—. Los parisinos eran muy conscientes de lo que les aguardaba y, simplemente, saboreaban el aire fresco de la libertad antes de bajar a las tumbas fétidas.

»Por toda Europa cunde el pánico. Poco más medio siglo les separa de la Revolución Francesa. En todas las cancillerías, los hombres poderosos recuerdan las atrocidades napoleónicas en voz de sus padres... o de sus madres viudas; los más ancianos las conocieron de niños o adolescentes. La idea de que, de la comuna salga de nuevo el Terror y luego otro Bonaparte, les estremece. Todas las cortes europeas presionan a Bismarck y este cede, proporcionando a Thiers, el Presidente de la III República las tropas necesarias para reprimir el levantamiento. El 21 de Mayo se inicia el asalto. París se llena de barricadas. La lucha es feroz, no se toman prisioneros. Tras cada barricada caída, se suceden los fusilamientos. Los revolucionarios prenden fuego a los edificios desde los que los fusileros enfilan las improvisadas defensas. Otros arden por simple resultado de la batalla. Los bomberos intentan intervenir pero los combatientes no se conceden tregua. Por la noche París está en llamas. La ciudad cae en un par de días, pero la represión dura más. Al menos veinte mil revolucionarios son ejecutados en las jornadas siguientes. Más de los que exterminó el Terror en casi dos años de guillotinas. Muchos eran amigos míos, socialistas y anarquistas, soñadores incorregibles, cuyas ideas no compartía totalmente pero que llevé a muchas de mis novelas.

»Cuando la nueva República por fin emergió tuvo que saludar el nuevo orden internacional: la Europa de Bismarck,

basada en el poder de la fuerza... en la legitimidad de la fuerza. La realpolitik, el frío cálculo del poder militar, desprovisto de cualquier consideración ética o moral se impone en las cancillerías.

»¿Le sorprende a usted que yo, un escritor francés de éxito, aclamado por mis compatriotas, dibuje un antagonista alemán, perverso, convencido de su superioridad racial, dispuesto a sojuzgar el mundo y con una inquina especial contra la raza francesa? Para cualquier francés de 1877, todos los alemanes tenían esas características.

El joven conferenciante estaba hundido en su asiento, al parecer muy interesado en consultar sus notas. Por fin pareció darse cuenta de la pausa del anciano y con un hilo de voz se atrevió a preguntar:

—¿Y el urbanismo? ¿Me va a decir también que villa Francia es una ciudad normal del siglo XIX? ¿se la inventó mirando simplemente a su alrededor?

La mirada de Verne hizo que el joven acabara la pregunta en un susurro.

—No solo es usted fatuo y arrogante, sino también poco documentado. Debería saber que el urbanismo es una de mis pasiones. Dos años antes de escribir sobre la Villa Francia del doctor Sarrasin publiqué un extenso opúsculo titulado «La ciudad ideal», donde exponía, a nivel divulgativo, las teorías de los principales arquitectos y urbanistas de aquel tiempo. No se invente clarividencia donde solo hay conocimiento, estudio y reflexión.

—Monsieur Verne, es casi la hora —advirtió H. G. Wells, con timidez.

—Gracias, Herbert, ya acabo.

»En el nuevo orden, Alemania es la más fuerte. Solo la unión contra ella de todas las demás potencias podrá derrotarla. En consecuencia, la política de Bismarck sigue, después de la unificación, dos líneas. Por un lado debe continuar siendo el más fuerte, por ello Alemania, como antes Prusia, no es un país con un Estado Mayor, es un Estado Mayor con un país. Se

mantiene el servicio militar obligatorio, ahora sobre una población cuadruplicada, y Krupp sigue produciendo armas y más armas, a ritmo infernal para que este gigantesco ejército siga siendo el más moderno y mejor equipado de Europa. Por supuesto, las demás potencias no se quedan de brazos cruzados, sus fábricas de armas se expanden vertiginosamente y sus ejércitos son cada día más poderosos.

»Pero Bismarck, además, teje una complejísima red de alianzas y tratados que se superponen unos con otros en una red inextricable, que solo él es capaz de discernir, y que tienen un objeto muy concreto: que Alemania esté siempre más cerca de cada una de las potencias que cualesquiera otras dos, entre ellas. Excepto Francia, por supuesto, a la que cualquier acercamiento es impensable. Pero sólo Bismarck poseía el talento necesario para esta tarea. Sus sucesores no fueron capaces de entenderla, ni mucho menos de proseguirla y apostaron su supervivencia a la fuerza bruta, únicamente. El siglo XX europeo estaba servido.

»No señoras y señores, «Los 500 millones de la begún» no es una profecía, sino un retrato de la obra de Bismarck, una visión de la Europa que nació con el II Reich. Y si algo debe estremecerles que sea esto: todos sabíamos que nos dirigíamos a la catástrofe pero nadie fue capaz de cambiar el rumbo de la historia.

Mientras decía estas palabras, el aire vibró ante él y una extraña máquina, similar a un calesín de vapor, se materializó de la nada. Wells y Verne subieron al singular vehículo que desapareció tan rápido como había aparecido, dejando tras de si, un inconfundible olor a carbonilla.